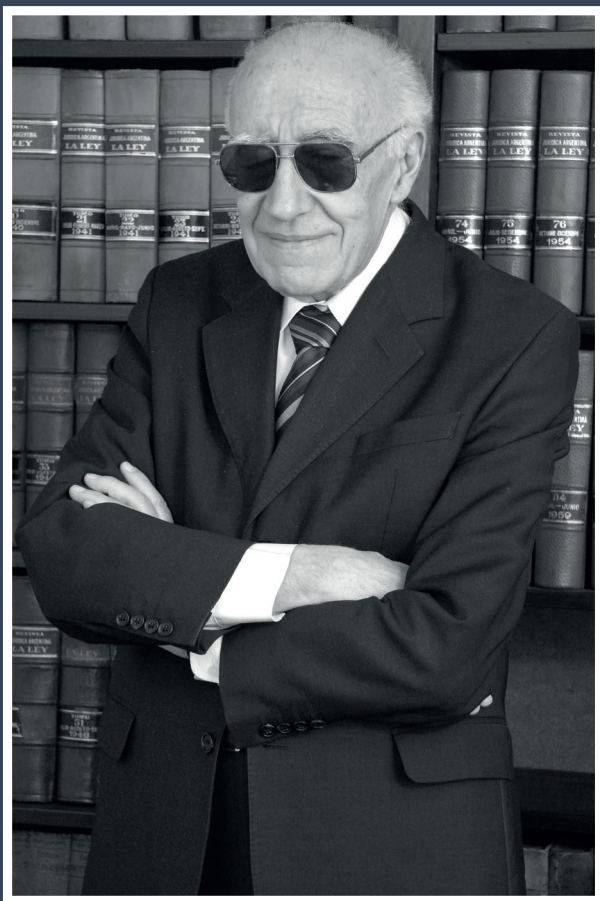


MARIANO BRITO



PRIMER RECTOR
DE LA UNIVERSIDAD
DE MONTEVIDEO



Fernando Díaz Gallinal



MARIANO BRITO
Primer Rector de la Universidad de Montevideo

por Fernando Díaz Gallinal

© D. R. 2023, Universidad de Montevideo
Prudencio de Pena 2544
Montevideo, Uruguay.
www.um.edu.uy
Teléfono: (+598) 27074461

Primera edición: 2023
Primera edición (pdf): 2023

ISBN (pdf): 978-9974-714-86-1



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Índice

Agradecimientos y nota sobre las notas al pie / 5
Síntesis biográfica / 7
Presentación / 11
Certificado de nacimiento / 19
Certificado de bautismo / 25
Los años del Colegio / 31
Recuerdos de un compañero de banco / 37
Los años del Liceo / 45
El perfil político / 53
Un joven abogado «de gauche» / 57
Asesor Letrado y Secretario de Presidencia / 61
Con el gobierno colorado de Sanguinetti / 67
Con el gobierno blanco de Lacalle Herrera / 71
Con el primer Presidente del Frente Amplio / 83
El veto al aborto / 89
La despedida de dos amigos / 99
Regreso a los años 50 / 103
¿Una vida monótona y lineal? / 111
La cuesta arriba / 119
Fotografías
Romeo y la Providencia divina / 129
La novia, la escena del balcón y lo que siguió / 135
El Dr. Brito / 145
El Prof. Brito / 151
En el aula / 159
Enseñar en libertad / 167
Méritos y deméritos / 179
El trabajo en la vida de Mariano / 185
Trabajo de Dios / 191
Junto a las familias / 197
Buscando a un Rector / 205
Los últimos tiempos / 217
Epílogo / 225
Apéndice: Testimonios / 229

Agradecimientos y aclaración sobre las notas al pie

Debo agradecer de todo corazón a la Universidad de Montevideo que me encargó la redacción de esta pequeña biografía introductoria del Dr. Mariano Brito. Especialmente a su Rector de entonces, Juan Manuel Gutiérrez Carrau.

A las personas que ordenaron o facilitaron el material de consulta, escrito, gráfico o audiovisual -Susana Gargano, Michael Hobbins y Mariana Gugelmeier Córdoba-.

Y a quienes me dieron su consejo sobre el tipo de narración que debía encararse -Florencia Berruti y Jaime Fuentes-; o corrigieron detalles, a veces no pequeños, históricos, técnicos o de redacción -Carlos Delpiazzo, Luisa y Jorge Peirano Basso-.

Aunque había conocido a Mariano Brito y lo había tratado ocasionalmente en los ya lejanos años 80 del siglo pasado, me habría sido imposible escribir esta pequeña vida sin los recuerdos y testimonios que tan generosamente brindaron sus amigos, sus compañeros de trabajo y sus familiares. Algunos de esos testimonios se han transcrito textualmente. La mayoría se han usado sin ni siquiera mencionar la fuente. Otros, lamentablemente, quedaron en el tintero, a la espera de una biografía más completa y definitiva. A todos los testigos -los que están en la lista y los que la lista omite, porque nada es perfecto, como ya sabemos- vaya mi agradecimiento más sincero:

Fernando Aguerre, Santiago Altieri, María Celia Amato, Victoria Andregnette, Mónica Baldriz, Graciela Bianchi, Gonzalo Bueno, Juan Pablo Cajarville, Juan Carlos Carrasco, Pablo Carriquiry, Martín Colacce, Cecilia Elorza, Francisco Estévez, Nicolás Etcheverry, Yamandú Fau, Álvaro Fernández, Jaime Ferrés, Victoria Ferrés, Enrique Frontini, Juan José García, Susana Gargano, Juan Carlos Geymonat, Elena Gómez, Carlos González, Leonardo Guzmán, Jorge Hackenbruch, Enrique Iglesias, Luis Alberto Lacalle, Martín Llambías, Arquímedes Maciel, Pedro Montano, Fernando Motta, Gustavo Ordoqui, Eduardo Pérez del Castillo, Santiago Pérez del Castillo, Hugo Permuy, María Inés Pintos, Agustín Prat, Alfonso Ramos, Álvaro Ramos, Felipe Rotondo, Mariella Saettone Montero, Julio María Sanguinetti, Marianne y Gustavo Schneerberger, Alex Silveira, Juan Pedro Tanco, Tabaré Vázquez.

Las entrevistas y testimonios escritos se citan simplemente con el apellido y el nombre del testigo, sin indicar títulos académicos, cargos u otros datos. Cuando el relato lo requiere, se dan estos detalles en el cuerpo del texto. En cambio, cuando se cita una publicación, se indica su título y las referencias que permitan su identificación, junto al nombre del autor.

Síntesis biográfica¹

Mariano Romeo Brito Checchi nació en Montevideo el 24 de enero de 1930.

Cursó la enseñanza primaria en el Colegio del Sagrado Corazón de los Hermanos Corazonistas, en el Reducto, y continuó luego su formación en el Liceo José Enrique Rodó, el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo y la Universidad Mayor de la República.

Egresó de la misma con el título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales en el año 1962.

En 1960 se casó con Susana Molinari (fallecida el 7 de octubre de 2015), con quien constituyó un matrimonio ejemplar. No tuvieron hijos.

Desde muy joven ejerció la docencia. Primero la del idioma inglés en la enseñanza secundaria. Apenas graduado, a nivel superior en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, especializándose muy tempranamente en Derecho Administrativo.

¹ Delpiazzo, Carlos, en *Estudios Jurídicos en homenaje al Profesor Mariano R. Brito* (Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 2008, p. 19 a 23), coordinado por el mismo Dr. Delpiazzo.

En el año 1967 presentó su tesis sobre “Concesión de Servicios Públicos” y fue designado Profesor Adscripto de Derecho Administrativo. En 1971 fue designado por concurso Profesor Adjunto de la asignatura. Profesor Titular interino desde 1975, obtuvo la efectividad por concurso en diciembre de 1991. En 2004 renunció voluntariamente a su cargo, después de 40 años de labor docente en esa Facultad.

Paralelamente se desempeñó como profesor de Deontología Jurídica en la Universidad Católica del Uruguay.

Su labor docente estuvo siempre centrada en la persona del alumno, teniendo en cuenta no solo su dimensión individual sino también social, con actitud positiva y respeto de la libertad.

Se desempeñó como Director del Instituto de Derecho Administrativo en los períodos 1984-1989 y 1993-1997.

Desde 1997 hasta 2009, fue el primer Rector de la Universidad de Montevideo.

Fundó el Anuario de Derecho Administrativo que hasta hoy sigue siendo herramienta de insuperable valor para magistrados, profesionales y estudiantes.

En el ámbito internacional, fue Profesor Honorario del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario de Bogotá (Colombia), Profesor Extraordinario de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino de Tucumán (Argentina), Profesor Extraordinario de la Universidad Santo Tomás (Chile), Miembro Titular del Instituto de Derecho Administrativo de la Universidad Notarial Argentina, y Profesor Invitado del Instituto Nacional de Administración Pública (España).

Además, fue miembro fundador de la Asociación de Derecho Público del Mercosur, de la Asociación Internacional de Derecho Administrativo y del Instituto Iberoamericano de Derecho Administrativo. Asimismo, fue el primer Presidente del Foro Iberoamericano de Derecho Administrativo.

En el ejercicio de la función pública, fue Asesor Letrado de la Presidencia de la República. En 1989 fue designado Procurador del Estado en lo Contencioso Administrativo.

En 1990 fue nombrado Ministro de Defensa Nacional, desempeñando dicho cargo público con sencillez y distinción. En el ámbito de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos, su gestión es recordada por la rectitud de sus decisiones y de su obrar.

Durante los años en que mantuvo abierto su despacho profesional, tanto quienes trabajaron con él como sus clientes y colegas pudieron aquilatar la coherencia entre su enseñanza, sus convicciones y su vida.

El atractivo de su entrañable personalidad radicaba en que -siempre con una sonrisa- procuraba hacer bien lo que tenía que hacer, sin alardes ni estridencias, con constancia y rectitud de intención, cultivando todas las virtudes.

Fue beneficiario de múltiples homenajes en vida. Su fallecimiento mereció el de reconocidas publicaciones jurídicas, foros e institutos en varios países. Asimismo, varias obras se han publicado en su honor.

Mariano fue un hombre de familia y un gran promotor y defensor de la vida y la institución familiar, concretamente a través de instituciones tales como AMFE (Asociación Mundial para la Familia y la Educación), insistiendo siempre en la naturaleza personal del hombre, varón y mujer.

Durante el debate público que lamentablemente llevó a la legalización del aborto en Uruguay, trabajó con intensidad en todos los ámbitos a su alcance para evitar que esto sucediera, promoviendo reuniones, conferencias, trabajos de investigación y publicaciones en defensa de la vida y los derechos de los no nacidos.

Mariano Brito falleció en la ciudad de Montevideo el 31 de enero de 2014.

Presentación

Por razones que brevemente diré, escribir la presente biografía se convirtió para mí en una tarea más difícil de lo que había imaginado.

Pienso que, al menos en parte, las dificultades tuvieron que ver con la personalidad misma del biografiado.

Un amigo mío, periodista, que lo había conocido mucho y le tenía gran afecto, me advirtió:

-Te vas a encontrar con una persona muy poco anecdótica. Funcionario público y profesor de Derecho Administrativo. ¿Puede haber algo menos excitante?...

Que no se enojen los administrativistas, ni los funcionarios públicos. Pero convengamos en que su *perfil* no parecía destinado a llegar al *Top Ten* de ninguna red social.

En mi esfuerzo por dramatizar, dejaré de lado por un momento las cualidades intelectuales de Mariano Brito: su gran inteligencia y su memoria, su precisión expositiva, su capacidad de trabajo y de esfuerzo. Demos por sentado que el mundo está lleno de personas así. Que existe siempre un conjunto de gente inteligente y perseverante que sobresale y ocupa los puestos de responsabilidad en todas las sociedades.

Pero esa es una normalidad muy poco interesante. Para captar la atención -nuestra dispersa atención-, no basta con eso: hay que poseer un *extra* distinto y atractivo. Una *personalidad*. Puede ser un carácter extrovertido y avasallante, una habilidad inusual, una conversación

cautivante, una ironía, un modo natural de convertirse en el centro o una facilidad para exhibirse en la superficie -que, como es bien sabido, es el lugar en el que todos quieren vivir hoy-. Pues bien, bajo esa luz particular, Mariano Brito era una nulidad, una persona que podía pasar completamente desapercibida. De hecho, casi podríamos decir que tenía un problema con su lado más físico y superficial.

Se parecía un poco al actor australiano Geoffrey Rush (el *malo* de *Piratas del Caribe*). Naturalmente muy delgado, ese rasgo de elegancia en su figura se veía más que compensado, e incluso anulado, por una curvatura en la espalda, que se fue haciendo más visible con los años y que hacía que su cabeza pareciera un poco hundida entre los hombros y como inclinada hacia adelante. Además, era inocultablemente tuerto de un ojo, debido a un accidente doméstico de la infancia. Si bien su apariencia era sumamente limpia y prolija, estaba lejos de ser deslumbrante, y nunca hizo esfuerzo alguno por mejorarla. No sentía interés alguno por su aspecto, por la moda, ni por la ropa. Minimalista *avant la lettre*, vestía siempre igual. Se consideraba preparado para enfrentar cualquier tarea, grande o pequeña, uniformado con su traje oscuro y su camisa blanca. Si tenía que trabajar, se ponía una corbata; si estaba descansando en su casa, se la sacaba. Pero la base era en blanco y negro, siempre la misma. Un amigo suyo me decía que, a veces, sospechaba que Mariano tenía sólo un par de camisas que lavaba o usaba alternativamente, día por medio. En todo caso, no tendría muchas más.

De cuna humilde, carecía de bienes de fortuna y había tenido que trabajar desde joven. Pertenece a esa muy sobria clase media, típica del Uruguay de su generación, que se ganaba la vida con mucho esfuerzo, poseía pocas cosas, y las cuidaba para que duraran. El arco de una larga vida de trabajo, no lo llevó a un *penthouse* sobre la Quinta Avenida de Nueva York, sino al Pocitos de sus últimos años, trabajosamente, cuadra a cuadra, desde el barrio del Prado, donde nació, o del Reducto de su

infancia, y siempre dentro de la ciudad de Montevideo. La distancia entre la casa en la que nació y la casa en la que murió -lo que Magris llama muy poéticamente «las habitaciones del Este y del Oeste»-, no es muy larga. Le llevó 84 años de abnegado esfuerzo realizar un recorrido que cualquiera puede hacer a pie en menos de dos horas.

Dos detalles terminan, a mis ojos, de ilustrar la modestia del personaje.

El primero es que, cuando ya había destacado profesional y políticamente, durante mucho tiempo —en realidad hasta que casi fue obligado a cambiarlo— manejaba automóviles viejos, de muy segunda mano (entre ellos un *Lada* y otros similares, tan extraños), en nada acordes a su trayectoria y posición.

El segundo, que en una época en que tomarse vacaciones en las más exóticas regiones del globo se había convertido ya en una actividad muy habitual y extendida, Mariano fue un sedentario *veraneante* habitual -en el sentido más humilde de los tres adjetivos- no de exóticas islas de la Mar Océano, sino de La Floresta (Departamento de Canelones, ROU).²

Creo que ahora se entenderá mejor por qué, en mi fuero interno, me preguntaba qué sentido podía tener escribir la biografía de alguien tan poco llamativo, tan igual a nosotros, que no hizo más que seguir el destino genético de cualquier ilustrado y valiente oriental: una vida discreta, un empleo público, una casa de veraneo en la Costa de Oro...

² Quizá no esté de más fortalecer mi argumento con una nota al pie. Pues mientras, hasta hace poco, la conversación sobre el clima, era la más indicada entre personas que no se conocen mucho y deben mantener una charla casual —por ejemplo en un ascensor, o en un breve tramo de transporte público—, hoy es socialmente más aceptable hablar de viajes. Y así, en el 121, no es infrecuente ahora escuchar a dos jóvenes lamentarse porque —créase o no— Vietnam y Tailandia ya no son tan baratos como solían.

¿Qué podía tener de extraordinario alguien tan *gris*? Resonaba en mi cabeza la advertencia del Canario Luna sobre aquellas personas *que el recuerdo ha disfrazado de santos/ y su historia se ha vuelto ilusión...*³

Cuando empecé a revisar los testimonios de las personas que lo habían conocido, la hipótesis de mi amigo periodista pareció confirmarse abrumadoramente. Por un lado, abundaban los panegíricos: amigos y conocidos le atribuían todas las virtudes que han clasificado los filósofos. «Era prudente». «Sabía ser paciente». «Le gustaba terminar bien su trabajo». «Cuando no estaba seguro sobre algo, se tomaba un tiempo para pensarlo mejor...». Pero, junto a esto, muy pocos eran capaces de contar algún pequeño suceso que ilustrara, con un trazo más humano, el gran retrato oficial. Al punto que imaginé que había que darle al proyecto un nuevo comienzo y volver a contactar a los testigos para ayudarlos a *recordar mejor*.

La premisa de trabajo era que el proceso de recolección de testimonios que ardua y ordenadamente había llevado a cabo la Universidad de Montevideo sobre su primer Rector, había sido imperfecto. Y que existía *-tenía* que existir otro Mariano Brito que esperaba para ser desenterrado a que se le hiciera a los testigos un más adecuado interrogatorio. ¡Qué festín de anécdotas tendríamos entonces!

Durante varios meses (cuando lo permitió alguna de las variantes del Covid que visitó alternativamente al biografiante y a los testigos), se hicieron entrevistas complementarias a buen número de amigos y conocidos. Y aunque no puede ignorarse la buena voluntad de los participantes, aprendí entonces una cosa importante: que la gente vive su vida simplemente viviéndola, sin preguntarse a cada paso por

³ Roos, Jaime, *Brindis por Pierrot*.

el sentido histórico de lo que está pasando y, por lo tanto, sin preocuparse por llevar un registro de acontecimientos y de anécdotas. Constaté también que en todos nosotros se termina produciendo un proceso de reducción, de permanencia en un grupo estable pero pequeño de recuerdos -siempre los mismos-, quizás porque son los más significativos, o por otras razones que se me escapan. A veces los recuerdos pueden ser muy duros de sobrellevar. En *Sleepless in Seattle*, esa película de Norah Ephron desvergonzadamente sentimental (que tanto nos gusta), el pequeño Noah advierte un día que ya no recuerda bien el rostro de su madre fallecida no hace tanto tiempo. Y eso detona en él un sentimiento de culpa, de tristeza y de vergüenza. Algo de eso he notado también en muchas de las personas que me tocó entrevistar: qué poco eran capaces de decir de alguien al que, sin embargo, como diría Ettore Scola, *habían amado tanto*.

La segunda ronda de conversaciones no añadió gran cosa a lo que ya teníamos. Y la conclusión fue clara: no, no había *otro* Mariano Brito. El personaje anecdótico y dicharachero cuya biografía se escribe sola, no existía. En cambio, sí existía el personaje que los testigos habían descrito desde el principio y que era, al mismo tiempo, gris y -sin que nadie pudiera explicar por qué- extraordinario a su modo.

¿*Quién era*, pues, Mariano Brito? Giambattista Vico arguye que sólo el *autor* conoce realmente su obra, lo que ha hecho. Pero un hombre es alguien que, al mismo tiempo, ha sido creado por Dios y se hace a sí mismo. Así que, en último término, sólo Dios y el propio Mariano podrían responder a la pregunta sobre el *quién*. La cuestión queda, pues, fuera del alcance, no sólo de cualquier escritor de biografías, sino de cualquier ser humano. Juzgarnos unos a otros no forma parte de nuestras competencias.

Quizá sea más adecuado a nuestra capacidad preguntarnos *quién quiso ser* Mariano Brito. Adónde apuntó su artillería. Todas las obras de los hombres vienen como envueltas en muchos fracasos, y para

lograr cualquier cosa, hay que pagar siempre el precio de muchos errores y frustraciones. Los éxitos o los fracasos no son, pues, la medida del hombre. Pero sí podemos conocer a alguien a través de lo que *ha intentado* -tenga éxito o no en su ejecución- porque eso nos habla de sus sueños y de su alma, y hace visible qué es lo que llenaba su corazón. Aunque la ejecución haya sido imperfecta.

Desde esa óptica, al leer los testimonios o conversar con las personas que lo conocieron más cercanamente, se puede descubrir en su vida un *Leitmotiv*, constante a lo largo de los años. Podemos enunciarlo así: en los ámbitos más diversos, fuera cuál fuera el asunto del que se tratara, Mariano no fue casi nunca *beneficiario*, sino *benefactor*. No siempre del modo más elegante o natural, ni exento de errores, pero sí muy *intencionalmente*. En cada anécdota o episodio al que nos asomemos, se lo puede buscar e identificar en aquel que está queriendo servir y ayudar; no en el que está siendo servido o ayudado. Creo que de él se puede decir, con verdad, que *quiso hacer el bien*. El bien familiar y de amistad, a los que tenía cerca; el bien a sus conciudadanos a través de su servicio como funcionario público; el bien a sus estudiantes, siendo el mejor profesor o el mejor rector en que pudo convertirse. Y éste es un aspecto revelador de su yo más profundo. Uno de los grandes *argumentos* de su vida.

Todo esto puede parecer muy lindo y *edificante*, y necesariamente tendremos la oportunidad de entrar en sus detalles, a medida que avancemos. Ahora bien, desde el punto de vista de una biografía se trata de un serio problema. Porque suele decirse, con una pizca de

cinismo pero sin mentir, que nada hay más aburrido que la vida de un hombre bueno.⁴

Y aquí llegamos al punto al que queríamos llegar: Mariano Brito quiso ser, en su vida, una buena persona, un hombre *bueno*. Pero no en el sentido de un ególatra narcisista que pretende estar a la altura de su autocomplacencia. *Bueno*, más bien, porque creyó que esforzarse hacia lo más noble era el modo mejor de servir a los demás y alcanzar de paso -pero sólo a través de ese servicio-, su propia perfección. Dicho de otro modo, entendía que su felicidad dependía de su contribución a la felicidad de los demás, casi como una consecuencia.

Una visión de esta naturaleza, de esta heroica naturaleza, en principio poco parece tener que ver con ese personaje tan modesto, pequeño e insignificante, que veía mal, usaba un auto viejo y tenía tan pocas camisas. A menos que Mariano Brito haya sido, en realidad, la versión uruguaya de un superhéroe. Alguien extraordinario, pero escondido. Una especie de *Mr. Incredible* oculto -pero no por eso menos real, ni menos grandioso-, bajo la apariencia de un ignoto habitante del Reducto, veraneante habitual en la Costa de Oro de Canelones, República Oriental del Uruguay.

⁴ Es muy conocida la reflexión de León Tolstoi al comienzo de *Ana Karenina*, en el sentido de que todas las familias son monótonas o parecidas en su felicidad, pero originales y particulares en sus desdichas.

Certificado de nacimiento

Según consta en su partida de nacimiento, Mariano Romeo Brito Checchi nació el 24 de enero de 1930, a las 19 horas, en la casa familiar de la calle Caiguá 1303 (antiguamente, 97), en el barrio del Prado. La casa que hoy ocupa el solar bien podría ser -por su aspecto y su estilo, y por la agradable modestia del murito que separa la calle del pequeño jardín, tan propia de esos años tranquilos- una versión *aggiornada* de aquélla en la que nuestro héroe vino al mundo.

A comienzos de la tercera década del siglo XX, los nacimientos -tanto los de las clases más acomodadas como los de las más humildes- tenían lugar, por norma general, en las casas de familia. Hoy, a distancia de casi un siglo, las prácticas sanitarias propias de la época nos pueden parecer un tanto espeluznantes. Y hasta es posible que inevitablemente evoquemos escenas de cine clásico, en las que un médico, a medio despertar de una borrachera homérica, atiende un nacimiento, en medio del desierto, justo antes del ataque de los pieles rojas, no sin antes atenerse al protocolo de pedir -¡oh, cliché inexcusable!-, sábanas limpias y agua hirviendo. Pero lo cierto es que sería sensato desdramatizar nuestras evocaciones: ni los orientales de los años treinta en general, ni los Brito Checchi en particular, pertenecían a ese género de militantes primitivistas que, en nuestros días, renegando de la ciencia médica y de las tecnologías hospitalarias, alumbran su progenie a domicilio, como lanzando un desafío a las estrellas. En enero de 1930, nacer en casa no suponía un acto

de rebeldía, ni mucho menos una insensata toma de riesgo. Sino que era el modo de asegurar los más altos estándares de la práctica médica. La mortalidad infantil en Uruguay había alcanzado niveles muy bajos en el contexto mundial: al iniciarse el siglo XX la tasa de mortalidad infantil había alcanzado valores del orden de 100 por mil, comparables con los de Suecia y Noruega.⁵

De hecho, el pequeño Mariano Romeo estaba viendo la luz en uno de los países del mundo con mejor posición en el *ranking* sanitario y con menores índices de mortalidad infantil del momento.

Dentro de la casi total ausencia de información y de documentos de aquellos primeros años, se salvan del olvido algunos pocos vestigios. Vayamos, en primer lugar, a la partida de nacimiento expedida el 3 de febrero de 1930, donde se asienta que ante:

«*José María Reyes Lerena*, Oficial del Estado Civil de la 12^a Sección del departamento de *la Capital* comparece *Mariano Brito*, de nacionalidad *oriental*, de *treinta y siete* años, de estado *casado*, de profesión *jubilado*, para inscribir a *su hijo legítimo*».

Sorprende que en el mismo certificado, en el que se hallan preimpresos todos los ítems para la identificación del padre, se despache a la madre en una sola línea escrita a mano:

«*Sabina Elena Checchi*, *oriental*, *treinta y dos años*, *labores*».

Sin desmerecer la casi siempre heroica vida que se esconde bajo el monótono concepto de «labores», es curioso que se omita que la madre, en este caso, también era maestra. No una persona que estudió magisterio como podía haberse quedado en casa; sino una maestra que ejerció largos años, un producto destacado del sistema *vareliano* en su apogeo. Pero -por razones que desconocemos- al Registro Civil

⁵ Cfr.: <https://n2t.net/ark:/13683/eQa4/Ge7>

parece interesarle más la situación jubilatoria del padre que el oficio docente de la madre.

Confieso que tuve, ante este documento, dos reacciones opuestas y extremas.

La primera, de fundado enojo feminista, ante la desigualdad de trato entre los cónyuges. Pues efectivamente es chocante la asimetría conceptual y documental que privilegia a Mariano sobre Sabina Elena.

Pero, en un segundo momento, pude entender por qué, en la mente del legislador, fuera más importante *retratar* al padre que a la madre.

Cuando un nuevo ser viene a este mundo, el único dato indudable con que se cuenta, desde el punto de vista de su generación, es el de la madre. Ella es el único eslabón seguro. Como muy bien dice Fabrice Hadjadj, el padre sólo es conocido como tal cuando la madre, señalándolo con el dedo, afirma oficialmente: «Él es». Una serie de instituciones naturales y sociales, como el matrimonio, indiciariamente presuponen la identidad del padre. Pero, en caso de conflicto o incertidumbre, la madre no necesita someterse a pruebas de ADN. Todo esto hace muy entendible que, siendo algunos varones algo distraídos, los registros civiles de este mundo se apliquen a subrayar la presencia del varón y su estatus de progenitor. Es el equivalente administrativo a ponerlos contra la pared, encender los reflectores y sonsacarles información relevante. No tanto para saber cosas de ellos, sino para darles una sacudida: «Vamos, hombre, despierta: ¡no olvides que has sido padre!».

Sabia brusquedad del legislador.

Si los administrativistas nacen, como es fama, siendo ya mayores de edad, Mariano habrá tenido entonces la oportunidad de apreciar el aspecto pedagógico de la vida administrativa.

Tres detalles son más que llamativos.

El primero: como hemos dicho, del padre se dice que tenía apenas 37 años, pero ya era jubilado. ¡Un jubilado de 37 años! ¿No es esa partida de nacimiento como el Santo Grial del *welfare state*?

En segundo lugar, la misma partida nos da información básica sobre los abuelos. Por línea materna, ambos habían fallecido entonces. Por el otro lado sólo vivía aún la abuela paterna, Emilia González de Brito, en su casa de la calle Yaro -que a esas alturas, después de haber trepado desde la rambla, muere en el Cerdón-.

Por último: la firma de Mariano Brito (padre) es la de un hombre con educación y con letras. Además, ¿quién, sino un hombre que leyera, le pondría *Romeo* a su hijo? Claro que aquí seguramente tuvo también mucho que ver Sabina Elena, la madre maestra. En todo caso, esta referencia nos habla de un país que ha alcanzado un extenso desarrollo educativo y cultural, donde un matrimonio de clase media baja, pero instruido, intencionalmente asocia a su pequeño recién nacido con un conocido personaje de la clásica literatura universal.

Acostumbrados como estamos a echar sobre Uruguay una mirada un poco lastimera, y describirlo con sustantivos diminutivos -lo del *paisito* es, en esto, insuperable- y adjetivos disminuyentes, como *subdesarrollado*, nos cuesta ponernos en los zapatos de los uruguayos de entonces. Y entender que Mariano Romeo nace en un barrio, en una ciudad y en un país que, a juzgar por lo que ha hecho, se tiene en pie con orgullo, y parece destinado a grandes cosas.

Aquel 24 de enero, el todavía país -no aún *paisito*- estaba a punto de cumplir sus primeros cien años de vida como nación independiente. Y, en su modestia y en su pequeñez, en medio de no pocas dificultades, podía celebrar con alegría. Sobre todo, porque había superado los recurrentes y violentos enfrentamientos, externos e internos, que se habían sucedido hasta 1904. El último cuarto de siglo había sido de paz, interior y exterior.

En 1917-18 se había negociado y plebiscitado una nueva Constitución. Se había hecho un esfuerzo por crear una identidad propia en torno a la orientalidad (*Tabaré*, con su extraordinaria calidad poética, había conquistado ya el corazón de Borges, que solía repetir extensos pasajes de memoria). Y, como una confirmación simbólica de que se estaban haciendo las cosas bien, en 1924 y 1928, *la Celeste* había arrancado el oro olímpico de las manos de las grandes potencias, en los Juegos Olímpicos de Colombes y Ámsterdam. No sería justo decir que había participado en pie de igualdad, pues había demostrando una demoledora y constante superioridad que se confirmaría el 30 de julio de 1930 al conquistar Uruguay, en el recién construido aunque no terminado, Estadio Centenario, el primer campeonato Mundial de Fútbol. Cuando Mariano acababa de cumplir 6 meses de edad.

Certificado de bautismo

El segundo documento en el que aparece el nombre de Mariano es su certificado de bautismo.

Hasta la promulgación e implementación del Código Civil de Tristán Narvaja, los nacimientos, los matrimonios y las defunciones se registraban únicamente en los libros parroquiales, desde la fundación misma de las primeras poblaciones de la Banda Oriental. De ahí la tradición de seriedad y de orden que se observa en los registros eclesiásticos, y la agradable pulcritud de sus inscripciones. Aunque, como veremos, tampoco están exentos de errores y omisiones.

Muchas veces, las únicas referencias personales sobre alguien de cuya existencia poco sabemos, están en esos archivos y allí son buscados y encontrados por los historiadores, permitiéndoles establecer humildes hechos, pequeñísimas líneas de tiempo, afirmar existencias hasta entonces dudosas y, con suerte, convertir brumosas leyendas en conocimiento fuera de toda duda razonable.

Hay, por supuesto, otras fuentes escritas de interés histórico: libros viejos, crónicas viajeras; transcripciones judiciales en las que constan declaraciones de jueces o testigos; registros de la propiedad con prolijas y divertidas mediciones de brazos, codos y palmas; ordenanzas reales o municipales... Por algunas de ellas conocemos ciertos hechos con el máximo detalle: por ejemplo, el modo en que se preparaba el mate (cocido en ollas) en los campamentos de Artigas, o la dedicación de Cervantes al comercio del aceite de oliva...

La tendencia o incluso la necesidad de documentar los hechos, va de la mano de la conformación de sociedades cada vez más complejas y del correspondiente crecimiento de una administración pública ordenada.

Muchas de las tabletas de barro de las antiguas civilizaciones mesopotámicas no son otra cosa que inventarios de almacén, ¡de 5.000 años de antigüedad! Y ya en la Roma imperial, se elaboraban censos con fines descaradamente impositivos. ¡Ah, burocracia, que tantos odian y tantos admiran!

Cuando la burocracia estatal llega progresivamente al Uruguay de mediados del siglo XIX, no lo hace tanteando y a ciegas, sino como un instrumento maduro y bien rodado (algo más francés que británico) que sólo resta implementar. Poco a poco pasa a ser función del Estado -una más, añadimos sin ironía- la acreditación de los nacimientos, los matrimonios y las muertes de los individuos en la República Oriental del Uruguay. Las iglesias siguen con lo suyo, pero ya despojadas de su función civil. Y empieza a existir, en muchos casos, un doble registro.

Ya hemos revisado con algún detalle el Certificado de Nacimiento de Mariano Brito. Es interesante ahora mirar el de su Bautismo, ya que, como hemos visto, la fe va a jugar en su vida, un papel esencial.

Y el primer contraste que advertimos entre ambos certificados es el de las fechas. Pues en el primero consta que Mariano nació en enero de 1930, mientras que el segundo consigna que fue bautizado en febrero de 1933. ¿Por qué tal distancia entre el nacimiento y el bautismo -más de tres años- cuando la costumbre era entonces bautizar a los niños en torno a los días de su nacimiento?

Al principio del cristianismo, la inmensa mayoría de los bautizados eran adultos, mayores de edad. Antiguos textos cuentan la historia de muchos de ellos: su conversión y el inmediato bautismo. La una y el otro formaban, siempre, una unidad. No tenemos, en

cambio, testimonios de ninguna postergación, ni mucho menos de que cierta *procrastinación bautismal* fuera un hábito.

De hecho, la costumbre de bautizar inmediatamente se extendió poco a poco a los recién nacidos. Lo normal, lo habitual, era bautizar a los niños inmediatamente después de nacer. Había, entre los cristianos, el instinto de no privar a los niños de los impresionantes bienes del Bautismo -la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo⁶ -, ni siquiera por un instante.

Esta circunstancia nos permite pensar que los padres de Mariano no estaban demasiado preocupados por la inserción de su retoño en esa vida sobrenatural que ofrece la Iglesia. Quizá tuvieran escasa formación cristiana. Que el padre fuera un convencido militante del batllismo parece que haya podido tener algo que ver con esta demora sacramental, pero por otra parte nos consta su buena relación con los sacerdotes del Reducto y hasta con algunos salesianos, como luego diremos.

Nunca lo sabremos. Quizá los distrajo algún acontecimiento que desconocemos. En todo caso, el episodio deja la impresión de que el bautismo de Mariano no estaba, como se dice ahora, en ninguna agenda. O tal vez sólo como una aspiración vaga y brumosa. Hasta que algo *despertó* a los padres y los decidió, después de tres años, a dar aquel paso. ¿Una madrina o una abuela insistente, un acercamiento a la parroquia del Reducto? No podemos hacer más que conjeturas al respecto.

Es un dato muy repetido, entre quienes trataron a Mariano -quizá por habérselo escuchado a él- que luego de vivir poco tiempo en el Prado, la familia se mudó al Reducto donde estaba el Colegio de los

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n°1262

Hermanos del Sagrado Corazón, que es donde Mariano cursó toda la Primaria. Por otra parte, que una familia viviera en el Prado pero bautizara a sus hijos en el Reducto no era raro en aquel entonces, pues la gran iglesia neogótica de los Carmelitas, de reciente construcción, no funcionaba todavía como parroquia y el Reducto era una opción muy a mano. Muchos habitantes del Prado, de aquella y de anteriores épocas, fueron bautizados en la iglesia Nuestra Señora de los Dolores del Reducto.

En todo caso, el propio Mariano se identificaba geográficamente como alguien del Reducto, y no del Prado. Allí vivió su infancia, ése era su lugar en el mundo.

El barrio del Reducto era, hacia 1933, uno más entre los barrios que se integraban, a gran velocidad, en la trama cada vez más extensa y compleja de la ciudad de Montevideo.

Como es bien sabido, ciento veinte años antes, durante el Segundo Sitio de Montevideo, Rondeau había establecido allí un asentamiento militar, con algunas fortificaciones muy rústicas —lo que se llamó precisamente un *reducto*—, a vistas de la ciudad. Con el tiempo, la trocha que desde allí llevaba a Montevideo tomó el mismo nombre: *Camino del Reducto* (cuya traza sigue hoy la Av. San Martín). Durante algún tiempo se trató de una zona abandonada, al punto que, en los años posteriores a la Independencia, gran parte de los ladrillos de la antigua fortificación se usaron para la construcción de una iglesia en Las Piedras.

En marzo de 1837, se erigió sobre el Camino una capilla. Pero recién en 1872, al iniciarse el gran crecimiento que marcaría el paso del siglo XIX al XX, tenemos en la zona a un grupo de vecinos organizados y con los medios económicos necesarios para transformar la capilla original en una iglesia (la actual «del Reducto»), que todavía se conserva frente a la plaza Barbieri. En esa época, según un censo particular, vivían en el Reducto unas 4.000 personas. Una revista

contemporánea describe el lugar como «hermosísimo» y lo caracteriza como «pueblito de recreo». Pero también se lamenta de las demoras de la Administración en constituir un Juzgado de Paz y establecer una comisaría de policía. En otra publicación, cierta incontenible ostentación en el anuncio de los festejos por el nombramiento de Lorenzo Latorre como Presidente Constitucional, en 1879, da una idea del pujante crecimiento del lugar: «Habr^á *T^e Deum*, asado con cuero para el público en general, ejercicios al blanco para diestros tiradores de flecha, corrida de sortija y por la noche se quemarán hermosos castillos artificiales, globos, bombas y más de doscientas docenas de cohetes voladores. Dos bandas de música darán mayor animación a la fiesta que con tanto esplendor promete realizarse».

Al año siguiente se estrena también el Hospital Vilardebó, -Manicomio Nacional o Asilo de Dementes-, construido en la quinta de recreo de un comerciante y saladerista de origen catalán que así se apellidaba. Más allá de las críticas que se le pueden realizar, el nuevo establecimiento fue, sin duda, una obra de gran magnitud para la época- el mejor de América del Sur – y constituye un motivo de honra para la comunidad que lo realizó. Porque una sociedad vale lo que vale su atención a los más débiles.

Como hemos dicho y veremos, la infancia de Mariano estuvo unida a aquel barrio. Y aunque gran parte de lo que sabemos de esos años quedará para siempre en el misterio, hay algo que conocemos y es que su vida cristiana, el germen de la vida eterna, comenzó cuando recibió el bautismo en la preciosa iglesia de *Nuestra Señora de los Dolores* del Reducto.

Los años del Colegio

Que el bautismo no quedara olvidado, como un rito sin significado alguno, en el cajón de los recuerdos de la infancia, sino que, por el contrario, se proyectara en su existencia entera de un modo cada vez más intenso, pienso que se debió, en gran parte, a los años que, también en el Reducto, pasó Mariano en el colegio del que ahora hablaremos.

Se trataba de un establecimiento pequeño, con un radio de alcance igualmente limitado, dirigido desde 1935 por el Instituto de Hermanos del Sagrado Corazón. Esta orden religiosa, fundada en Francia por el P. André Coindre, tenía como misión educar a niños y jóvenes, especialmente en los ámbitos menos acomodados. Desde Francia, el Instituto se expandió a otros países, como España, desde donde partieron los primeros Hermanos misioneros para América del Sur, y que llegaron a Uruguay a fines de 1927. En el Reducto, heredaron un colegio parroquial antiguamente llamado San Luis Gonzaga.

Pero la herencia era magra: solamente 30 alumnos, en total, entre el primer y el sexto año de escuela -aunque para fin de aquel curso, ya se habían duplicado, llegando a 60-. El local escolar también era muy poca cosa: cuatro aulas y el espacio indispensable para el

alojamiento de la comunidad religiosa. Al principio se trató de un colegio solamente de varones y de nivel Primario.⁷

Cuando Mariano ingresó al colegio, éste daba sus primeros pasos en su nueva versión. Se han conservado fotos de todos los años de sus estudios primarios, en donde se ve a distintos grupos de alumnos con los Hermanos, que eran sus maestros y educadores. No resulta fácil identificar en esas fotos a nuestro biografiado, porque la calidad de las fotos no es la mejor y en ninguna de ellas hay indicaciones o señales que ayuden.

En cuanto a los Hermanos, es conmovedor constatar cuánto se puede hacer con cuán poco. Los cuatro religiosos venidos de España que asumen el colegio en 1935, ¿qué tenían? ¿Con qué medios contaban? Si hubieran querido vivir una de esas vidas deseables según los criterios de nuestras redes sociales actuales, ninguno de ellos habría elegido subirse a un buque que los llevaría a la ciudad de... -¿cómo era que se llamaba?- en el Hemisferio Sur. Pero se subieron a esos barcos y vinieron a educar a niños de humilde condición en el Reducto -*un pedazo de barrio* (como decía Homero⁸)- no más que eso.

Eran, además, maestros *básicos*, sin máster o postgrado: ninguno provenía de *Oxbridge*, o Harvard o La Sorbona.

Por eso, parece muestra de desproporcionado optimismo que creyeran que ellos -precisamente ellos, y no otros- estaban destinados a hacer algo significativo e importante, allí, y con aquellos chicos... Y sin embargo, pienso que tuvieron razón. Y lo pienso no desde mi desconocimiento de la extensa historia del colegio Sagrado Corazón en los años posteriores, sino limitándome a considerar la vida de

⁷ <https://www.sagradocorazon.edu.uy/su-historia/>

⁸ Manzi, Homero, *Barrio de tango*.

Mariano Brito, uno de sus primeros y más antiguos alumnos. ¿No dice el antiguo refrán: *por sus frutos los conoceréis?*

Si miramos las libretas o boletines del colegio -lo que podríamos denominar su *estructura narrativa*-, podemos aprender mucho de aquellos maestros aventureros.

En aquel tiempo no era infrecuente que se hicieran evaluaciones semanales que se enviaban a los padres y debían volver firmadas de la casa. En las del Sagrado Corazón identificamos una filosofía docente humilde, pero concentrada en objetivos claros. A simple vista se ve lo que se quiere lograr, lo que a sus ojos importa. Pero no se trata de una evaluación a brocha gorda, sino que precisa y distingue: *Conducta y Cortesía, Aplicación, Lecciones y Tareas*.

Es difícil saber si estaban al tanto de las teorías pedagógicas más *en vogue* en el mundo o en el Uruguay de entonces; si se consideraban progresistas o conservadores; si habían oído hablar de José Pedro Varela o de John Broadus Watson. Pero habían establecido un marco y se atenían a él. Hoy ese marco nos puede parecer anticuado u obsoleto, aunque en el fondo posiblemente estemos también algo nostálgicos de aquellos tiempos en los que había un marco -fuera el que fuere-.

Al abrir las libretas, en las primeras páginas, constaban los criterios para juzgar las áreas de conocimiento, actitud y socialización.

Es de notar -o al menos a mí me llamó la atención- que el boletín *tira para arriba* descaradamente: se enfoca más que nada en lo que puede pasar cuando se hacen las cosas bien o muy bien.

Es completamente seguro que en aquellas aulas habría alumnos que en *Conducta y Aplicación* sacarían menos de 8/10. Pero los criterios del boletín no contemplan tal caso ni describen su eventual equivalencia. ¿Habría quienes, en sus *Lecturas y Tareas*, merecerían menos de 30/50? Dicha posibilidad no parece estar prevista. Como

si tales eventos fueran estadísticamente improbables y su discusión resultara, por lo tanto, una pérdida de tiempo.

En cambio, casi la mitad de la guía de EQUIVALENCIA se ocupa de algo que, cabe suponer, concitaba el interés general del alumnado: los «*Requisitos para obtener el DIPLOMA MENSUAL y figurar en el CUADRO DE HONOR*».

También aquí llama la atención el orden de prioridades. Pues, para estar en el *Top of the Pops*⁹ académico, en ningún lado se exige tener 50/50 en *Lecturas y Tareas*, es decir, en las áreas propias del aprendizaje -aunque sabemos que esas áreas eran cultivadas, allí y entonces, según los métodos más tradicionales de ejercitamiento y memorización-. Los Hermanos del Sagrado Corazón apreciaban, en primer lugar, no el resultado, sino los hábitos de *Conducta y Aplicación*. Sin lugar a dudas, estaban convencidos de la centralidad de la disciplina y de la cultura del esfuerzo, como medio para obtener alumnos bien educados, en el sentido más alto del término. Como buenos estrategas, empezaban por la defensa de lo más básico.

Personalmente me resultó, en cambio, extraño uno de los restantes requisitos: la obligación de «*Asistir a los actos del colegio los domingos, fiestas de precepto, el primer Viernes de cada mes y cada vez que éste tenga que acudir a cualquier acto en corporación*». Por el contexto, parece claro que por «actos del colegio» se entienden los de naturaleza religiosa o litúrgica, especialmente la misa.

No es fácil -y tal vez tampoco adecuado- juzgar los modos de 1936 con los criterios del siglo XXI. Nuestro tolerante corazón *millennialista* desearía que la introducción a la vida cristiana se hubiera hecho de un modo menos verticalista. Pero es evidente que, en aquella

⁹ Antiguo programa televisivo de la BBC que clasificaba y reproducía las canciones más apreciadas por el público juvenil de los años 70.

época, las relaciones de autoridad eran más fuertes y rígidas que en nuestros días, y que a nadie le parecía mal que las cosas se hicieran así. Posiblemente lo contrario habría resultado extravagante. Las familias de entonces no sólo encontraban normal que se fomentara de este modo la asistencia de sus hijos a los actos religiosos, sino que mandaban a sus hijos a esos colegios para que tuvieran precisamente ese tipo de experiencias. Si bien se mira, en otros ámbitos también había (y aún perduran) imposiciones parecidas, de origen cívico y militar: el canto del Himno Nacional o de la marcha *Mi bandera*, las promesas y juras de bandera, tan emocionantes.

En cuanto a los boletines del propio Mariano, se conservan dos, sin que podamos a simple vista determinar a cuáles de los años que pasó en el colegio corresponden. Recorren 36 semanas lectivas: 17 hasta las vacaciones de invierno (que terminan, en uno de ellos, con la asignación de un *Sobresaliente*, en la semana de exámenes, confirmado con el sello del colegio) y 19 más hasta fines de noviembre. Las más veces es Mariano Brito padre el que firma y atestigua haber visto el boletín; unas pocas solamente, Elena C. de Brito. En la totalidad de las semanas y de los conceptos evaluados, las notas se ubican sin excepción en un rango tal que hace suponer que era un candidato habitual al *Diploma Mensual* y al *Cuadro de Honor*. Conociendo la brillante carrera posterior de nuestro hombre, nada de esto llama la atención, pero podemos imaginar que, en su momento, habrá supuesto un motivo de gran orgullo para sus padres, especialmente para su madre maestra.

Recuerdos de un compañero de banco

En fin, el boletín nos abre una ventana al pasado, pero está claro que no refleja la vida del colegio en toda su riqueza.

A medida que avanzamos en la línea de tiempo, empiezan a aparecer, aunque con cuentagotas, más fuentes históricas y algunos testimonios. Entre todos, destacan por su ingenuidad y ternura los que se refieren a estos años de la infancia, porque llevan encerrada en su seno, una verdad frágil y preciosa: que al principio, antes de llegar a ser lo que actualmente somos, hubo una época en que fuimos sencillamente buenos.

Teniendo en cuenta la ausencia casi total de testigos y testimonios para los años de la infancia y juventud, hay que dar gracias a Dios porque un compañero suyo de escuela -el Cr. Enrique Iglesias, que sería con los años, entre otras cosas, Presidente del Banco Central, Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente del BID- haya evocado aquella época con una mirada de afecto:

«Debo de ser el más viejo amigo de Mariano, porque nos sentábamos juntos en el Colegio Sagrado Corazón.

Yo ingresé en el Colegio en el año 1938 en el segundo año del ciclo escolar, con alguna preparación previa con una maestra privada. Ahí nos conocimos.

Teníamos como profesor al Hermano Severino. Y continuamos todo el ciclo escolar viviendo el inolvidable pasaje por la enseñanza

de los buenos Hermanos. En esa época era un colegio pequeño y humilde pero lleno de afecto y dedicación de los excelentes maestros que nos dieron nuestra formación: pudimos salir airoso de un examen de ingreso al liceo, que pasamos holgadamente.

A propósito de Mariano, recuerdo un concurso de la asignatura de Religión que se hacía todos los años. Era una prueba de memoria colosal sobre textos del Catecismo, y la menor falta nos iba eliminando de la competencia. ¡Teníamos en ese momento una memoria que hoy ya no puedo exhibir, y en dos ocasiones obtuve la medalla a la memoria y a la fe!»¹⁰

Además de señalar la encantadora calidez del recuerdo, me gustaría detenerme en algunos detalles, relevantes por la talla intelectual y humana del narrador.

El primero: que señala a Mariano Brito como su honorable oponente en las colosales pruebas de memoria sobre los textos del Catecismo. Hay ahí un temprano reconocimiento a su valor.

Luego, el modo tan positivo en que califica al colegio: un «inolvidable pasaje por la enseñanza de los buenos Hermanos», «excelentes maestros que nos dieron nuestra formación». Y, sin embargo, «era un colegio pequeño y humilde»... en el que, por lo que acabamos de ver, se hacía un uso intensivo de todas y cada una de las más antiguas, superadas y denostadas prácticas pedagógicas, como el aprendizaje de memoria y la repetición mecánica de los contenidos.

Para algunas de las teorías educativas hoy más generalmente conocidas, aceptadas y practicadas en Occidente estos métodos resultarían inaceptables. Pues, con el tiempo (*evolutivamente* podríamos

¹⁰ Iglesias García, Enrique V.

decir), el conocimiento y los contenidos se tornaron, primero, subordinados al pragmatismo funcional y, finalmente, irrelevantes.

Lejos de mi ignorancia la pretensión de juzgar en modo alguno la bondad o la eficiencia de ningún método o teoría educativa. Pero, en este contexto, sí me animo a señalar que dos figuras de la talla de Mariano Brito y Enrique Iglesias egresaron de un colegio que -en el casi *prehistórico* Uruguay de hace 80 años-, valoraba enfáticamente la memoria y la posesión de conocimientos.

Por supuesto, ignoro si el propio Mariano tenía una teoría educativa (y cuál sería). Ni si tenía posición tomada en el debate pedagógico. Pero estoy seguro de que la educación que recibió, tal y como de hecho la recibió, está en el origen de su gran pasión por la docencia y su amor por la transmisión del saber.

En estas cosas suele concurrir más de una causa, pero ya que aquellos buenos religiosos fueron quienes enseñaron a Brito a estudiar y le dieron las armas que luego exhibiría en los distintos ámbitos en que le tocó desempeñarse, creo que debemos agradecerles también que hayan desarrollado en él su extraordinaria capacidad de expresarse con precisión. Si bien se piensa, cuando es necesario recitar o exponer ante un profesor algo que se aprendió de memoria, la mente *se extrema* hacia la precisión. Porque aprender de memoria es un ejercicio técnico donde se evalúa y se premia la exactitud.

Cuando Mariano hablaba, en medio de una conversación sobre cualquier cosa, pero de modo especial, cuando daba clases, o cuando se trataba de un problema sobre el que tenía que dar su parecer, mantener una posición, o defender un punto de vista, era llamativamente exacto, diciendo lo que quería decir y omitiendo lo que, por el contrario, no quería decir.

Esto que, así expresado, parece una tontería es, en la práctica, muy difícil de hacer. Cuando se está en medio de una conversación hay muchas razones por las cuales no siempre decimos lo que nos

gustaría decir. Unas veces, por mera ignorancia de los temas sobre los que, sin embargo, opinamos. Otras, porque detectamos que existe de hecho una opinión que prevalece entre los que participan, y preferimos ser simpáticos y amables, en vez de puntualizar nuestro verdadero punto de vista. Esa comodidad, esa búsqueda de no romper la armonía del conjunto, nos puede llevar, incluso, a mentir -por acción u omisión-.

Pero lo más frecuente es que no llegemos a expresar lo que queremos decir por una especie de pereza intelectual. Porque elaborar nuestro pensamiento de forma tal que sea entendible por nuestros interlocutores conlleva un esfuerzo. El esfuerzo de ir armando y cerrando razonamientos más o menos coherentes. Además, por si fuera poco, una vez expresado, nuestro punto de vista exige que nos atengamos a él y despertemos nuestra conciencia -lo cual supone un doble castigo para nuestra indolencia-. Es mejor, entonces, o al menos más fácil, crear conversaciones vaporosas e indefinidas, al amparo de aquello que decía Matisse: «La exactitud no es la verdad».

Nada de malo en ello. A menos que llegue el momento en el que se ponen en juego los principios. Si ese momento llega -y sabemos que todo el tiempo está llegando- no da igual decir una cosa que otra. Y es preciso decir lo que se quiere decir, y no decir, en cambio, lo que no se quiere decir. Hay un momento, pues, donde la exactitud coincide con la verdad.

En consecuencia, hay también un daño subjetivo en el mundo de la imprecisión, en el no saber o no querer decir, o preferir no decir lo que realmente pensamos. En la 8ª Regla de su famoso *bestseller*, Jordan Peterson le dedica unas páginas a este tema, bajo un sugestivo título: *Di la verdad -o por lo menos, no mientas-*:

«Si no te revelas a los demás, no podrás tampoco revelarte a ti mismo. Eso no solo significa que reprimes quién eres -aunque tam-

bién significa eso-. Significa que gran parte de lo que podrías llegar a ser nunca se verá obligado a manifestarse». ¹¹

En Mariano Brito se puede señalar el ejemplo virtuoso de alguien que -siempre con buen tono y amabilidad- decía con precisión lo que pensaba y lo que quería decir. Aunque lo que dijera fuera exactamente lo contrario, punto por punto, de lo que sostenía o deseaba escuchar su contertulio ocasional. Era, pues, firme, aseverativo. Y al mismo tiempo, educado y amable.

Eso no quiere decir que tuviera razón siempre en lo que decía. Pero, al menos, como pedía Peterson, no mentía, y el que lo escuchaba se llevaba una idea adecuada de lo que Mariano realmente pensaba.

Ser claro y no confuso, no es solamente una muestra de eficiencia, sino que puede convertirse en un pequeño acto de amor al prójimo. Al menos en el sentido de no hacerle perder el tiempo.

Viene ahora al caso lo que contaba un profesor de la UM que, acostumbrado a dar clases en la Escuela de Negocios, fue invitado a enseñar su materia en algunas carreras de grado de la Universidad. Era otro público y otra madurez. Y el profesor se daba cuenta de que no estaba logrando una buena respuesta del alumnado. Cuando llegó fin de año, una gran cantidad de alumnos se llevó la materia a examen. Entonces, Mariano Brito llamó a este profesor a una reunión en el Rectorado. Y con mucha amabilidad, pero con no menos claridad, lo invitó a pensar en lo que había sucedido. Y a considerar si aquello se debía, no tanto a los alumnos que había tenido, sino a que él -el docente- no había sabido adaptarse a un aula claramente distinta. El profesor se vio sorprendido por la llamativa franqueza

¹¹ Peterson, Jordan B., *12 Rules for Life, an Antidote to Chaos*, Random House of Canada. 2018. Edición de Kindle.

y claridad de Mariano, que le habló, como dicen los franceses *sans mâcher ses mots*: sin irse por las ramas, ni atenuar el peso de la corrección que estaba haciendo. Pero, al mismo tiempo, observó la enorme cordialidad con que le estaba poniendo, como suele decirse, los puntos sobre las íes. Ni sus buenos sentimientos lo llevaron a mitigar el rigor de lo que tenía que decirle; ni la severidad de la corrección lo llevó a privarlo del afecto con que, de hecho, lo trató.

No sabemos si Mariano disfrutó o padeció los duelos memorísticos del Catecismo que lo oponía, una y otra vez, a Enrique Iglesias. Pero es evidente que la mente de ambos fue allí educada en una virtud de la que, muchos años más tarde, se habrían de beneficiar cuantos los conocieron y trabajaron con ellos. Y también quienes, de un lado u otro de la mesa, sostuvieron con ellos conversaciones graves o ligeras.

Los años del Liceo

Como hemos visto en el testimonio de Enrique Iglesias, la promoción del Colegio Sagrado Corazón no tuvo especiales dificultades en el Examen de Ingreso rendido a finales de 1942. No sabemos su fecha exacta, pero sí que sucedió en medio de hechos políticos y bélicos, locales e internacionales de extraordinaria importancia.

En realidad, sabemos muy poco de la vida personal de Mariano durante esos años. Terminados los estudios primarios, continuó su formación en instituciones públicas: el Liceo José Enrique Rodó y el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo. A comienzos de 1949, aparece un Carnet de Estudiante que da cuenta de la conclusión de sus estudios secundarios y su inscripción como alumno de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Incluso teniendo en cuenta la casi imposibilidad de afirmar hasta qué punto tal o cual hecho hayan podido marcar y de qué manera el curso de su vida, nos detendremos en las pocas cosas que sabemos, porque esos años son siempre fundamentales, y definen caracteres y perspectivas.

Dejando para el final los grandes hechos históricos, hay algunos detalles personales muy interesantes. El primero, tiene que ver con el carácter y la personalidad de Mariano; el segundo, con su aspecto externo.

En las generalmente elogiosas páginas de testimonios que se pudieron reunir con motivo de esta pequeña biografía, Mariano Brito

aparece, en su edad madura, como una persona con un gran dominio de sí: dueño de sus actos, de su agenda y de su carácter. Si no supiéramos que su vida estaba imbuida de una fe profunda -y que, por lo tanto, sus acciones intentaban ser, en la práctica, algo más de Dios que de sí mismo, con más amor que fuerza de voluntad-, podríamos estar tentados de definirlo como un *estoico*. Alguien que, como se dice ahora en lenguaje coloquial, *se la banca*. Un duro imperturbable que camina impassible bajo la lluvia y las contradicciones, con un umbral de sensibilidad propio de un *cyborg*.

Tendemos a pensar en el Mariano Brito de los testimonios como en un personaje inalterado a través del tiempo. Pero las cosas, evidentemente, no fueron así. Y hubo una maduración de la persona y de la personalidad, aunque no siempre resulte fácil reconstruir esa evolución.

Desde la perspectiva que acabo de indicar me sorprendió conocer que, en algún momento de la primera juventud, tuvo Mariano lo que técnicamente podríamos llamar «problemas de conducta». Como éstos no se condicen con las casi perfectas apreciaciones del boletín de los Corazonistas sobre ese aspecto, es lógico pensar que se produjeron ya a la salida del colegio.

Sin duda su personalidad *de fábrica*, innata, tenía un componente de firmeza que es observable a lo largo del tiempo. No he visto un sólo caso en el que, presionado e incluso violentado por los acontecimientos, Mariano reaccione con temor, de una manera asustadiza. Se habrá equivocado muchas veces, y otras tantas podemos legítimamente estar en desacuerdo con decisiones que haya tomado. Pero debe reconocerse en él una valentía natural, una capacidad de hacer frente a las adversidades, de no dejarse avasallar, de resistir, de ser capaz de mantener la serenidad y la capacidad argumentativa, aun en medio de ataques personales y situaciones incómodas.

Pero, una cosa es ser firme, y otra ser tozudo y querer salirse con la suya caprichosamente. Aunque, como he dicho, carecemos casi de todo detalle, sí sabemos que hubo, en su primera adolescencia, un momento de crisis bastante aguda. Al menos así lo recordaba un sobrino suyo¹² por haberlo oído contar a sus mayores.

Según estas tradiciones familiares, Mariano no fue un niño ni un adolescente perfecto. Al parecer, no era fácil de conducir y tenía un alto grado de tozudez o empecinamiento. Al punto que su padre, preocupado, en algún momento llegó a *amenazarlo* con mandarlo pupilo al Colegio Pío, un tradicional internado en Colón.

Las cosas llegaron bastante lejos. A cierta altura de la *crisis*, con la complicidad de un salesiano amigo -y aprovechando que Mariano (padre) tenía que ir a Colón por algún motivo-, se armó una *mise-en-scène* para que el *neo-adolescente-cabeza-dura* pensara que lo estaban llevando al Colegio Pío para dejarlo allí pupilo. Efectivamente, llegan a Colón y entran al colegio, en donde tiene lugar una severa conversación con el religioso/cómplice. Luego, ya durante el viaje de regreso, las admoniciones continuaron -padre e hijo hablando de tú a tú- hasta llegar al Reducto... Parece que la cosa surgió efecto: sirvió como una advertencia y para morigerar las peores aristas de aquella personalidad sin pulir.

En fin, los defectos no se eliminan fácilmente, como con la tecla de una computadora. Pero, con el paso del tiempo, la lucha para superarlos empieza a producir -como bien señala este testimonio- las virtudes que equilibran la personalidad en el sentido debido, con el fortalecimiento de sus convicciones, reforzado por una callada y más educada fuerza de voluntad. «Un proceso que no constituyó una

¹² Permuy, Hugo.

mutación repentina, pues -en pequeños detalles, paso a paso- le llevó toda o gran parte de su vida»¹³.

El segundo hecho fue un accidente que le costó muy caro a nuestro héroe, pero pudo haber tenido aun peores consecuencias. Tuvo lugar al final de su vida escolar o, más probablemente, ya en los primeros años del liceo.

Una cosa es la juventud y la inocencia, y otra muy distinta una vida sin problemas ni contrariedades. Mariano hizo su tránsito de la infancia a la adolescencia en un mundo bueno, pero no idílico. Y allí tuvo un primer contacto significativo con el dolor, de una manera que lo afectaría personal y permanentemente durante el resto de su vida.

Aunque podría pensarse que se trata de un episodio menor, no lo fue en absoluto, salvo por el empeño que él puso siempre en quitarle toda trascendencia -al punto que rara vez lo mencionaba y, cuando lo hacía, era siempre para satisfacer la curiosidad de otros-.

El hecho concreto es que una conjuntivitis -una inflamación o infección en la membrana transparente que recubre el párpado y la parte blanca del globo ocular- afectó su ojo derecho. Es una afección en principio leve y poco peligrosa pero extremadamente contagiosa, si se toca o se frota la zona afectada con los dedos. Así y todo, después de su aparición, ya sea que se trate farmacológicamente o no, suele remitir sin dejar consecuencias de notar.

En la fase inicial de la picazón y la molestia, Mariano seguramente hizo todo lo que no tenía que hacer, y se frotó el ojo derecho más de la cuenta. Y así, en vez de mejorar, el ojo enrojeció aún más. Y Dios permitió que una tía suya que se encontraba en casa uno de

¹³ Ibidem.

esos días, impresionada por la inflamación, tuviera la idea de aplicar lo que hoy llamaríamos *medicinas alternativas*, derramando sobre el ojo afectado un chorro de jugo de limón puro, por supuesto, con la intención de curarlo. Pero la *cura*, a la postre, resultó desastrosa.

Sin entrar en detalles, diremos en un lenguaje no científico, que el ácido del limón *quemó* el ojo, en vez de curarlo. Podemos imaginar su dolor. Pero -lo que es más importante-, le produjo daños físicos que progresivamente deterioraron el ojo en cuestión. Más tarde, en la adolescencia, se sometió a varias operaciones con las que se intentó recuperar, o al menos, paliar la pérdida sufrida. El famoso oftalmólogo Rodríguez Barrios tomó el suyo como un caso de estudio, tratándolo durante varios años en su consultorio; y así, posiblemente le salvó en parte la visión. (El tratamiento fue *ad honorem*, pues de otra manera la familia no habría podido afrontar los gastos correspondientes).

Además de la limitación y la hipersensibilidad a la luz, no se pudo evitar que el párpado derecho quedara caído, y, con el tiempo, tuvo que usar unos lentes oscuros que llegaron a ser casi parte de su persona. Mariano los llevó durante toda su vida sin darle mayor importancia, de la misma manera que llevó la discapacidad que estaba en su origen.

En las fotografías anteriores a la adopción de los lentes oscuros -por ejemplo, en su Libreta de Estudiante de la Facultad de Derecho de abril de 1949, o en la *Libreta de Chauffeur Amateur* expedida en Canelones en septiembre de 1951- se aprecia perfectamente el párpado derecho inerte.

El acontecimiento debió de marcar, en más de un aspecto, la vida de aquel niño o joven adolescente. La tortedad no sólo resulta difícil de sobrellevar, como una dificultad meramente física, sino que afecta estética y socialmente al sujeto. En este caso, al no ser congénita sino sobrevenida, es razonable pensar que pudo tener consecuencias

incluso emocionales o psicológicas. Podemos imaginarnos a Mariano procesando todo aquello en su interior, especialmente en los momentos de la juventud en los que la belleza física es naturalmente más deseable. Como para tantos discapacitados en los que apenas pensamos, aquella pérdida habrá sido para él una muy dura prueba. Y no menos, tener que exhibir, inocultablemente, en su rostro, como una cicatriz, ese defecto tan (paradójicamente) visible.

Si bien a veces es conmovedora la solicitud de algunos chicos por sus compañeros discapacitados, ser rengo o paralítico, tuerto o ciego, no suelen ser cualidades que hagan a sus sujetos -lo diremos en términos de serie televisiva para adolescentes- *populares* entre sus compañeros. Y se comprende que, en algunos casos, puedan producir dolor moral, enojo y aun resentimiento: ¿Por qué a mí?

Pues bien, no fue ese el caso de Mariano, ni su reacción. A pesar de la gravedad de lo sucedido, hablaba de su tía con muchísimo cariño y sin rencor.

Pero, sobre todo, el accidente no hizo de él una persona apocada, disminuida, acomplejada o resentida. El proceso de adaptación a esa vida cualitativamente dañada no lo convirtió en un amargado. No lo retrajo ni de la vida social, ni de las obligaciones académicas o profesionales. Pensemos, por ejemplo que, mientras terminaba sus estudios secundarios en el Vázquez Acevedo, mejoró sus conocimientos de inglés con el fin de dar clases de ese idioma en el colegio Maturana a chicos poco menores que él en edad. Si añadimos a ese no pequeño desafío pedagógico el lastre de un párpado caído...

Vemos, en cambio, en ese joven a quien la vida no le regala nada, una suerte de arrojo, una capacidad de sobreponerse, de no llorar sobre la propia mala suerte. Vemos, en definitiva, a una persona con un grado de madurez y de entereza que empieza a atraer discretamente la atención.

En adelante, nunca permitió que esa dificultad lo condicionara, ni afectara su relación ni su conversación con las demás personas.

Es verdad que los lentes negros que habitualmente usaba y que ocultaban su *párpado caído*, indicaban enseguida la existencia de un problema. Pero, negros como eran, no llegaban a darle nunca un aspecto lúgubre ni entristecido. El rostro de Mariano, en su conjunto, solía ser serio, sin ser severo. Con cierto sesgo hacia la alegría, como si estuviera esperando un pretexto cualquiera para sonreír.

El perfil político

El joven con lentes y problemas en el ojo derecho que aparece en las fotos, más arriba, resultó, con el tiempo, muy atraído por la política. Y esa atracción debió de forjarse en el contexto histórico del Uruguay que le tocó en suerte.

Sin embargo, es tal la falta de datos y referencias sobre Mariano en esa época, que hemos de confesar nuestra ignorancia respecto de qué hechos determinaron (si acaso hubo alguno) su entendimiento específico del quehacer político, de un modo definitivamente pragmático. Su mirada siempre estuvo puesta en el *servicio público*, pero no en términos idealistas, sino realistas. No es que le pareciera bien servir a su país: quería servirlo. Y aunque no practicó él mismo la política en un sentido partidario, no pensaba que la política partidaria fuera mala.

Ya sea que haya aprendido esto de la historia, o haya sido el fruto de convicciones personales cuyo origen no podemos rastrear, creo que Mariano Brito entendió la política *como servicio concreto al bien común*.

Cuando hablamos de *política como servicio*, suena un poco aburrido, como una proyección rigorista de cívico estoicismo. Por eso debo insistir y subrayar el aspecto más pasional de todo esto: *a Mariano le encantaba la política*. La disfrutaba. Esta afirmación no está sujeta a verificación, ni es cosa por demostrar. Es un hecho en su vida. Solamente un político esencial -lo que se llama un *animal político*- es capaz de recorrer el *arco* que él recorrió, atravesando fronte-

ras históricas, institucionales e ideológicos tan contrapuestas, a veces yuxtapuestas en el tiempo, sin que ni uno sólo de sus interlocutores o adversarios lo acusara jamás de traidor, o de oportunista.¹⁴

Era todo lo contrario a *un ingenuo idealista* que desconocía los terrenos que pisaba. Entendía lo que significan la autoridad y el poder, su potencialidad, sus consecuencias, la necesidad y los riesgos de su ejercicio. En lo que tiene de atractivo y en lo que tiene de antipático y solitario.

Siendo ya Rector de la UM, debió en cierta ocasión proponerle a alguien el decanato de una de las facultades. Pero, antes de preguntarle si aceptaba o rechazaba el nombramiento, le advirtió:

-Vas a estar ahí para mandar. Por supuesto, escucharás opiniones y pedirás consejos. Pero tendrás que tomar decisiones. Te queremos ahí para que mandes.

Sabía que no todo el mundo actuaba con honestidad ni buenas intenciones. Era plenamente consciente de la mediocridad y hasta de la maldad. Pero esperaba, con esperanza nunca abandonada, que hasta los peores podían cambiar.

Creía a la vez en los compromisos y en los principios. En la necesidad de ir dando pasos, aunque éstos no fueran definitivos ni perfectos. Fue un paciente negociador -*un tejedor incansable*, lo llaman algunos- de intercambios, de grandes cesiones a cambio de pequeñas conquistas, o de grandes victorias a cambio de pequeñas cesiones.

Exigía y se exigía *competencia profesional*.

No entendía, en cambio, *la trastienda* donde se fraguan y se negocian las cuotas de beneficios personales. Lo que Saint-Simon llama las *precedencias*: quién va antes y quién después, quién se sienta más cerca o más lejos...

¹⁴ No podemos decir lo mismo del ámbito académico, como veremos más adelante

Este *perfil político* ayudará a entender su recorrido en la vida pública -un recorrido ciertamente atípico, como veremos-, que a su vez nos dará luz sobre el objeto de nuestra indagación: conocer quién fue verdaderamente Mariano Brito.

Un joven abogado «de gauche»

Su primer estudio profesional estuvo en la calle Sarandí, donde alquilaba una oficina. Tuvo entonces un caso jurídico importante, un accidente de trabajo en el puerto, en el que representó a la viuda del trabajador fallecido, porque era asesor jurídico del sindicato de trabajadores del puerto. Con los honorarios pudo comprar un local en la calle Misiones casi 25 de mayo, que fue la nueva sede de su estudio.

Fue también asesor jurídico de muchos otros sindicatos, especialmente sindicatos de transporte (CUTCSA, ONDA, etc). En 1968, defendió los intereses de los obreros y administrativos de la empresa ONDA, con motivo de la denuncia del convenio efectuada por la empresa pocas semanas antes del decreto de congelación de precios y salarios.

Tenía una relación muy cordial no sólo con las autoridades de los sindicatos que asesoraba, sino con otros que estaban afiliados a otras centrales sindicales. En esos años de la llamada Guerra Fría, el Partido Comunista –apoyado por la Rusia soviética- estaba muy cerca de grupos sindicales afines. Pero otras Federaciones de sindicatos americanos (por ejemplo, la *International Transport Federation*) financiaban a otros sindicatos.

Alfonso Ramos Inthamoussu, que trabajó con él en aquellos años, recuerda el pacífico ambiente de las reuniones que tenía Mariano

con representantes de sindicatos de diversas corrientes ideológicas. Y las conversaciones que mantenía, no sólo sobre los temas jurídicos o profesionales, sino sobre las familias y las inquietudes personales de las autoridades sindicales a quienes asesoraba.

Con la inclinación a encasillar a la gente y juzgarla con precipitación, podríamos decir que a esas alturas estamos ante un *outsider* del mundo de la abogacía, sin padrinos ni predicamento en los estudios tradicionales. Y que, a tenor de sus clientes, podría considerarse *más bien de izquierda*.

Aun si el momento del país y del mundo -¡estamos a finales de los años 60!- haría muy tentador aplicar a Mariano esas categorías, lo que conocemos de su vida posterior, hasta el día mismo de su muerte y de su entierro, lo desaconseja. Brito nunca pensó en esos términos su actuación profesional o pública. Y nunca miró a nadie bajo esas premisas. Por supuesto, no hay nada intrínsecamente malo en ser de izquierda o de derecha, y cada uno es libre de establecer sus filtros y sus jerarquías, y de pensar lo que quiera. Decimos simplemente que el cerebro de Mariano no iba por ese lado.

Muy poco después, cuando los años 60 ya se han consumido y los primeros años 70 estaban naufragando en un mar de violencia, vemos a Mariano consolidar su posición profesional. De un modo constante y seguro, principalmente en la docencia, donde sube los peldaños del escalafón y las categorías docentes dentro de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República.

En el año 1967 había presentado su tesis sobre “Concesión de Servicios Públicos” y fue designado Profesor Adscripto de Derecho Administrativo. En 1971 fue designado por concurso Profesor Adjunto de la asignatura. Y desde 1975 fue su Profesor Titular interino.

En este ámbito, diríamos que *florece*, utilizando un verbo que es tradicional usar precisamente en las biografías de los filósofos y los sabios que hacen escuela. Hay ahí un talento innato, que el trabajo

y la pasión han perfeccionado, al que le ha llegado el momento de manifestarse.

Estamos ante un docente natural, alguien que ha nacido para eso, si podemos hablar así. Por un lado, es manifiesta su *comprensión* del Derecho Administrativo, en el sentido clásico, no de mera inteligencia, sino de conocimiento tendencialmente perfecto de algo en la medida en que éste puede ser conocido.

A lo largo de la vida de Mariano hay quienes estuvieron de acuerdo o en desacuerdo con muchas de sus actuaciones y decisiones ante los más variados asuntos. Pero cuando se trata de su actividad como profesor encontramos una abrumadora unanimidad. Fue verdaderamente un *maestro* de gran prestigio. Y ese prestigio le abrió muchas puertas y contribuyó a desarrollar el resto de su actividad profesional o política. Quienes lo acompañaban a hacer diversas gestiones en empresas privadas, organismos, instituciones e incluso dependencias públicas, recuerdan que no era raro escuchar al que los recibía manifestar:

- Doctor, yo fui alumno suyo.

Se creaba entonces un clima empático y un trato amable que favorecía la solución de los problemas.

Asesor Letrado y Secretario de Presidencia

Desde esa plataforma de prestigio, el resto de su actividad profesional se hace más sólida y da sus primeros pasos en la administración pública. Esto sucede durante el gobierno *de facto* que se inicia en junio de 1973, donde desempeña cargos técnicos, no políticos, pero relevantes y profesionalmente exigentes. Primero en la Comisión Mixta del Palmar. Más tarde como Asesor Letrado de la Presidencia, en los últimos años del gobierno militar.

Es de notar, por si lo hemos olvidado, que, más allá de su actividad académica, Mariano era sobre todo conocido como abogado de sindicatos y que es muy poco probable que los servicios de inteligencia militar desconocieran estos antecedentes. Pero este es sólo el primero de los pasos atípicos que vamos a encontrar en esta biografía y que se explican, tanto por su distanciamiento de lo partidario -e incluso de lo institucional-, como por su competencia profesional que, en esos años justamente, alcanza su madurez.

Cuando un régimen político *-de facto* o de derecho, da igual- se derrumba y abandona o pierde el poder, pierde dominio sobre *el relato*. Como bien dice el *slogan*: la historia la escriben los vencedores, los que tienen el poder. Para comprobarlo, basta leer las cosas que se decían de la Constitución del 18 en los años de la dictadura de Terra, o lo que se decía de la dictadura de Terra en los años del go-

bierno de Amézaga, o lo que decían los militares del 73 del régimen institucional que habían derrocado... Etcétera.

Además, la pública opinión hace grandes resúmenes; y todo, lo bueno y lo malo, queda del lado de lo malo, cuando el poder se ha perdido. Por eso, es todavía más sorprendente, cuando cesa el gobierno *de facto* y vuelve la democracia en 1985, constatar que el nuevo poder político, antagónico del anterior, llama a Brito a ocupar, ahora sí, cargos de gran visibilidad institucional y política.

Y hemos de plantear la pregunta desde ahora: o nos encontramos ante un oportunista que se arrimaba al poder de turno sin que le importaran los vaivenes del país en el que vivía; o ante un verdadero y desinteresado servidor de la cosa pública que está por encima de los intereses partidarios y escapa a las definiciones cortoplacistas.

Una vez más, no quiero con esto decir que los intereses partidarios de corto plazo sean malos -mucho menos las convicciones institucionales que cada uno pueda sostener-. Sino que Mariano Brito exhibe comportamientos políticos atípicos, difíciles de encajar dentro de una normalidad.

Gracias a Dios, viene en nuestra ayuda un hecho. No una interpretación de un hecho, sino un hecho que merece ser interpretado y puede arrojar alguna luz sobre la cuestión que nos hemos planteado.

Como consecuencia del resultado de las elecciones de diciembre de 1984 -las primeras desde 1971-, resultó electo Presidente el Dr. Julio María Sanguinetti del Partido Colorado. En Uruguay, tradicionalmente la transmisión de mando, es decir, el cese del Presidente en ejercicio y la asunción del nuevo Presidente elegido, se simboliza en una ceremonia entre ambos presidentes, que incluye la imposición de la banda presidencial de uno a otro. Pero en 1985, tras 12 años de dictadura, la situación era particular.

Ni el Presidente saliente, General Gregorio Álvarez, se sentía cómodo imponiendo la banda al Dr. Sanguinetti, ni éste quería, si

podía evitarlo, recibir la banda de aquél. En esto, ambos coincidían. Se negoció entonces la renuncia anticipada de Álvarez en favor de un presidente interino.

No es casi necesario aclarar que dicho *interinato*, que tenía una duración prevista de unas dos semanas, era políticamente un hierro candente, un regalo envenenado. Quien lo ejerciera de alguna manera representaba institucionalmente todavía al régimen saliente, en el momento mismo de su agonía y de su muerte. Desde un punto de vista meramente político, oportunista, significaba costos y no beneficios.

Finalmente el Presidente de la Suprema Corte, Dr. Rafael Adiego Bruno, aceptó el interinato. Y en el mismo momento de su aceptación, surgió un segundo problema que venía como escondido adentro del primero. En efecto,

«...se requiere que el Presidente preste juramento. Luego de prestar juramento, se dirige hasta la sede del Poder Ejecutivo donde el Presidente saliente lo aguarda para la ceremonia de traspaso de mando. Cuando el Escribano de Gobierno hace lectura y firma del acta, el Presidente entrante asume de forma oficial y se procede a la entrega por parte del Presidente saliente de la banda presidencial... El primer acto del presidente es la designación del Secretario de Presidencia». ¹⁵

Solucionado el tema de la banda presidencial y del Presidente interino, igualmente arduo resultaba encontrar un Secretario de Presidencia interino. Debe notarse que dicho cargo ostenta, en circunstancias normales, una concentración de poder excepcional. Pero en

¹⁵ Vid. https://es.wikipedia.org/wiki/Presidente_de_Uruguay

febrero de 1985, era una cáscara vacía. En todo caso, algo que nadie querría tener en su currículum.

Pues bien, el Dr. Addiego Bruno le pidió a Mariano Brito, a quien conocía y apreciaba, que lo acompañara. Que fuera, por decirlo así, su compañero de aventura en el interinato presidencial. Muchas de las conversaciones sobre estos asuntos tuvieron lugar en la casa de un concuñado de Mariano, José Ariel Colacce, casado con la única hermana de su mujer, en Sarmiento y Bulevar Artigas.¹⁶

Como hemos dicho, el pedido no incluía beneficios ni contrapartidas. Era una jugada a pura pérdida. Pero Mariano era buen amigo del Dr. Addiego Bruno y juzgó que ser el Secretario de Presidencia interino de un Presidente interino, es una de esas cosas que un amigo debe hacer por otro. Y aceptó. Se dice que puso como única condición que se garantizara que, al término de la Presidencia interina, el Dr. Addiego Bruno permaneciera al frente de la Suprema Corte

A mi juicio, este hecho da muchas claves sobre la personalidad y las convicciones de Mariano. En un momento de transición y de fervor democrático, pero también de ambiciones descontroladas y de caza general a cualquier cargo público que hubiera en el horizonte, he aquí que un humilde representante del Reducto da un paso atrás y se anota a la caravana de los perdedores.

Si fue un oportunista, fue un oportunista al revés.

¹⁶ Colacce, Martín

Con el gobierno colorado de Sanguinetti

El 1° de marzo de 1985, ya depuesto de su breve interinato, el ex-Secretario de Presidencia volvió a su más humilde escritorio de Letrado. Sin poner cara de ofendido, sin victimizarse, sin deprimirse, sin imaginarse humillado, se puso inmediatamente a trabajar, a seguir trabajando, en lo que le tocaba.

Podemos suponer que los funcionarios entrantes de la recién nacida democracia, mirarían con cierto recelo a quienes venían de la administración anterior, de aquella sociedad *d'Ancien Régime* que ellos acababan de reemplazar.

Pero el trabajo bien hecho brilla por sí mismo y, muy pronto, Mariano empezó a destacar. Como hemos dicho en otro lugar, había alcanzado una gran madurez profesional y una comprensión del Derecho Administrativo que seguramente se reflejaban en las recomendaciones, juicios y valoraciones que salían de su mesa de trabajo hacia otras áreas de la Presidencia.

A muchos nos podrá parecer aburrido el mundo de la administración pública. Es una cosa laberíntica que, para funcionar, requiere de una arquitectura jurídica sumamente compleja. Pero no basta con eso. Su propia complejidad exige intérpretes competentes de esa arquitectura: los expertos en Derecho Administrativo. Cuando se está a cargo del Estado, es una necesidad y un alivio encontrar

entre tus huestes a expertos de ese tipo. Así lo recordaba el Dr. Sanguinetti:

«A Don Mariano Brito le conocía a la distancia, en su condición de relevante administrativista. Cuando en 1985 me correspondió la responsabilidad de la Presidencia de la República luego de la dictadura, le encontré en esa sede como abogado del Poder Ejecutivo. Desde ese momento mantuvimos una estrecha relación, a través de la versada y patriótica colaboración que ofreció a aquel gobierno».¹⁷

A tal punto llegó el aprecio del Presidente que, tiempo después, cuando se produjo una vacante, propuso a Brito como miembro del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, órgano jurisdiccional, creado en 1952 -y ubicado fuera de la estructura de los tres Poderes del Estado e independiente de los mismos-, que tiene por función juzgar las demandas de nulidad de actos administrativos definitivos, cumplidos por la Administración.

El juicio de Sanguinetti sobre sus capacidades y méritos trascendía el mero aprecio personal. Objetivamente Mariano era una autoridad en el área del Derecho Administrativo. En su carrera docente llevaba años ejerciendo la titularidad en esa materia y dicha titularidad estaba a punto de ser convalidada por concurso. No se trataba, pues, de un acto de favoritismo político, ni de una apuesta intuitiva.

Sin embargo, su nombramiento no prosperó porque no obtuvo los dos tercios requeridos de los votos de la Asamblea General. El fracaso de la iniciativa presidencial se debió, seguramente, en parte, a la reticencia de algunos legisladores a dar su voto a quien veían

¹⁷ Sanguinetti, Julio María.

como un colaborador con el régimen anterior. Eran tiempos de muchas suspicacias.

Sea como fuere, el Presidente tenía otra opinión y, en cuanto tuvo la oportunidad, *tomó su revancha* del desaire legislativo nombrando a Mariano Procurador del Estado en lo Contencioso Administrativo. Un cargo de igual rango que el anteriormente pretendido, con la *ventaja* de no requerir aprobación parlamentaria. El Procurador del Estado, debe ser necesariamente oído antes de la resolución de los asuntos sometidos a la resolución del Tribunal, aunque su opinión no es vinculante.

El nombramiento se produjo en 1989. Se trataba de un cargo que encajaba perfectamente con el perfil, la preparación y las capacidades de Brito y en cuyo ejercicio era previsible que se luciera, como suele decirse.

De este modo, a punto de cumplir 60 años, Mariano alcanzaba el más alto rango en el escalafón administrativo nacional. Y esto, en democracia, dentro de un gobierno del Partido Colorado. Su padre, batllista de la 14, se habría sentido orgulloso.

Con el gobierno blanco de Lacalle Herrera

Pero los 10 años de permanencia en el cargo que fija la ley para el Procurador, no se habrían de cumplir. El 1º de marzo de 1990 asumió la Presidencia de la República el Dr. Luis Alberto Lacalle de Herrera y le ofreció a Brito la titularidad del Ministerio de Defensa. Él mismo da las razones de su elección y hace un breve juicio de su desempeño:

«Conocí a este gran jurista, patriota y ejemplar cristiano por intermedio del Dr. Pablo García Pintos. Durante nuestro gobierno, 1990-1995 ocupó el Ministerio de Defensa durante la mayor parte del período. Se trataba de una cartera que debía ser administrada con una gran delicadeza por varias razones. Ante todo la circunstancia histórica en que se desarrollaría la tarea, es decir la proximidad con el tiempo de la dictadura y lo delicadas que resultaban las relaciones de los militares con la actividad político-gubernativa. A ello se agregaba la natural distancia que hay entre la organización militar y su modo de funcionamiento, tan distante de los conceptos que se manejan en la vida civil. Por supuesto que, en la persona del Dr. Brito, tenía nuestro gobierno una de las más encumbradas personalidades de destaque en la materia de Derecho Administrativo, lo cual nos garantizaba una solvencia técnica del más alto nivel. Pero las circunstancias antes anotadas requerían de un ejercicio permanente de sensatez, combinada con firmeza, que permitieron a este gran amigo desempeñarse en forma destacada. Fue muy difícil la circunstancia que se vivió a partir de la muerte del científico chileno Sr. Berríos, pero la misma fue sorteada con éxito. El país será siempre deudor

de quien abandonó la comodidad de su vida como profesional para pasar horas difíciles en la tarea que le fue ofrecida. Como buen ciudadano la aceptó y la desempeñó como un deber de oriental y de cristiano que no es frecuente. La estaremos siempre agradecidos». ¹⁸

No hay ministerios fáciles y ser llamado a dirigir cualquiera de ellos nunca puede ser considerado un premio -más allá del halago que eso suponga para algunos-. Pero, en aquellos tiempos, la cartera de Defensa era lo que se puede llamar un hierro candente.

Tengamos en cuenta que el país se encontraba en pleno proceso de normalización democrática, cinco años después de haber salido de una dictadura militar que se había extendido desde junio de 1973 a marzo de 1985. Si bien los militares habían abandonado el poder sin derramamiento de sangre ni revoluciones armadas, la historia política de aquellos años fue rica en tensiones y malentendidos. Había cierta desconfianza y recelo entre la sociedad civil y las Fuerzas Armadas. Pero más aún, y sobre todo, entre la clase política y los militares. De ambos lados existían heridas, injusticias o palabras que habría sido mejor no decir; y gente que se acordaba de cada pequeño detalle.

En ese ambiente enrarecido, en ambas trincheras, destacaron algunas figuras pacificadoras y hubo también gestos de mucha grandeza. Pero la paz social y política era todavía muy frágil, y mostraba una elasticidad negativa desproporcionada ante muy pequeños estímulos. El *overshooting* estaba a la orden del día.

También se dieron hechos objetivos que recibieron una valoración diversa dependiendo del lado del arco político en que uno se encontrara.

Uno de los primeros actos de la democracia restaurada fue la aprobación de la ley 15.737 que amnistió a los guerrilleros tupamaros que

¹⁸ Lacalle de Herrera, Luis Alberto.

estaban en la cárcel. Los militares y las fuerzas del orden que habían actuado bajo la dictadura quedaron excluidas del alcance de esa amnistía. Pero, menos de dos años más tarde, se aprobó en sede parlamentaria la llamada *Ley de Caducidad* que en los hechos supuso la extensión de la misma a los delitos cometidos hasta el 1º de marzo de 1985 por funcionarios militares y policiales. Aunque, en la práctica, las leyes afectaban a pequeños grupos de personas en los extremos de enfrentamientos históricos o ideológicos, políticamente tuvieron un efecto divisorio mucho más extenso que se puede rastrear hasta el día de hoy.

En este contexto, quien aceptara ser ministro de Defensa no podía hacerse muchas ilusiones sobre lo que le esperaba.

La propuesta tomó a Mariano por sorpresa. Si bien era votante del Partido Nacional, no era lo que se conoce como un militante. Su proximidad a la política venía por la altísima consideración que tenía del Bien Común. Así pues, el nombramiento del Dr. Lacalle agarró a todo el mundo a contrapié: tanto a los amigos como a los medios de prensa que no lo tenían entre los *ministrables* del momento. Desde un punto de vista personal, no era su objetivo ni su inquietud.

Por otra parte, el puesto (lo que hoy, en la jerga de los Recursos Humanos se llama *job description*) parecía requerir habilidades operativas que el candidato no estaba muy seguro de poseer. Los lugares de mando, en efecto, exigen mentes ejecutivas que, en cortos espacios de tiempo, y bajo la presión de hechos que no siempre se pueden controlar, sean capaces de tomar decisiones y asumir sus consecuencias.

Brito era, sin duda, una persona inteligente, responsable y serena. Y a eso le añadía una cuota no menor de coraje, de valentía. Pero tenía una mente extremadamente especulativa. Su proceso analítico interior le hacía ver tantos *pros y contras* que, al final, se le hacía difícil tomar una decisión.

La historia está ahí para mostrar que decidió todo lo que tenía que decidir, pero esto sucedió un poco a pesar de su tendencia a

prolongar los momentos deliberativos. Después de todo, era antes que nada un intelectual.

«Frente a mi ansiedad, la prudencia del Ministro me parecía muchas veces pasividad... y se lo hacía saber. Entonces, antes de resolver, me decía: “Carlos: te invito a dar vuelta a la manzana”. No le podía decir que no. Salíamos y, a los pocos pasos, me proponía rezar el Rosario para que la Santísima Virgen nos iluminara para discernir la mejor decisión. Terminadas las letanías, me miraba con una sonrisa y me decía: “Ahora sí que estamos prontos para resolver”. Con similar talante, a veces me sugería: “¿Por qué no dejamos esto para resolverlo mañana y así lo llevamos a la oración?”»¹⁹.

Si bien estos procesos muchas veces lo llevaban a tomar las mejores decisiones y descartar errores que fueran fruto del apresuramiento o de una perspectiva inmedatista de las cosas, podían generar cierta ansiedad en quienes colaboraban con él. Lo mismo sucedió, sin duda, años después, en la Universidad de Montevideo.

Más allá de estas consideraciones, que sirven para conocer a Brito tal cual era, su trabajo en esas circunstancias fue también ocasión de manifestar su competencia profesional y su humanidad.

Teniendo en cuenta el difícil momento institucional por el que atravesaban las Fuerzas Armadas, es de admirar el modo en que su paso por el Ministerio fue recordado por todos.

«Eran muchos los temas pendientes de resolución en el propio Ministerio y en la Justicia, donde habían avanzado muchos procesos vinculados a diversas violaciones de los derechos humanos.

Recuerdo vivamente un día en que entro a su despacho ministerial y lo encuentro llorando frente a un voluminoso expediente. Se trataba de

¹⁹ Delpiazzo, Carlos. *Sobre Mariano Brito, un santo de nuestro tiempo*.

un asunto relativo a graves violaciones de los derechos humanos, que se estaban ventilando en Sede judicial. Estaba conmovido.

Su reacción fue inmediata. Llamó por teléfono al Juez que estaba entendiendo en la causa y le pidió que lo recibiera. Me pidió que lo acompañara a la entrevista pero no me transmitió lo que estaba pensando.

En el Juzgado respectivo estaban avanzadas varias causas en las que se reclamaban indemnizaciones por los daños derivados de tratamientos denigrantes (para decirlo de un modo delicado). Su idea, a la luz de las pruebas existentes, era no dilatar más las causas sino ponerles fin, haciendo justicia en cada caso concreto.

Consecuentemente, con el aval del Presidente de la República, sin trascendencia periodística ni barullo alguno, compareció personalmente a cada audiencia para pedir perdón en nombre del Estado y alcanzar la mejor transacción posible. Lo logró en todos los casos»²⁰.

Un jerarca del Ministerio, al comenzar aquel mandato, reconoce que sus primeros encuentros con Brito fueron, como es lógico, «de observación». No lo conocía y no le dio inmediatamente su confianza. Pero poco a poco, en los encuentros profesionales cotidianos, fue convencido por

«el tono pausado, firme y amable de su trato. En los diferentes temas tenía una especial manera de escuchar, con amplitud y seriedad, guardando sus razonamientos dentro de la sobriedad que lo caracterizaba. El trato que dispensó a sus subalternos, tanto al Personal Superior o Subalterno de la Secretaría de Estado fue siempre correcto, amable».

Y cuenta de qué modo trató de cerrar la «brecha» entre los políticos y militares de la época, organizando almuerzos con políticos relevantes, en la sede del Ministerio, a los que pedía que lo acompa-

²⁰ Ibidem.

ñaran sus más inmediatos colaboradores, pero también, por turnos, dos directores de división. Por allí pasaron Carlos Julio Pereyra, Jorge Batlle, Jorge Pacheco Areco... Al no haber tema preestablecido, las conversaciones fluían con espontaneidad, y los comensales se conocían *personalmente*.

Jorge Hackembruch, por su parte, fue Director General de Comunicaciones en el mismo Ministerio. Conocía a Brito por haber coincidido con él en Presidencia, durante el último gobierno militar.

«Era respetado y apreciado por sus subalternos. Tenía carácter para enfrentar situaciones complejas y los asuntos difíciles los hacía él mismo, personalmente. Se preocupaba por el personal y sus familias. Cuando se hizo cargo del Ministerio construyó una guardería para los hijos de los funcionarios. Era muy meticuloso. Hacía con atención todo lo que se le presentara. Le importaba hacer todo bien. Le afectaba mucho todo lo relacionado con la dignidad de las personas».²¹

Como hemos dicho, en esos precisos años, a la salida de un largo gobierno *de facto*, la institución castrense pasaba por uno de sus momentos más bajos en la apreciación general de la ciudadanía. Podía haber allí un juicio histórico negativo sobre el Golpe de Estado del 73, pero pesaban aun más las violaciones a los derechos humanos de las que se iba teniendo noticia. Si bien no se podían atribuir a las Fuerzas Armadas en su conjunto, sino sólo a algunos de sus integrantes, la verdad es que vestir uniforme militar era exponerse a esa mirada crítica. Y posiblemente, esta percepción negativa chocaba con el sentimiento de muchos que, en las propias Fuerzas Armadas, consideraban que, por

²¹ Hackembruch, Jorge.

el contrario, habían servido al país lealmente y lo habían defendido, a precio de su propia sangre, contra la guerrilla tupamara.

En cualquier caso, como hemos visto, Brito trató a los militares a su mando con el mismo afecto con que trataba a todas las personas, fueran militares o no. No fue un ministro vergonzante de su cargo y se preocupó, como hemos visto, por mejorar la vida de sus subalternos. Lo de la guardería es un ejemplo, pero no el único; entre otras muchas cosas, siempre quiso facilitar el mejor acceso a los estudios, a todos los niveles, del personal castrense. Y en sus círculos más próximos se preocupó por dar formación cristiana y acercar a Dios a militares de todas las fuerzas y de todos los rangos.

Cuando Mariano Brito murió, habían pasado más de veinte años desde su cese como Ministro de Defensa, pero en las Fuerzas Armadas su recuerdo estaba aún vivo. Y era un recuerdo agradecido. Durante el sepelio se le rindieron honores específicamente militares, y sus restos mortales fueron trasladados a la sepultura siguiendo un ceremonial solemne. Estaban presentes personas de las tres fuerzas, tanto en situación de retiro como en ejercicio. Como si las Fuerzas Armadas estuvieran despidiendo a uno de los suyos.

Como sabemos, su tiempo en el Ministerio terminó -a pesar del profundo afecto que el Presidente Lacalle Herrera le profesaba- en agosto de 1993, a resultas de una interpelación en el Senado que no le resultó favorable.

En cuanto al fondo de la cuestión, no voy a entrar en demasiados detalles por varios motivos. En primer lugar, porque son tantos que su exposición requeriría de muchas más páginas que las que este breve libro puede dedicarles. En segundo lugar, pero más importante: lo que entonces sucedió pertenece al mundo de la política y al de la historia. Que, salvo en sus aspectos éticos, es el mundo de lo opinable. No quiero decir con esto que todas las opiniones se valgan, pero sí que resulta temerario, en la mayoría de los casos, pretender, en

esos temas, estar en posesión de la verdad, o negarle a los que opinan distinto el beneficio de una duda.

El motivo de la interpelación puede leerse en la moción de orden presentada por los senadores interpelantes, y ejemplifica en qué difícil momento había asumido Brito la cartera de Defensa en el gobierno de Lacalle Herrera:

«Solicitamos el llamado a sala del señor ministro de Defensa Nacional a fin de que se sirva informar acerca de atentados y otros hechos ocurridos durante el año 1992 y en el curso de 1993, que culminaron con el hallazgo de un micrófono en las dependencias del Comando de Apoyo Administrativo del Ejército».²²

A las 6 de la tarde se votó el llamado a sala, fijándose las 7 y media para el comienzo de la reunión. Vale señalar que, desde el momento en que fue informado de que iba a ser interpelado en el Senado, se puso a disposición, sin pedir un tiempo adicional razonable para prepararse.

Si uno se entretiene leyendo la versión taquigráfica de la interpelación, verá que, no se trata de una actividad académica en la que se discuten serenamente ciertos argumentos. Por el contrario, la mayoría de las intervenciones se hacen en un tono apasionado, sin renunciar a ocasionales expresiones agraviantes. Lejos de achicarse ante el destrato, Brito reaccionó con valentía y tuvo, incluso, momentos de gran altura, tanto en el fondo como en la forma:

«Existe una proporción entre el sacrificio que debemos tolerar y el bien que queremos procurar... En esto quiero ser particularmente preci-

²² https://parlamento.gub.uy/documentosyleyes/ficha-asunto/92978/ficha_completa

so. Por lo tanto, planteo a los señores senadores que comprendan que el silencio... tiene una jerarquía moral».

Pero cuando la interpelación se pone más dura, la actuación de Brito se hace más interesante. Hay momentos en que, espontánea o intencionalmente, las interrupciones se hacen más frecuentes. Al principio, él las concede todas, con suma cortesía. Pero luego se da cuenta de que, si lo hace, le resultará difícil no ya defender su posición, sino sencillamente poder seguir el hilo de un razonamiento. Y entonces, con entereza, cambia de estrategia y empieza a negar las interrupciones, con la misma amabilidad con que hasta ese momento las había concedido. Mientras, es admirable ver cómo sigue contestando las cuestiones que se le han planteado, en perfecto orden.

En ningún momento observamos en él una alteración nerviosa debida a la presión del momento. En medio de una situación difícil, da una exposición perfecta e informa con precisión cada punto que se le solicita. Con un objetivo claro, que hace explícito, en un momento dado, dirigiéndose a la persona que dirigía la interpelación:

«Ese es nuestro objetivo, señor senador: encontrar la verdad».

Y esto debió de ser muy claro para los que lo escuchaban porque, antes de la votación final, el Senador Korzeniak, del Frente Amplio, se refiere a «la exposición altamente sincera del señor ministro de Defensa Nacional».

Según he podido averiguar, durante la interpelación misma hubo contactos entre varios senadores del partido gobernante y representantes del ejecutivo en los que se dejó claro que no darían por buenas las explicaciones del Ministro interpelado. No porque las explicaciones no fueran buenas. Sino porque estimaban excesivo el costo político de oponerse. Así las cosas, la unanimidad del cuerpo senatorial -oficialistas y opositores- votó a favor de la siguiente moción:

«Ante los hechos expuestos y analizados en esta sesión, el Senado expresa su profunda preocupación y reclama que las investigaciones en curso conduzcan a su inmediato esclarecimiento y a la correspondiente y severa sanción a sus responsables».

En las horas que siguieron, el Presidente de la República aceptó la renuncia de Mariano Brito a su cargo.

Fue uno de los momentos más duros y humillantes de su vida. No por haber sido derrotado políticamente, ni porque su conciencia le reprochara algo malo -pues, gracias a Dios, no era el caso- sino por el abandono por parte de aquéllos a cuyo llamado había respondido, para servir a su país. Quienes lo visitaron en aquellos días, lo vieron abatido y triste, como un héroe vencido. Como escribió León Felipe y cantó Serrat, sobre Don Quijote:

Y ahora ociosa y abollada
va en el rucio la armadura,
y va ocioso el caballero,
sin peto y sin espaldar.²³

Puede que sea mi instinto romántico, pero personalmente las personas me resultan más amables en medio de sus derrotas, que en casi cualquier otra circunstancia de la vida.

También aquí fue Mariano maestro de humanidad. No porque pusiera al mal tiempo buena cara. Sino porque sufrió sin poder evitarlo y caminó *por valles oscuros*²⁴, como todo hombre que camina

²³ Felipe, León. *Vencidos, en Versos y oraciones de caminante (1920-1929)*

²⁴ *Salmo 23, 4*

sobre la tierra, sintiendo que *su corazón se derretía como cera y se deshacía en sus entrañas.*²⁵

Y es que, a veces, lo único que se puede hacer es sufrir con dignidad.

²⁵ *Salmo 22, 15*

Con el primer Presidente del Frente Amplio

Cosa de un año y medio más tarde del momento que acabamos de evocar, la vida de Brito se vio enriquecida por el encuentro con el Dr. Tabaré Vázquez. Esa amistad, que comenzó entonces y en las circunstancias que ahora veremos, se extendió a lo largo de casi veinte años, hasta la muerte misma de nuestro héroe, en enero de 2014.

Cuando aquel encuentro tuvo lugar -podría uno pensar-, las trayectorias personales y políticas de Vázquez y Brito habían sido lo suficientemente divergentes como para simbolizar por sí mismas lo que hoy llamamos, dramáticamente, *la grieta*. Vázquez, agnóstico y socialista, con un hermano perteneciente al grupo subversivo de filiación anarquista *Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales* (conocido como *OPR-33*), Presidente por el Frente Amplio, históricamente opuesto a los llamados partidos tradicionales. Y hombre de partido hasta la médula. Brito, católico, políticamente ecléctico, con un -a los ojos de Vázquez, podemos suponer- luctuoso prontuario: gobierno militar, gobierno colorado, gobierno blanco... ¿Qué podían tener en común aquellas dos personas?

Y sin embargo, tomando prestada y adaptando una expresión popular, podemos decir que lo de ellos fue *amistad a primera vista*. Sin que ninguno dejara de ser lo que era. Como me dijo una vez un amigo de ambos:

-Tabaré sabía perfectamente quién era Mariano y cómo pensaba. Y Mariano sabía perfectamente quién era Tabaré, y cómo pensaba.

Siendo Brito ya Rector de la UM, el Dr. Vázquez fue invitado en muchas ocasiones a distintos actos académicos, como orador principal. Algunas veces siendo Presidente de la República.

Nicolás Etcheverry recuerda que, en una de esas oportunidades, al finalizar un acto en el IEEM, salía la pequeña comitiva de docentes universitarios, acompañando al Presidente hasta el auto que lo esperaba. Mariano se había adelantado un poco, escaleras abajo, hacia la salida que da a la calle Lord Ponsonby, mientras que Tabaré Vázquez y él se habían rezagado. Entonces, en voz baja, como quien hace una confidencia, Vázquez dijo señalando a Brito:

- Usted no sabe todo lo que yo le debo a este hombre.

Etcheverry se sorprendió de aquella confidencia que llegaba sin motivo alguno, como no fuera una necesidad de Vázquez de que eso que había querido decir fuera escuchado y se supiera. Se trataba de una revelación muy intencional.

No fue la única vez.

Cuando Mariano falleció y Vázquez ya estaba en su segundo período como Presidente, quiso dejar constancia del afecto y del agradecimiento que sentía por Mariano Brito. Se arregló con la UM la realización de una pequeña entrevista en la Torre Ejecutiva. Cuando se observa la filmación, se nota claramente cómo Tabaré Vázquez, un *duro* de la vida y veterano en muchas y muy arduas batallas políticas, baja completamente la guardia y deja su corazón al descubierto al hablar de su amigo recientemente fallecido:

«En base a cómo conocí al Dr. Mariano Brito, me atrevo a dar una definición de cómo lo comprendí, cómo puedo juzgarlo como persona.

Lo considero como un hombre recto, justo, generoso y un buen hombre, un muy buen hombre. Y esta apreciación que tengo se basa precisamente en cómo lo conocí.

Estábamos en la segunda mitad de la década del noventa. Yo ya había sido Intendente de Montevideo. La mañana de un 28 de diciembre, en los informativos radiales de primera hora, escuché a un periodista leer los titulares y parte de la página de un semanario, en donde se decía que yo tenía un conflicto de intereses entre el interés público y el privado. Se me acusaba específicamente de haber gestionado para el Instituto de Oncología en el que trabajaba desde hace años, el ingreso de un programa de cálculo de un tratamiento de radioterapia que había hecho uno de mis hijos (que estaba estudiando Ingeniería en Informática), y que esa gestión derivó en que el instituto comprara los elementos sin licitación o llamado público, para favorecer a mi hijo.

Esto me tomó por sorpresa: tanto la información que se estaba dando, por lo que contenía, como que no se me hubiese preguntado antes de que se publicara, si era cierto o no.

El fondo del asunto era que el Instituto de Oncología había recibido una donación de la Comisión Honoraria de Lucha Contra el Cáncer. Ésta había comprado un equipo de quince mil dólares, y se lo había donado al Instituto de Oncología del Ministerio de Salud Pública. Así que fue una donación que recibió el Instituto de elementos de trabajo que ya se estaban utilizando en la actividad privada y en el propio Hospital de Clínicas. Pero se me estaba acusando -porque yo trabajaba en el Instituto de Oncología- de que había un interés particular mío. Todo esto en la mañana de ese 28 de diciembre.

Yo estaba por salir a trabajar, a eso de las 7:30-8 de la mañana y recibo una llamada a mi casa. ¿Quién me llamaba? El Dr. Mariano Brito. Yo lo conocía simplemente porque había sido Ministro de Defensa en el gobierno del Dr. Lacalle. Pero nunca había tenido una conversación personal con él. Y no me puedo olvidar de sus palabras:

-Mire, Doctor -me expresó-, esto que están cometiendo contra usted es una infamia. No sólo por el monto de lo que se está diciendo, sino por el fondo de lo que está sucediendo. Y yo quisiera, si usted me lo permite, si usted me recibe en su casa, ir a saludarlo y estrecharle la mano, por el momento que usted está viviendo.

Me quedé en mi casa. Lo recibí a las diez de la mañana y fue la primera oportunidad que tuve de hablar con él. Le agradecí personalmente y hasta el día de hoy se lo sigo agradeciendo.

Después de eso hubo siete tribunales que me juzgaron por el hecho, incluyendo la Justicia Penal, porque hubo múltiples denuncias. Ninguno de esos tribunales juzgó que yo hubiera cometido un delito, ni una irregularidad.

Entonces, alguien dijo: “Bueno, pero está el problema ético y moral”. Entonces me presenté ante la Comisión de Ética de mis pares, del Sindicato Médico. Juzgaron el hecho y dijeron que no sólo no había cometido ninguna falta, sino que había actuado con la ética que el médico debe adoptar.

Pero el primero que lo reconoció, sin ningún tribunal, sin ningún elemento de juicio más que lo que había leído, fue el Dr. Mariano Brito. Eso mostró que es un hombre recto, un hombre justo, un hombre generoso, y una muy buena persona.

Tuve después varias conversaciones con el Dr. Mariano Brito. Me invitó a participar en charlas en la Universidad de Montevideo, a las que concurrí. Incluso a veces, me visitaba en mi casa. En múltiples oportunidades, simplemente para conversar. Y tuvimos largas conversaciones -políticas y no políticas-». ²⁶

²⁶ Vázquez, Tabaré.

El veto al aborto

Casi veinte años más tarde, más allá de los encuentros privados, quizá una de las últimas ocasiones que tuvieron de verse en público, fue en 2013, en el Hotel Radisson, con motivo de la presentación del libro «*Veto al aborto: estudios interdisciplinarios sobre las 15 tesis del presidente Tabaré Vázquez*»²⁷, que la Universidad de Montevideo había publicado hacía poco. En él participaron distintos autores, desde distintos ángulos y puntos de vista, visiones culturales y disciplinas científicas.

El libro tiene como punto de partida y objeto de análisis el veto que, cinco años antes y siendo Presidente de la República, el Dr. Vázquez había producido sobre una ley aprobada por el Parlamento uruguayo que pretendía legalizar el aborto. Los autores estudian el texto, y exponen sus proposiciones, revelando su estructura argumentativa y sus tesis subyacentes.

En su conjunto es un libro propiamente académico y no de opinión; fruto de estudios extensos, reflexiones profundas y una buena dosis de sentido común (...) ¿Su propósito? Aportar algo de luz a un

²⁷ Alonso V., Altieri S., Asiaín C., Guzmán L., Esteva Gallicchio E., Etcheverry Eztrázulas N., González Bernardi ML., Hackembruch C., Lescano H., Maiztegui Casas L., Montano P., Radio D., Sandonato P., Solari A., Van Romaey L. *Veto al aborto: estudios interdisciplinarios sobre las 15 tesis del presidente Tabaré Vázquez*. Universidad de Montevideo, Facultad de Derecho, 2012

debate innecesariamente polarizado. (...) Debate en el cual la eterna pregunta de: “¿Qué hay que hacer?” ya fue contestada hace tiempo, aunque a veces no lo parezca: Salvar a los dos ²⁸.

El orador principal, en el acto de presentación del libro, fue el mismo Tabaré Vázquez. Y en su intervención, antes de referirse a cualquier otra cosa, se tomó el tiempo de expresar muy cálidamente su «enorme respeto personal, profesional y académico por el Dr. Mariano Brito» ²⁹.

Ahora conocemos con más detalles los antecedentes de aquella velada y los antecedentes de las palabras que se dijeron en aquella velada. Confieso que me ha resultado personalmente muy conmovedor conocer esos detalles antecedentes. Pero dejaré mis emociones y comentarios para el final.

El que escribe estas líneas no vivía entonces en Uruguay y, aunque ignora en gran medida la conversación política local, es testigo, en cambio, del asombro que causó en el mundo entero que el entonces Presidente Vázquez vetara la ley del aborto que había sido ya aprobada en sede parlamentaria.

Un gesto tan contundente de poder político y una manifestación tan franca de las propias convicciones respecto de la dignidad y el valor de la vida humana suelen esperarse, tal y como están las cosas, de un monarca católico como el rey Balduino de Bélgica, pero difícilmente de un socialista agnóstico al frente de un partido con una fuerte representación de exguerrilleros marxistas.

²⁸ Gutiérrez Bártol, Juan Manuel. 2013. *Veto al aborto: : estudios interdisciplinarios sobre las 15 tesis del presidente Tabaré Vázquez*. Revista de Derecho. Universidad de Montevideo. 12 (22). Págs. 195 y 196.

²⁹ Se puede ver el acto en su totalidad en https://youtu.be/I_gU40NyZP4

Digo «tal y como están las cosas» porque, como señala Fabrice Hadjadj, hay algo extraño en una civilización donde el orden natural y el respeto hacia la vida humana son defendidos casi exclusivamente por instituciones como la Iglesia Católica, cuyo foco debería ser más lo sobrenatural que lo puramente natural.

Pero, ya decía Oscar Wilde que, a veces, la realidad imita al arte. En noviembre de 2008, en Uruguay, fue un Presidente como el que hemos descrito antes el que, primero anunció que vetaría, y luego vetó efectivamente la legalización del aborto.

En consecuencia, el aborto tuvo que esperar a que llegara otro presidente. Y, mientras tanto, se salvaron muchos miles de vidas inocentes.

El veto se concretó mediante los mecanismos que la Constitución de la República establece que deben observarse en estos casos. El Presidente Vázquez envió al Presidente de la Asamblea General una carta expresando con claridad lo que estaba haciendo, y los motivos por los cuales lo estaba haciendo.

Creo que vale la pena reproducir el texto de la carta.

En primer lugar porque es un ejemplo de aplicación del principio de realidad, y de consistencia jurídica y ética.

En segundo lugar, porque enfrentarse a pecho descubierto a lo que se ha dado en llamar *la cultura de la muerte* es un indudable acto de valentía.

Y en tercer lugar porque, sabiendo como ahora sabemos, que ese texto fue fruto de un ida y vuelta entre el Dr. Vázquez y Mariano Brito, es lógico que ocupe un espacio muy especial en esta narración.

En realidad, no sabemos gran parte de lo que sucedió entre bambalinas, entre el Presidente y nuestro biografiado. Sabemos sí que se tenían en mutua y grande estima, y que mantenían «conversaciones políticas y no políticas». Seguramente, en el transcurso de esas con-

versaciones descubrieron que tenían la misma mirada sobre el tema del aborto.

He leído que algunos atribuyen esa mirada, en Tabaré Vázquez, a una especie de *virus católico* que le habría inoculado su esposa, María Auxiliadora Delgado San Martín, que como todo el mundo sabe, era una mujer cristiana. Seguramente, el Dr. Vázquez no fue inmune a la opinión que su mujer tenía sobre este asunto, pero sus convicciones no eran fruto de una influencia externa. Basta escuchar la argumentación que el propio Vázquez desarrolló en la reunión del Hotel Radisson, al hablar de las razones que tuvo para vetar el aborto, en la ley de 2008. Luego de referirse a los aspectos legales, dijo que:

«...la conveniencia se justificaba por mi irrenunciable compromiso de fidelidad a valores principios y enunciados que me identifican como científico y como médico (...). La legislación textual no puede desconocer la realidad de la existencia de vida humana en su etapa de gestación (...). No fue para mí un argumento traído de los pelos ni un dato circunstancialmente útil. Por el contrario es una convicción sustentada en la evidencia científica». ³⁰

En cuanto a la colaboración de Brito y Vázquez en el texto mismo del veto, está fuera de toda duda.

En aquellos días de noviembre de 2008, conocido ya el tenor de la Ley 18.426 que incluía, en alguno de sus artículos, la legalización del aborto, Mariano convocó a un amigo de larga data, el Dr. Pedro Montano, a una reunión privada -iba a decir *secreta*-.

Montano no sólo era conocido como activista *Pro-Life*, sino que había sido uno de los cofundadores de la Universidad de Monte-

³⁰ Ibidem, minuto 46.

video, y era Profesor de Derecho Penal en la UM y en la UdelaR. Alguien, por tanto, con ciertas cualidades personales y profesionales que Mariano Brito necesitaba, y que deberían ponerse por obra precisamente en el encargo que estaba a punto de darle: la redacción de una carta de veto al aborto que el Presidente de la República pudiera enviar al Presidente de la Asamblea General.

Como hemos visto, el Dr. Vázquez tenía perfectamente claro que iba a vetar la ley y los motivos por los cuales iba a hacerlo. Pero su decisión se llevaba a cabo en medio de enormes tensiones, incluso dentro de su propio equipo de gobierno. Basta pensar que el proyecto había ya sido aprobado por las dos Cámaras del Parlamento y que, cuando anunció sus intenciones de vetarlo, siguiendo sus íntimas convicciones, sólo fue acompañado por la Ministra de Salud, M^a Julia Muñoz, mientras que nueve ministros se negaron a respaldarlo.

Si el Presidente había hablado del tema con Brito, como es probable, no era porque necesitara que nadie lo convenciera. Eso está muy claro. En cambio, es bastante lógico pensar que, en un ambiente políticamente hostil, vería en Mariano a alguien recto, prudente y desinteresado que con su consejo personal y profesional, lo ayudaría -al menos- a no cometer errores innecesarios y a circunscribir su acción a sus objetivos.

Sobre el fondo de la cuestión tenían ambos los mismos principios. Ahora se trataba de armonizar los argumentos y asegurar la consistencia legal del texto.

Fue entonces que Mariano convocó al Dr. Montano y le dio el contexto y las indicaciones para que pudiera hacer su trabajo. Una vez que Montano la escribió, la revisaron juntos. Y se la enviaron al Presidente Vázquez.

La carta/veto, dice así:

«Presidencia de la República Oriental del Uruguay
Montevideo, 14 de noviembre de 2008

Señor Presidente de la Asamblea General:

El Poder Ejecutivo se dirige a ese Cuerpo en ejercicio de las facultades que le confiere el artículo 137 y siguientes de la Constitución de la República a los efectos de observar los Capítulos II, III y IV, artículos 7 a 20, del proyecto de ley por el que se establecen normas relacionadas con la salud sexual y reproductiva sancionado por el Poder Legislativo.

Se observan en forma total por razones de constitucionalidad y conveniencia las citadas disposiciones por los fundamentos que se exponen a continuación.

Hay consenso en que el aborto es un mal social que hay que evitar. Sin embargo, en los países en que se ha liberalizado el aborto, éstos han aumentado. En los Estados Unidos, en los primeros diez años, se triplicó, y la cifra se mantiene: la costumbre se instaló. Lo mismo sucedió en España.

La legislación no puede desconocer la realidad de la existencia de vida humana en su etapa de gestación, tal como de manera evidente lo revela la ciencia. La biología ha evolucionado mucho. Descubrimientos revolucionarios, como la fecundación in vitro y el ADN con la secuenciación del genoma humano, dejan en evidencia que desde el momento de la concepción hay allí una vida humana nueva, un nuevo ser. Tanto es así que en los modernos sistemas jurídicos -incluido el nuestro- el ADN se ha transformado en la “prueba reina” para determinar la identidad de las personas, independientemente de su edad, incluso en hipótesis de devastación, o sea cuando prácticamente ya no queda nada del ser humano, aun luego de mucho tiempo.

El verdadero grado de civilización de una nación se mide por cómo se protege a los más necesitados. Por eso se debe proteger más a los más débiles. Porque el criterio no es ya el valor del sujeto en función de los afectos que suscita en los demás, o de la utilidad que presta, sino el valor que resulta de su mera existencia.

Esta ley afecta el orden constitucional (artículos 7º, 8º, 36º, 40º, 41º, 42º, 44º, 72º y 332º) y compromisos asumidos por nuestro país en tratados internacionales, entre otros el Pacto de San José de Costa Rica,

aprobado por la Ley N° 15.737 del 8 de marzo de 1985 y la Convención Sobre los Derechos del Niño aprobada por la Ley N° 16.137 del 28 de setiembre de 1990.

En efecto, disposiciones como el artículo 42 de nuestra Carta, que obliga expresamente a proteger a la maternidad, y el Pacto de San José de Costa Rica -convertido además en ley interna como manera de reafirmar su adhesión a la protección y vigencia de los derechos humanos- contiene disposiciones expresas, como su artículo 2º y su artículo 4º, que obligan a nuestro país a proteger la vida del ser humano desde su concepción. Además, le otorgan el estatus de persona.

Si bien una ley puede ser derogada por otra ley, no sucede lo mismo con los tratados internacionales, que no pueden ser derogados por una ley interna posterior. Si Uruguay quiere seguir una línea jurídico-política diferente a la que establece la Convención Americana de Derechos Humanos, debería denunciar la mencionada Convención (Art. 78 de la referida Convención).

Por otra parte, al regular la objeción de conciencia de manera deficiente, el proyecto aprobado genera una fuente de discriminación injusta hacia aquellos médicos que entienden que su conciencia les impide realizar abortos, y tampoco permite ejercer la libertad de conciencia de quien cambia de opinión y decide no realizarlos más.

Nuestra Constitución sólo reconoce desigualdades ante la ley cuando se fundan en los talentos y virtudes de las personas. Aquí, además, no se respeta la libertad de pensamiento de un ámbito por demás profundo e íntimo.

Este texto también afecta la libertad de empresa y de asociación, cuando impone a instituciones médicas con estatutos aprobados según nuestra legislación, y que vienen funcionando desde hace más de cien años en algún caso, a realizar abortos, contrariando expresamente sus principios fundacionales.

El proyecto, además, califica erróneamente y de manera forzada, contra el sentido común, el aborto como acto médico, desconociendo declaraciones internacionales como las de Helsinki y Tokyo, que han

sido asumidas en el ámbito del Mercosur, que vienen siendo objeto de internalización expresa en nuestro país desde 1996 y que son reflejo de los principios de la medicina hipocrática que caracterizan al médico por actuar a favor de la vida y de la integridad física.

De acuerdo a la idiosincrasia de nuestro pueblo, es más adecuado buscar una solución basada en la solidaridad que permita promocionar a la mujer y a su criatura, otorgándole la libertad de poder optar por otras vías y, de esta forma, salvar a los dos.

Es menester atacar las verdaderas causas del aborto en nuestro país y que surgen de nuestra realidad socio-económica. Existe un gran número de mujeres, particularmente de los sectores más carenciados, que soportan la carga del hogar solas. Para ello, hay que rodear a la mujer desamparada de la indispensable protección solidaria, en vez de facilitarle el aborto.

El Poder Ejecutivo saluda a ese Cuerpo con su mayor consideración,
Dr. Tabaré Vázquez
Presidente de la República».

Pienso que, para Mariano, este veto al aborto fue una de las grandes alegrías de su vida profesional y política. Su participación anónima pero efectiva y competente, buscando exclusivamente el bien común, es muy representativa de su entendimiento de la política. E indicativa de que había asimilado el lema de vida de su querido San Josemaría: «Ocultarse y desaparecer»³¹.

³¹ Cfr. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*, edición crítico-histórica preparada por P. Rodríguez, 3ª edición, Rialp, Madrid 2004, p. 945.

La despedida de dos amigos

Personalmente me alegra considerar que la amistad entre Mariano y Tabaré Vázquez no se desvaneciera con el tiempo, como tantas veces sucede -incluso entre amigos de la infancia y de la juventud-, sino que siguiera un *in crescendo*, una línea ascendente. Hasta llegar a convertirlos en compañeros de aventuras.

Hay muchas formas de amistad. Pero una de las más fuertes es la que compromete a ambos en la misma acción. Más aún si esa acción comporta riesgos e implica la posibilidad de una pérdida. El episodio del veto, que hemos contado, fue una aventura, en el sentido de que implicó para ambos, no sólo un acuerdo en los principios, sino la realización de ciertas acciones que los exponían. Es decir, un *plus* de confianza mutua.

Uno puede imaginar el costo político que habría supuesto para Vázquez la filtración de la colaboración de Brito en ese asunto. En cuanto a Brito, una vez más, no vemos por ningún lado la posibilidad de consecuencias que pudieran considerarse como un beneficio personal. Por decirlo brevemente, ambos se exponían a una pérdida. Pero ambos estaban convencidos de que el riesgo valía la pena porque, si tenían éxito y hacían lo que tenían que hacer, se salvarían muchas vidas de pequeños orientales...

El episodio, en su conjunto, es bastante cinematográfico. O lo sería, en manos de alguien como Spielberg, con Gary Oldman en el papel de Tabaré -y, por supuesto, Geoffrey Rush en el de Mariano-.

En todo caso, contradice convincentemente nuestro argumento inicial de que las vidas de los hombres buenos son aburridas. Porque ser bueno no es no hacer nada sino, precisamente, hacer el bien. Y hacer el bien supone siempre -como sabemos desde antiguo- una vida llena de riesgos y de incertidumbres, donde todo puede salir mal.

Al mismo tiempo, el éxito de los buenos no consiste en que sus acciones salgan bien o se malogren. Sino en intentarlo.

Hay un famoso dicho del Maestro Yoda: «Hazlo, o no lo hagas. Pero no lo intentes». La vida de los buenos consiste precisamente en lo contrario, en intentarlo todo el tiempo. Lo que nos emociona en sus vidas es que lo intentaron, no que lo consiguieron.

Los grandes fracasos son también admirables en los buenos. Porque lo que admiramos en ellos no es que ganen o que pierdan, sino esa obediencia a la verdad más interior que hace que -incluso presintiendo la derrota-, se suban al ring.

Vázquez, que recordaba bien cómo se habían conocido, cuenta también su último encuentro, antes de morir Mariano.

«Recuerdo que la última conversación con él fue poco antes de su muerte. Fue en mi casa.

Dos o tres años antes, un día, había llamado una señora y había dejado una caja de madera con un frente de vidrio. Y en su interior había una réplica de la imagen de la Virgen de los Treinta Tres Orientales. Dijo que era para hacer una Novena, que iba a volver a retirarla, pero nunca más pasó a buscarla. Esa caja con la imagen de la Virgen de los Treinta y Tres Orientales quedó en mi casa. La tenía en un pedestal en el living.

El día que hablamos por última vez, cuando ya nos despedíamos porque se iba, el Dr. Mariano Brito vio la imagen. Y me preguntó qué hacía con ella y le comenté el hecho.

Y él dijo, como pensando en voz alta:

-¿Qué extraño, no? Que haya pasado esto y que usted haya conservado la imagen de la Virgen de los Treinta y Tres.

Siempre nos despedíamos dándonos la mano. Pero ese día me dio un abrazo. Después me enteré que había fallecido.

Tengo el mejor de los recuerdos de ese hombre. Si tengo que resumirlo en una sola frase diría: era un hombre esencialmente bueno»³².

³² Vázquez, Tabaré.

Regreso a los años 50

Habíamos abandonado la línea de tiempo, el orden cronológico, para poder reflexionar *-temáticamente*, podríamos decir- sobre el modo en que Mariano Brito entendió y practicó la política, no desde una perspectiva de partido, sino como un servicio a la sociedad. Hemos podido ver que llevó a cabo esta acción sin importar el régimen vigente o el partido gobernante, con amor a la Patria y competencia profesional.

Pero ahora tenemos que volver al joven de las fotos del carnet de estudiante, y retomar la narración, temporalmente, en el punto mismo en el que la habíamos dejado.

Los años de la juventud son muy importantes en la vida, y también lo fueron en la de Mariano. Años de especial dureza, de *cuesta arriba*, de postergaciones y fracasos. Y al mismo tiempo, de gran crecimiento interior, de consolidación profunda y de decisivos encuentros.

Ocurren a veces terremotos contra los que es imposible defenderse adecuadamente y que nos introducen en los aspectos más dolorosos y dramáticos de la existencia. Hacia 1950, se concentran varios acontecimientos decisivos para Mariano. Quizá el más importante sea la muerte de su padre, que deja a la familia en una situación difícil y desbarata el previsible curso de los acontecimientos.

Pero antes de entrar de lleno en ese período, en esa década y en sus detalles, vamos a hacer un alto en el camino y detenernos para tomar una bocanada de aire fresco. Porque así como las alegrías nun-

ca son perfectas, los dolores tampoco lo son y es posible sonreír también en las tormentas.

Escribir sobre una persona ya fallecida se presta a ciertos abusos de perspectiva que el escritor puede llevar a cabo por la única y exclusiva razón de que es estadísticamente poco probable que el biografiado vuelva desde el Más Allá para impedirlo. Sin embargo, siento algún tipo de temor a que esto precisamente me suceda si, cediendo a una acuciante tentación, me animo a contar ahora el siguiente episodio futbolístico. Porque lo cierto es que el fútbol nunca le interesó a Mariano en lo más mínimo.

No es que no lo entendiera, o que le pareciera mal: simplemente no le interesaba. Sabía de su existencia, pero ese conocimiento era como el que se tiene de algo que sucede en una galaxia muy muy lejana... Y ni todo su ADN oriental de historia y de cultura, ni el esfuerzo, que siempre era grande, por dialogar con sus conciudadanos de todos los credos e ideologías, fueron bastante para arrastrarlo a compartir esta pasión popular ³³.

No obstante -diré a mi favor-, él había venido al mundo en 1930 y, cuando uno nace en 1930, no puede quejarse de que hablemos de fútbol, aunque sea un poquito. El centro es demasiado bueno como para no cabecearlo.

Quienes han pensado la orientalidad -o como le gusta decir a Ignacio Iturria, la *uruguayez*- suelen aceptar pacíficamente que los hechos de Colombes y Ámsterdam, Montevideo 30 y Maracaná, fueron aceleradores culturales para la constitución de nuestra iden-

³³ Circula por ahí la leyenda de que, cuando lo nombró ministro de Defensa, el Presidente Lacalle Herrera *obligó* a Brito a leer también la parte del diario dedicada al fútbol, para que tuviera siempre una visión más realista del país que le tocaba gobernar.

tividad patria. Nos distinguieron del resto de las naciones, dándonos una gloria deportiva y un prestigio propios. Y nos pusieron en el mapa del mundo.

En un país en el que el rencor acecha, en el que no pocas veces la historia ha transcurrido por cauces violentos e interpretaciones opuestas, donde ha habido guerras civiles, violencia guerrillera y golpes militares, los hechos futbolísticos que transcurrieron entre 1924 y 1950 nos han hecho tremendamente felices, con una felicidad que, transformada en leyenda, en cierta forma perdura todavía. Y si esto es así, la indiferencia de Mariano Brito hacia el fútbol no pudo tener otro efecto que el de convertirlo en un extraño y peculiar uruguayo, un pez fuera del agua o un sapo de otro pozo: un oriental desposeído de ciertas características genéticas de la *uruguayez*. Y, por lo tanto, en cierta manera carente de la integridad de la esencia patria.

Sin embargo, me ha parecido que debo narrar ahora el único episodio *futbolero* atribuible al primer Rector de la Universidad de Montevideo. Y esto por dos motivos.

El primero y quizá más entendible es que, atendiendo a la, en cierta forma, anodina vida de mi biografiado, y ya que mi tarea es hacerlo lo más cercano posible a los lectores, sería temerario dejar en el tintero el momento en el que precisamente más popularmente cercano se nos aparece.

El segundo es que, en este episodio concreto, queda muy de manifiesto lo que muchos quizá juzgarán como un defecto. Efectivamente, Mariano Brito tenía muchos defectos que quizás no lo hagan tan querible como a una mascota de ojos grandes y orejas caídas. Y esto es muy bueno pues evita, desde el comienzo, que todo resulte en la glorificación barata de un mito prefabricado.

Tomo la palabra *defecto* en un sentido muy amplio y evocativo. Pues si *afecto* indica proximidad o al menos tendencia a la proximidad —como cuando se dice, por ejemplo que alguien es afecto a la

fruta—, *defecto* parece indicar su contrario, es decir, separación y alejamiento o, al menos, tendencia a ese apartamiento. Creo que, en este sentido amplio, su desinterés por el fútbol lo excluía de *esa gran comunión irracional* que atraviesa las veredas, los dormitorios, los bares, los mates y las conversaciones.

Vayamos a los hechos.

Hay acontecimientos que se presumen únicos al momento de producirse, y marcan la memoria de sus contemporáneos para siempre. Cada uno de mis hijos recuerda perfectamente dónde estaba cuando cayeron las Torres Gemelas. Mi padre recordaba el temblor de los vidrios, en la chacra de su abuelo, en El Sauce (Canelones), cuando se produjo la voladura del *Admiral Graf Spee*, en diciembre del 39. Y yo no puedo olvidar que, cuando escuché por la radio que habían asesinado a John Lennon, estaba en un taxi en Madrid, por la Castellana, a la altura de los Nuevos Ministerios, y sentí ganas de llorar.

Pues bien, Mariano recordó toda su vida las circunstancias en que fue sorprendido por un acontecimiento que, con exagerada ingenuidad y algo de humor, le gustaba evocar.

Acababa de cumplir 20 años. Su padre ya había muerto y él vivía entonces en Malvín, junto a su madre y a sus dos hermanas. Coursaba la carrera de Derecho. Era un domingo de invierno, y había decidido dedicarle algunas horas al estudio. (Ya tendremos oportunidad de hablar de ello, pero cuando Mariano estudiaba, realmente ponía toda su atención en el estudio. Como suele decirse: se *enfrascaba*). De la calle le llegaban apenas ruidos lejanos y un rumor de radios prendidas desde algunas ventanas abiertas en el vecindario, que transmitían —sí, eso parecía— un partido de fútbol.

No obstante, en un momento dado, aquel rumor desordenado pareció ensamblarse y adquirir una suerte de entidad, al convertirse en un grito único que salía de miles de gargantas, en miles de ven-

tanás, no sólo en la cercanía, sino en toda la ciudad... Alcanzado y conmovido por la onda expansiva de la alegría materializada en aquel grito, el joven Mariano levantó los ojos de sus apuntes y de sus libros, y no pudo seguir estudiando. Evidentemente algo extraordinario estaba sucediendo. Algo que él desconocía pero que misteriosamente lo incluía.

Como confirmando su presentimiento, lo que había empezado en el interior de las casas se trasladó a las calles. Y a los extendidos gritos de júbilo se sumaron incluso ritmos de candombe... Vencida la última resistencia, el joven estudiante se levantó del escritorio, fue al living y abrió la ventana. Al asomarse, se le ofreció un espectáculo inusitado: con un trasfondo creciente de cánticos y risas, en la calle, desconocidos empujados al azar de una celebración espontánea, se abrazaban unos a otros, llorando de alegría, bailando y repartiendo amistosas palmadas a diestra y siniestra...

Impresionado y conmovido, pero sin comprender el motivo de semejante alboroto, Mariano volvió finalmente a su escritorio y continuó estudiando. A la hora de la comida familiar, un rato más tarde, supo que Uruguay, en Maracaná, acababa de ganar el Campeonato Mundial de Fútbol. Era el domingo 16 de julio de 1950.

Mariano ignoraba todo del juego y de su historia, y no podía comprender la grandeza de lo que acababa de suceder, pero se dejó atrapar por el misterio que flotaba sobre la ciudad. Años más tarde, se complacía en referir la anécdota de «su» Maracaná.

Pienso que así, por caminos paradójicos, se insertaba a su modo en el gran mosaico de aquella leyenda oriental. Mosaico en el que no sólo caben las grandes figuras protagónicas que pisaron el pasto carioca esa tarde (Obdulio y Schiaffino, Ghiggia o el Mono Gambetta), sino también los figurantes y los extras y los protagonistas de las tramas secundarias en las que aparecieron, al final, todos los uruguayos. Los fanáticos que escuchaban a Carlos Solé pegados a la radio,

y los fanáticos que jugaban al fútbol. Pero también las mujeres uruguayas, antes de que se inventara el fútbol femenino. Y, finalmente, los estudiantes de Derecho que no entendían nada y se asomaban a la ventana para ver qué era todo aquel griterío.

¿Una vida monótona y lineal?

Estudiando la vida de Brito, dedicando horas a armar el *puzzle* con los siempre escasos documentos, o simplemente pensando en él, repasando en mi interior acontecimientos grandes o pequeños de este o aquel año, su figura fue creciendo a mis ojos.

Es natural que conozcamos mejor aquello que investigamos, a medida que avanzamos en la investigación; la naturaleza misma del estudio implica que las ideas iniciales se superen y se perfeccionen. Sin embargo, en una investigación histórica, como es una biografía, sobre todo cuando se han leído una y otra vez los testimonios y la documentación disponible, uno no espera el mismo grado de novedad o de sorpresa que en un experimento del que se ignora absolutamente el resultado. Más aún cuando, como en mi caso, había conocido y tratado en vida al biografiado.

Llamaré *prejuicio* a ese conocimiento previo que tenía, y a las ideas iniciales consiguientes: a esa suma de recuerdos personales, de testimonios que encajan con los recuerdos, de hechos ya conocidos que se suponen inamovibles. Es una base muy sólida para un trabajo de redacción que imaginamos más bien mecánico, y del que no esperamos grandes o dramáticas revelaciones. El *prejuicio* siempre implica una suerte de *pesimismo narrativo*, al modo de lo que decía Tolstoi sobre las familias felices. Porque se da por definitivo lo que ya se sabe y se hace de eso el argumento a desarrollar.

Confieso que, cuando empecé a escribir este libro, la vida de Mariano se me presentaba, sobre todo, de este modo, con esta anticipada estabilidad. Había algo muy lineal ahí: joven muy inteligente, estudiante brillante, funcionario destacado, que recorre sin mayores obstáculos el *cursus honorum* que, de alguna manera, sentimos que ha sido diseñado para él y lo estaba como esperando. ¡Qué lejos de la entrada a París de D'Artagnan! Sentía que faltaban emociones y sobraba monotonía. Interiormente me resigné a que la *normalidad* fuera, de algún modo, la materia de la que estaban hechas las hazañas del héroe que me había tocado en suerte.

Aun así, me sentía molesto. Y lo que me molestaba era tener que resignarme, aceptar esa especie de devaluación narrativa ante una vida carente de desafíos verdaderos. Añoraba el toque heroico, la adversidad, incluso la derrota. Me encontré deseando que la vida de Mariano fuera menos lineal y previsible; pero era un deseo que no me atrevía a expresar en palabras.

Pero -eso es lo que tiene de bueno trabajar, pensar en las cosas e inclinarse sobre ellas una y otra vez- a fuerza de mirar, se termina viendo lo que siempre estuvo allí. Como en el famoso cuento de Edgar Allan Poe, lo que buscábamos se hallaba a la vista de todos.

Siguiendo el incidente del ojo y del párpado caído, había pasado bastante tiempo examinando las pocas fotografías del joven Mariano que nos han llegado. Concretamente aquélla de su carnet de estudiante de marzo del 49, cuando se inscribe en el primer año de la carrera de Derecho en la Universidad de la República. Y, mientras la miraba, siempre pensaba: «¡Qué buena decisión!». De alguna manera sentía envidia de alguien que, tan tempranamente en su vida, había encontrado aquello para lo que estaba destinado: el Derecho. Conociendo el final de la historia, sabía hasta qué punto había sido feliz la alianza entre la mente de aquel joven y la ciencia jurídica.

Tuvo que pasar bastante tiempo hasta caer en la cuenta de algo que constaba, sin embargo, en todas y cada una de las semblanzas, resumidas o extensas, que se me habían facilitado desde el principio: y es que Mariano se recibió de abogado en 1962.

Poco a poco las matemáticas se abrieron camino entre la nebulosa de los datos y, haciendo las cuentas, advertí que, entre la fecha de ingreso, 1949, y la de egreso, 1962, transcurren 13 largos años... Por supuesto, no hay nada malo en tardar 13 años en recibirse de abogado. Lo que no tiene es consistencia con el perfil de alguien que, de acuerdo a todos los testimonios y los logros posteriores, había nacido para el Derecho.

No resulta, en este caso, creíble la hipótesis de una inclinación inicialmente débil que se habría consolidado y hecho más firme con el paso del tiempo, a medida que avanzaba. Si miramos, por ejemplo, su carrera docente, vemos que, en cuanto se recibe, en 1962, empieza a recorrer un camino sin vacilaciones ni faltas, hasta alcanzar los más altos grados académicos. Y sus alumnos lo recuerdan unánimemente como un profesor extraordinario, nacido para enseñar, y para enseñar Derecho.

Entonces, la pregunta mantiene su validez: ¿cómo es posible que alguien *así* tardara tantos años en recibirse? El problema para dar una respuesta adecuada es que Mariano fue una persona en extremo discreta y reservada. Nunca le contó a nadie las razones, las causas o las dificultades y contratiempo que lo llevaron a transitar con tanta lentitud el camino de su vocación profesional.

Lo que es indudable es que tal retraso existió. Y cambió substancialmente su rendimiento académico. Para hacernos una idea basta pensar que, por ejemplo, durante los cursos académicos de 1957 y 1961 Mariano no rindió exámenes de ninguna materia. Hubo momentos como éste en que pareció que tiraba la toalla y abandonaba.

¿Cuál pudo ser la causa proporcional a tales efectos?

Estoy convencido de que la libertad humana mantiene siempre abiertos todos los caminos, hasta el momento mismo de la muerte. Nadie es el resultado mecánico de las meras circunstancias. Pero hay una edad entre todas, desde la entrada en la adolescencia hasta la salida de la primera juventud, en el que se traza a grandes rasgos el camino que se ha de seguir. En esos años empezamos a conocer quiénes somos y a soñar lo que queremos llegar a ser. Y entonces pequeños o grandes acontecimientos se convierten en verdaderos *turning points* de los destinos individuales.

En ese cruce de caminos, cuando las personalidades empiezan a manifestarse y están lejos de su madurez y asentamiento, las decisiones se toman asumiendo riesgos, en medio de confusos torbellinos, «*sin otra luz ni guía/ sino la que en el corazón ardía*»³⁴. Para algunos es la ocasión de un naufragio más o menos profundo en el hedonismo o en la desidia. ¡Cómo no comprenderlo! Otros entienden, en cambio, que, como dijo alguna vez Claudel, «*la juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo*».

De Brito sabemos que, luego de aprobar «holgadamente» el Examen de Ingreso en diciembre de 1942, cursó sus estudios secundarios en el Liceo José Enrique Rodó y en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo. Nada se ha interpuesto todavía entre el brillante joven y su prometedor futuro. Y el ingreso en la Universidad Mayor de la República se produce, como hemos visto, en tiempo y forma, en marzo de 1949.

Podemos imaginarnos a Mariano, como cualquier chico de su edad, aprovechando los largos trayectos en ómnibus, primero a la Ciudad Vieja y luego al Cordón, para repasar apuntes, leer un libro

³⁴ San Juan de la Cruz, *La noche oscura*.

o simplemente charlar con algún compañero de estudios. Podemos imaginar también la satisfacción de sus padres ante la responsabilidad y las buenas calificaciones de aquel hijo que -a pesar de algunos episodios de impetuoso carácter- se comportaba como cabía esperar de un buen primogénito.

Por el lado de la madurez interior, sabemos que nuestro joven protagonista destacaba, a esas alturas, por la solidez de sus convicciones y de su vida cristiana. Rezaba privadamente, pero también asistía con frecuencia a las distintas actividades de la iglesia del Reducto. Y su corazón empezó a alimentar -como dice Serrat en una de sus canciones-, «la ilusión de ser cura». El deseo de amar a Dios y de servir a los demás que vemos aflorar en él, en esos momentos de su primera juventud, es congruente con la persona que, una y otra vez, nos encontraremos después, a lo largo de toda su vida.

Sin embargo, estas generosas deliberaciones interiores duraron poco tiempo. Mientras finalizaba sus estudios secundarios en el IAVA, su padre enfermó de gravedad y, al poco tiempo, murió.

Recordemos que, unos años antes, en la partida de nacimiento que hemos examinado, Brito padre ya acreditaba su condición de jubilado con apenas 37 años. ¿Se debía a alguna condición crónica, a alguna limitación o enfermedad? No lo sabemos. En todo caso, cuando la cosa se puso seria, el párroco del Reducto le hizo ver a Mariano que Dios habla a veces con los hechos y los hechos indicaban que su obligación y su responsabilidad, en aquel grave momento, eran cuidar de su madre y de sus hermanas. En consecuencia, parecía razonable anotarse en la Facultad de Derecho y prepararse para convertirse en lo que accidentalmente ya había llegado a ser: el cabeza de familia.

Resulta innecesario decir hasta qué punto la enfermedad y la muerte del padre se producían en un momento inoportuno. Pero, acaso, ser inoportuna es una de las cualidades esenciales de la muer-

te. La cualidad que la convierte siempre en un acontecimiento dramático.

En las ficciones -desde los profundos poemas antiguos, hasta las más superficiales series de internet- en las que se dramatiza el momento de la muerte, acertadamente se suele destacar que nunca nadie está preparado para ese evento. Enfrentados a lo único inevitable, los *morituri*, se sorprenden siempre. Miran el reloj, como diciendo: *Pero, ¿cómo? ¿Ya es la hora?* En la *Iliada*, muchos suplican -no diremos que indignamente- al enemigo que ha de darles muerte, argumentando lo que ya todos sabemos: los hijos que quedan sin padre, la todavía joven viuda que no tendrá sustento, el dramático camino hacia la pobreza, cuando no a la degradación o a la esclavitud... Pero todo es inútil y -en la ficción como en la vida- a nadie le es concedido ese tiempo adicional que haría todo menos doloroso e inoportuno.

La muerte del padre, en la familia Brito Cecchi, llegó también inoportunamente, en este dramático sentido. Pero, como le gustaba decir a Jean Guitton, si tuviéramos que esperar a que todo esté dispuesto para salir de viaje, jamás daríamos el primer paso fuera de casa. Dios suele poner graves responsabilidades sobre los hombros de gente no del todo cualificada. Parece que le gusta que aprendamos a vivir mientras vivimos.

Mariano tenía entonces unos 18 años. Elena, su madre, cerca de 50. Sus hermanas Virginia y Coca, algo más y algo menos de 15. (Hay que añadir que la más chica, Coca, tenía algún tipo de retraso o deficiencia y requería de cuidados especiales).

En esas circunstancias, las humildes rutinas -el estudio, la vivienda, las reuniones y las comidas familiares- que hasta entonces se daban por sentadas, como si formaran parte de la naturaleza y del cosmos, de repente se desvanecieron o, mejor dicho, se convirtieron en objeto de incierta conquista Y de inútil nostalgia.

Adiós a la estabilidad económica.

Adiós al querido barrio del Reducto.

Adiós a la tranquila vida académica y a los tranquilos trayectos en ómnibus hasta el Liceo Rodó o el IAVA.

Mariano Brito padre ha muerto. Fin del Acto primero. Cae el telón. Empieza un Acto nuevo: la cuesta arriba.

La cuesta arriba

Ignoramos la fecha exacta del fallecimiento de Brito padre. Por cierta información circunstancial, suponemos que pudo ser en 1948.

Hay un dato revelador: mientras todavía estudia en el IAVA, Mariano dedica tiempo y esfuerzo a perfeccionar sus conocimientos de inglés. Ha surgido la posibilidad de dar clases de ese idioma en el colegio Maturana y se capacita para la tarea. Hay ahí un indicio de que, faltando el padre, no sólo sobreviene el dolor de la separación, sino un cambio pronunciado, para peor, en la situación económica familiar. Y entonces hay que aceptar lo que sea, aunque las oportunidades laborales, para un chico de 18 años, no sean tales que puedan producir ingresos proporcionados a las necesidades reales.

Desde ese momento, Mariano siempre trabajará y estudiará simultáneamente. No para procurarse un dinero de bolsillo extra, sino como contribución imprescindible al sustento familiar. Si miramos un poco más adelante en el tiempo, lo encontraremos siempre a cargo de su madre y de su hermana Coca. Cuando se casa, se las lleva a vivir con él. (Por aquel entonces Virginia, Beba, la mayor de las hermanas, ya se había casado).

El segundo hecho observable es que, casi inmediatamente, al morir el padre, esa familia del Reducto «de toda la vida», pierde su asiento habitacional. Ya en 1950 la encontramos -no en los cercanos barrios del Prado o de Atahualpa- sino en Malvín, que en aquella época sería para ellos, algo parecido a *una galaxia muy muy lejana*.

No hace falta ponerle sal y pimienta ni dejar volar la imaginación. Cada paso fuera del Reducto fue tan involuntario como penoso.

Durante la extendida docena de años que duraron los estudios universitarios de Mariano, y sus primeros obligados pasos en el mundo laboral, los esfuerzos fueron enormes y las satisfacciones pocas. Como en la fábula de *Aquiles y la tortuga* había un movimiento hacia adelante, ¡pero con cuánta lentitud! Los escalones se subían de a uno. Y a veces se tenía la impresión de que -como en la aporía de Zenón- el movimiento simplemente no existía.

Cuando se dan dificultades reales y objetivas, a estas se suma no pocas veces la dolorosa mirada sobre uno mismo, una autocompasión no siempre injustificada. La impresión de que el esfuerzo no alcanza o no sirve para mucho, y que es excesivo para tan magra cosecha.

En las grandes maratones, los abandonos se producen en el pelotón de los rezagados. Porque no sólo están corriendo mal, sino que tienen conciencia de que los beneficios, la gloria y los premios, serán para los primeros, no para ellos. En estas circunstancias, nadie puede juzgar severamente a quienes abandonan o bajan los brazos y se dan por derrotados.

Se conserva una tarjeta de visita, de finales de los años 50 o ya principios de los 60, en la que, debajo del nombre de Mariano Brito, puede leerse la palabra: *Procurador*. Esto era todo lo que podía él exhibir luego de once o doce años de estudios universitarios. ¿No se le pasaría alguna vez por la cabeza qué tipo de currículum estaba construyendo? ¡Tanto y tan lento remar para llegar a ser procurador! No es que serlo tenga nada de malo, pero al mirar a los costados vería que muchos de los que habían empezado con él ya eran abogados desde hacía años. Y otros muchos, que habían empezado la carrera

después, la terminaban antes y accedían a la vida profesional con todos los títulos que a él siempre se le antojaban lejanos³⁵.

Tapado por las muchas contrariedades, la línea de llegada se corría y parecía alejarse todo el tiempo. Como dijo Lope de Vega en un justamente célebre endecasílabo: «*Siempre mañana y nunca mañanamos*».

Sin embargo, curiosamente, Mariano no abandonó. Casi paradójicamente, no abandonó. Admirablemente, no abandonó. No es sólo que siguiera estudiando hasta convertirse en abogado, sino que, una vez recibido -aunque no en las circunstancias, ni con la brillantez y el *glamour* académico que ahora pensamos le habrían correspondido- empezó a construir su carrera profesional como si, en vez de tener 32 años, acabara de cumplir los 24. Es decir, sin dar nada por perdido y sin llorar por los trenes que lo habían dejado en el andén.

Lo cual me trae a la mente cierto conocido episodio de la Segunda Guerra Mundial.

El *Día D*, en Normandía, el Brigadier General Theodore Roosevelt Jr. -hijo mayor del homónimo Presidente de los Estados Unidos- con 56 años, era el hombre de mayor edad que participó en la operación. Al desembarcar -en medio de una lluvia de balas-, se dio cuenta de que su lanchón había sido desviado por la corriente, algo más de una milla al sur de su objetivo, en la playa de Omaha. Estaban, pues, él y sus hombres, desconectados del resto del ejército y sin objetivos claros. Entonces, sin desesperarse, caminó por la playa, reconociendo el terreno, únicamente con la ayuda de un bastón y armado de una pistola. Luego reunió a sus desconcertadas y supo-

³⁵ El Senador José Korzeniak, que era tres años más chico que Brito -y que participaría en su interpelación como Ministro de Defensa- inició su carrera docente tres años antes que él.

nemos que atemorizadas tropas y les dijo: «¡Empezaremos la guerra justo aquí!». Enseguida coordinó el ataque sobre las posiciones alemanas que los enfrentaban. Y logró todos sus objetivos.

Pues bien, esto es lo que parece haberse dicho Mariano a sí mismo cuando, luego de 13 años, obtuvo su título: «¡Empezaremos la guerra justo aquí!». Pienso que, como Theodore Roosevelt Jr., él también logró sus objetivos.

En todo caso, en esos años, oscuros y esforzados, adquirió algunos rasgos estables de su personalidad -los llamaremos *virtudes*, siguiendo la antigua definición- que luego lo distinguirían.

En primer lugar, su gran serenidad frente a las dificultades.

Algunas personas que trabajaron con Mariano, ya a finales de los años 60, señalan precisamente su capacidad de ver las cosas con perspectiva, sin abrumarse ante los obstáculos presentes, ni agigantarlos con la imaginación. No es que fuera un ingenuo o un negociacionista, pero había en él una ausencia notable de nerviosismo. Porque había aprendido en carne propia qué cosa es eso que llamamos un *problema*. Le bastaba acudir a sus propios recuerdos.

Dice un clásico libro de filosofía, que «de los recuerdos nace para los hombres la experiencia, el conocimiento de las cosas singulares». Y que en «la vida práctica, los que tienen experiencia tienen más éxito que los que, sin experiencia, poseen el conocimiento teórico»³⁶.

Aunque nadie le podría negar a Mariano el dominio de la teoría, ni la posesión del conocimiento científico o del arte de la docencia, es necesario resaltar también que era un hombre con experiencia de la vida. Lo que justamente llama Aristóteles un *experto*. Un experto en humanidad.

³⁶ Aristóteles, *Metafísica*, Libro I, 980b y 981a

Y, como hemos dicho, su *expertise* tenía como consecuencia una notable estabilidad en sus estados de ánimo, incluso en presencia de las dificultades. La angustia y el miedo, se deben más a la amenaza de un futuro que ignoramos, que a la entidad misma de los males presentes. Cuando se ha pasado por muchas dificultades, de alguna manera se puede desmitificar el futuro, neutralizar la incertidumbre. Se tiene experiencia de que los problemas no son *per se* invencibles. Que algunos -también los más grandes y complejos- desaparecen solos con el tiempo. Que otros no desaparecerán nunca, por más tiempo que pase. Y todos, o casi todos, exigirán el precio de un trabajo y un esfuerzo, no fundado en la certeza del resultado, sino en la esperanza. Mariano creía mucho en los frutos del esfuerzo.

Y, junto a eso, discernía que, muchas veces, los problemas no son problemas, sino algo que no se ha entendido bien. Hay un testimonio que lo evoca llegando a una reunión en la que se sostenían posturas aparentemente inconciliables entre sí, e invitando a sus oponentes a estudiar juntos, inmediatamente, los puntos del conflicto. Y, al cabo de un tiempo, comprobar, para sorpresa de unos y otros, cómo el mejor conocimiento de la cuestión había hecho que el conflicto se desvaneciera en el aire.

Otra virtud que seguramente se desarrolló en aquellos años de *cuesta arriba*, fue su llamativa sobriedad -de la que ya algo hemos dicho.

Está esa cosa legendaria -pero que no es leyenda-, de sus dos o tres únicas camisas blancas.

Y los recordados automóviles de tercera o cuarta o quinta mano, entre los que ocupó un lugar de honor aquel auto de atrás del telón de acero, de cuya compra se arrepintió casi enseguida. Autos que apenas trasladaban a su conductor, no sin riesgo, sobre una endeble estructura mecánica.

Y luego, lo poco que comía. Y lo nada que gastaba.

Efectivamente, Mariano no se daba gustos. No es que no se comprara golosinas en los kioscos: no salía a comer. No fumaba, ni consumía alcohol. Alguna vez, en verano o en períodos de descanso, en La Floresta, organizaba una pequeña *farra*, pero siempre con ocasión de estar por allí alguno de sus queridos sobrinos o su ahijada Marianne. Su descanso, si quería despejarse, era salir a caminar por el balneario -aunque jamás iba a la playa.

Como ya hemos dicho, Mariano y su mujer, Susana Molinari, no tuvieron hijos. Quizá eso facilitó aquel estilo personal tan sobrio, que no debió adaptarse a los requerimientos de nuevas y distintas generaciones. Pienso que eso explica también que ni uno ni otro sintiera la necesidad de ir adaptando la casa a las nuevas sensibilidades. Y que, con el pasar del tiempo, cuando uno entraba al hogar de los Brito, apreciara un aire peculiar, como el de un hogar estándar de recién casados de hacia 1960. Es decir, con un mobiliario aún más antiguo, y en el que no había traza alguna del diseño, la cultura y las artes decorativas de los años posteriores.

Estamos, casi, frente a un arquetipo. Uno de esos casos infrecuentes, pero bien definidos, que no son grises sino, más bien, blancos o negros. Y que, desde su radicalidad, permiten evaluar los tonos intermedios.

Porque para Mariano la sobriedad y la pobreza eran una segunda naturaleza, un modo ya asumido de vivir. Pero para las personas que lo frecuentaban y lo trataban (que alguna vez se tomarían una Coca-cola o se comprarían un caramelo Zavala en el kiosco de la esquina) se trataba de un ejemplo: la medida a la que podían compararse, si querían, para medir la intensidad de su propia sobriedad y de su propia pobreza. Y, al mismo tiempo, era una suerte de ideal a seguir, porque paradójicamente, cuando estaban con él, muchos sentían el impulso de ser como él, de necesitar tan poco, de estar de algún modo por encima de esa materialidad que tantas veces nos atrapa en las redes de su pequeñez.

Sin embargo, la propuesta cristiana de la pobreza, no es una propuesta de privación estoica, sino de enriquecimiento. No se trata tanto de ser pobre, sino de ser «rico ante Dios»³⁷. Y si los pobres de espíritu son bienaventurados, es porque poseen un bien mayor: «el Reino de los Cielos»³⁸.

Paradójicamente, los que veían la pobreza de Mariano veían, en realidad, su riqueza. Y querían ser ricos como él era rico, con su riqueza. Este atractivo binomio de pobreza-riqueza expresaba, en realidad, a la persona misma de Cristo. Por eso, el modo ejemplar en que Mariano vivió el desprendimiento y la pobreza, no sólo redundaba en un mayor dominio de sí mismo y un señorío ciertamente elegante sobre las cosas, sino que constituían un testimonio cristiano de primer orden. Que, al menos, movía a reflexionar.

He debido esperar hasta aquí para decir que Mariano no era un fanático minimalista. Era sobrio, de esa manera peculiar y un tanto extrema que hemos dicho. Pero la sobriedad no era para él una religión, sino un estilo de vida. Y no veía mal que otros tuvieran más camisas, mejores autos, que salieran a comer o se dieran el gusto de una copa de buen vino. Sólo que todo eso, a fuerza de largas y constantes privaciones, había quedado tan fuera de su propio radar y de su interés que ya ni se le pasaba por la cabeza.

Pero no sometía a nadie a su propia frugalidad. Cuando viajaba con otros -ya fuera en viajes oficiales, en sus épocas de ministro, o con motivo de sus numerosas actividades académicas o en favor de la familia y la formación de los padres-, se adaptaba a las costumbres del grupo y se sentaba en la *trattoria* o *bistro* de turno, o en la protocolar cena oficial, sin armar escándalos, ni singularizarse.

³⁷ Lucas 12, 21.

³⁸ Mateo 5, 3

En sus años finales, en los que era perceptible la disminución de sus capacidades intelectuales, tuvo lugar un episodio que creo que es lindo narrar aquí. Y que indica que uno puede estar perdido para muchas cosas, pero no para amar.

En aquellos tiempos, había dejado de trabajar en casa de los Brito una señora de mucha confianza que los había ayudado en las tareas domésticas durante mucho tiempo. Y eso supuso un inconveniente para este matrimonio mayor tan necesitado de rutinas -o tan poco necesitado de sorpresas-. En este trance, unas amigas del Opus Dei cercanas a Susana trataron de organizar las comidas diarias, a través de cocineras externas que proveyeran los platos ya cocinados.

Digo *cocineras*, en plural. Porque las primeras no resultaron. Y es curioso que Mariano, que tan poco caso hacía de la comida, en esta circunstancia hizo saber a las amigas organizadoras que la comida dejaba que desear. Hasta que finalmente dieron con la persona y el producto adecuados.

¿Adecuados para quién? Parece claro -puesto que, como se ha dicho, Mariano comía con desinterés y en poca cantidad- que su motivación aquí fue el bienestar de su mujer, Susana. Y que, aunque seguramente él habría comido cualquier cosa, no se resignó a que su mujer sufriera las consecuencias de los gustos de su marido. Y así, por una vez en la vida, protestó por la comida.

Para cerrar este tema diré que, tanto como su ignorancia futbolística le quitaba lustre a su *uruguayez* y lo hacía un poco *bicho raro* en el país de Colombes y Ámsterdam, en cambio su elegante pobreza y sus escasas necesidades lo hacían heredero de una larga tradición de orientales, tan sobrios e ilustrados como valientes. Creo que, a pesar de los avances del consumismo, especialmente entre los más jóvenes, esa sobriedad sigue estando en nuestro ADN y tarde o temprano retornaremos a la alegría y al orgullo de vivir con poco.

Por último, aquellos difíciles y largos años 50, dejaron en Mariano el hábito del aprovechamiento del tiempo. En todas partes y siempre -en su estudio de abogado, en su vida de funcionario público, como docente en la Universidad de la República o siendo Rector de la UM-, se lo recuerda manos a la obra. Estudiando, escribiendo, ejecutando. Con ese sentido de escasez, de que es poco el tiempo y son muchas las tareas. Concentrando el esfuerzo para que rinda. Y al mismo tiempo, sin agitación ni atolondramiento, con serenidad.

María Inés Pintos, que trabajó en su casa algunos años, no recuerda que jamás se sentara a ver televisión, para descansar, por así decirlo, pasivamente. Sí leía los diarios, porque era ministro de Defensa en aquella época y era su obligación estar al día. Pero jamás lo vio sin hacer nada. Si tenía un minuto, se sentaba a estudiar o a escribir. O se ocupaba en pequeños quehaceres domésticos que eran responsabilidad suya.

Siento que esta última afirmación debe ser justificada, porque en ninguna otra parte consta que Mariano se haya dedicado a las manualidades. Pero María Inés fue testigo *de visu* de que así fue. En la casa de la calle Dr. Juan Carlos Dighiero esquina Franzini,

Experiencia. Serenidad. Sobriedad. Aprovechamiento del tiempo.
Regalos de aquellos años de *cuesta arriba*.

Y aunque la bondad de estos *regalos* no hace menos dura ni dolorosa la juventud que le tocó a Mariano, no puede dejar de señalarse el nexo de causalidad que parece haber entre ésta y aquéllos.

Dios preparaba así a este joven hijo suyo montevideano para los mayores dones que estaba a punto de concederle.

Claro que esto el joven montevideano no lo sabía.



26 de noviembre 2001. 15° aniversario del inicio de actividades académicas de la UM en el Aula del IEEM: Santiago Pérez del Castillo, Alberto Faget, Carlos Delpiazzo, Mariano Brito, Ricardo Olivera, Jorge Peirano y Juan Antonio Pérez Pérez.



19 de agosto 1997. Visita de Monseñor Javier Echeverría, Prelado del Opus Dei a la recientemente inaugurada sede de la UM en Prudencio de Pena 2544.



17 de diciembre 1999. Visita del presidente Julio María Sanguinetti a una clase junto a ministro de Educación y Cultura, Yamandú Fau. Los reciben Mariano Brito y Claudio Ruibal.



Mariano Brito, ministro de Defensa durante la presidencia de Luis Lacalle Herrera entre 1990 y 1993.



23 de abril 2001. Mariano Brito y Antonio Luis Mercader, ministro de Educacion y Cultura en la inauguración de la Biblioteca Cervantina en el Palacio Taranco.



16 de noviembre 2002. Presentación del libro "San Josemaría Escrivá, universitario" en el Palacio Legislativo. Mercedes Rovira, César Bergadá, presidente de la Academia Argentina de Medicina, P. Enrique Doval y Alberto Ponce Delgado.



17 de noviembre de 2000. Mariano Brito junto a Luis Viana y Gary Becker, premio Nobel de Economía en su designación como Miembro Académico de la Facultad de Ciencias Empresariales y Economía de la UM.



5 de junio 2007. Creación del Instituto de Estudios Latinoamericanos, IELA, Fernando Aguerre, Mariano Brito, Alberto Methol Ferré y Ramiro Podetti.



27 de abril 2007. Mariano Brito muestra el libro de visitas a la escritora Silvia Nasar, de la Universidad de Columbia y autora de la novela Una mente brillante, junto a Luisa Peirano.



7 de diciembre de 2009. Mariano Brito recibe placa de reconocimiento como rector emérito en el Aula del IEEM.



21 de diciembre 2009. Santiago Pérez del Castillo y María Celia Amato, secretaria general de la UM entregan placa de homenaje a Mariano Brito.



21 de diciembre 2009. Homenaje a Mariano Brito en el Aula del IEEM, en presencia del presidente de la República Oriental del Uruguay, Tabaré Vázquez.



Año 1998. Mariano Brito y su esposa Susana Molinari, con Carlos Delpiazzo en El Pinar.



1 de marzo 2002. Mariano Brito es elegido como primer presidente del Foro Iberoamericano de Derecho Administrativo en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.



Año 2009. Mariano Brito y Santiago Pérez del Castillo.



1 de abril 2009. Mariano Brito y Santiago Pérez del Castillo
en ceremonia de la primera transición de rectores.

Romeo y la Providencia divina

El 18 de enero de 1960 fue un lunes. Los servicios de meteorología habían previsto la puesta de sol a las 21 horas. Poco antes, la brisa que nace con el crepúsculo había empezado a soplar en la esquina de Cufre y Caraguatay, donde una preciosa novia vestida de blanco esperaba del brazo de su padrino a las puertas de la iglesia de San Antonino. Esperaba como han esperado siempre todas las novias, elevada por encima de la brisa y de la puesta de sol. Y hasta el grandioso campanario parecía pequeño a su lado. Como si toda la evolución del universo -desde el mismísimo *Big Bang*, si hubo tal cosa- se arrodillara ante ella (y un poco, si acaso, ante su novio).

Éste, por el contrario, esperaba junto al altar como esperan todos los novios: más nervioso de lo que se atrevía a confesar, preguntándose si era verdad -y no una inmensa equivocación que alguien estaba a punto de denunciar- lo que le estaba pasando. Y si era él, como parecía, el beneficiario de aquel giro afortunado de la rueda de la vida. De estos pensamientos, a un tiempo felices y abrumadores, era rescatado cada medio minuto, por la voz de su madre (siempre en tono magisterial, pues no olvidemos que Sabina Elena Cecchi era maestra) que le decía en un susurro: «Coco: ¡los hombros para atrás!».

Al mismo tiempo que las puertas de la iglesia se abrían finalmente para recibir a la novia, y los asistentes miraban hacia la entrada y se acercaban instintivamente al pasillo central para no perder detalle,

las casas bajas del barrio empezaban a abrir sus puertas y ventanas, para que entrara el fresco, luego de una jornada de intenso calor.

Para los vecinos de San Antonino, en Jacinto Vera, el casamiento de Mariano Romeo Brito Cecchi y Susana Molinari Gueçaimburu no tenía nada de extraordinario. Pero nosotros, lectores o escritores de la vida del novio, sabemos que no es así. Y que, por el contrario, se trató de un hecho tan improbable e inesperable, que merece que nos detengamos un poco en sus antecedentes y en sus consecuencias.

Sabemos que, debido a la muerte del padre de familia, la familia Brito inició la década del 50 en *modo crisis*. Apreturas económicas, mudanzas, atrasos académicos, eran manifestaciones de una nueva y -en muchos aspectos, humanamente hablando- peor normalidad.

En el caso de Mariano, supuso también desengancharse paulatinamente de la promoción con la que había iniciado sus estudios de Derecho en 1949, y que egresaría con la titulación correspondiente hacia 1953 ó 1954. Mientras que él debería esperar a 1962 para recorrer el mismo camino.

Además de las consecuencias puramente académicas, por graves que hayan sido, el hecho tuvo un impacto personal y social no menor, pues lo privó de ese ámbito de socialización, de comunidad y de compañerismo que tanto favorece la amistad y la convivencia. A una persona como él, con habilidades sociales particulares, le habría venido muy bien contar con ese ámbito que, sin embargo, le faltó. Es verdad que luego, especialmente en el mundo académico, político o profesional, Mariano desarrolló amistades muy profundas y duraderas. Pero echamos en falta, en su vida -con las excepciones que oportunamente se dirán- esas relaciones intrascendentes y esas conversaciones sobre nada en especial -los ingleses las llaman *little talk*-, con las que los amigos tantas veces se recrean en mutua compañía, en el entendimiento de que lo importante, al final, es querer estar juntos, aunque después cueste recordar de qué se estuvo

hablando. Posiblemente influyera en esto su carácter menos espontáneo y lúdico, en el que sobresalía, en cambio, un gran sentido de la responsabilidad y de la misión.

Es en torno a estas responsabilidades y misiones que se articularán principalmente las relaciones y amistades de Mariano. Incluso hay relaciones personales, como la que mantuvo con el Cr. Enrique Iglesias, su compañero de estudios durante la Primaria, que sólo se convirtieron en amistad en ese ámbito. En la preciosa evocación que ya hemos citado, puede decir Iglesias, al mismo tiempo, que es el más antiguo amigo de Brito, y que «si volviera a vivir, me gustaría tenerlo como gran y querido amigo y referente» -como si esto no hubiera sido del todo así.

También tenemos la observación de uno de sus sobrinos en el sentido de que su círculo más íntimo, cuando volvía de ejercer su trabajo en los variados campos de su actividad, era muy reducido; se podía contar con los dedos de una mano³⁹.

Si proyectamos a aquellos años que desconocemos la personalidad reservada que acabamos de describir, deducimos que la Providencia tuvo que lucirse para lograr que Mariano estuviera donde hemos dicho que estaba, en el atardecer del 18 de enero de 1960, con Susana Molinari, a punto de pronunciar su definitivo «Sí, quiero».

No tenemos que ser demasiado imaginativos para suponer que el propio Mariano, en aquellas circunstancias, se encontraría pasmado ante la intervención divina. Consideraría los caminos por los que Dios lo había llevado, especialmente desde la muerte de su padre y todo lo que fue. Esa palabra, *Providencia*, sería para él más que un

³⁹ Como una excepción a esa vida social tan poco exuberante, hay que señalar el trato cariñoso y frecuente que Mariano y Susana tuvieron con sus sobrinos. Sus testimonios han sido preciosos para la redacción de esta biografía.

concepto: un modo profundamente cristiano de entender el sentido de la vida.

Es interesante detenernos un momento en este término, tan identificado con la tradición y la cultura cristianas. Su sola mención suele evocar un conocidísimo texto del Evangelio de San Mateo:

«*Por eso os digo: no estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. ¿Es que no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas?*»⁴⁰.

Aunque ni en éste, ni en ningún otro texto del Evangelio se encuentra la palabra *providencia*, que proviene de la tradición estoica⁴¹, en ella se expresa inequívocamente una verdad de fe que es al mismo tiempo una novedad en el mundo de la filosofía: que Dios no sólo crea las cosas, sino que se ocupa de ellas amorosamente.

Pero las creaturas que Dios ha creado no existen en pie de igualdad. Tienen distintas naturalezas y perfecciones. Y Dios *se adapta*, por así decirlo, a cada naturaleza, dándole todo lo necesario para que alcance su perfección.

El caso del hombre es, en este esquema, del todo particular. En la Biblia leemos, en un texto lleno de misterios:

«*Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó. Varón y mujer los creó*»⁴².

⁴⁰ Mt, 6, 25-33, *Nuevo Testamento*, EUNSA, 1999.

⁴¹ Seneca, *Quare bonis viris multa mala accidant, cum sit providentia*. https://web.archive.org/web/20040917102400/http://es.geocities.com/biblio_e_seneca/naturales.pdf

⁴² Génesis 1, 26 y 27.

Este «*a imagen de Dios*» de la tradición hebrea, la Filosofía Antigua lo expresó diciendo que el alma del hombre «es de algún modo todas las cosas»⁴³. Los seres humanos son lo que técnicamente conocemos como *personas*: criaturas de naturaleza espiritual que, aunque son limitadas y corpóreas, son también capaces de lo infinito, en su conocimiento y en sus deseos. Y esto implica casi una contradicción. En todo caso, una situación particular que las eleva por encima del universo material. Por otro lado, tiene una consecuencia en cierta forma dramática porque -a diferencia del resto de la creación material-, el hombre está llamado a una perfección que lo excede y que, sobre todo, no puede darse a sí mismo.

La conclusión de tan largo silogismo es que la naturaleza misma del hombre exige que Dios se esté ocupando del hombre todo el tiempo. No sólo manteniéndolo en el ser, como al resto de las criaturas, sino actuando, en la finitud donde él está, para que pueda alcanzar su infinito. Y esto hace plausible que alguien como Mariano Brito, mientras miraba entrar a su novia por el corredor central de la iglesia de San Antonino, elevara su corazón a Dios en acción de gracias por haberle dado, en Susana, un don tan alto y al mismo tiempo tan inalcanzable por sus solas fuerzas.

Y con esto, creo que podemos dejar por un momento la filosofía y decir algo de la novia. Nos tendremos que apresurar para hacerlo antes de que llegue al altar.

⁴³ Aristóteles, *Sobre el alma*, Libro III.

La novia, la escena del balcón y lo que siguió

La madre de Susana, Hilda Gueçaimburu, era salteña. Su padre, Carlos Molinari, en cambio, de Montevideo. Allí se casaron hacia 1930.

Carlos Molinari era ingeniero y agrimensor y muy pronto empezó a trabajar en la ciudad de Mercedes donde llegó a ocupar el cargo de Director de Obras Públicas de la Intendencia. En algún momento, durante los años que siguieron al golpe de Terra, ejerció la Intendencia de la ciudad.

Tuvieron dos hijas. En 1931 nació Hilda, de sobrenombre Goly, que al momento de escribir yo estas líneas, vive en Montevideo. En 1934, vino al mundo Susana, que es la futura novia y esposa de Mariano. Falleció en diciembre de 2015, pocos meses después de él.

Goly y Susana fueron siempre grandísimas amigas. Luego de completar los estudios primarios en Mercedes, fueron pupilas en el *Crandon Institute* de Montevideo, en 8 de octubre y Garibaldi. Ambas estudiaron allí la carrera de Magisterio. Y allí también ejercieron su profesión, como maestras o profesoras de español y de inglés, durante muchos años, hasta que se jubilaron. Susana particularmente fue también, maestra en el colegio *Los Pilares*, en los primeros años desde su fundación.

Según se puede ver en antiguas fotografías, además de sus capacidades profesionales, las hermanas Molinari eran también muy lindas.

¿Cómo fue entonces que Susana y Mariano se conocieron? Más aún: ¿cómo, y en qué ámbito un hombre *a priori* socialmente tan

poco llamativo -no nos olvidemos del párpado- pudo tratar a la encantadora mercedaria, y abrirse a ella y enamorarla?

Durante los años 50, como hemos visto, los Brito Cecchi se mudaron varias veces. Luego de despedirse del querido Reducto y trasladarse a Malvín hacia 1950, con el tiempo empezaron a buscar otro lugar no tan lejos del centro, especialmente cuando Beba, la mayor de las hermanas, se casó, promediando la década. Alquilaron entonces un apartamento conveniente, sobre Br. Artigas, en las proximidades de Canal 5.

Por su parte, los Molinari Gueçaimburu, concluida ya la etapa de Mercedes, se instalaron en Montevideo para acompañar a Goly y a Susana que trabajaban en el Crandon. Buscando establecerse en algún lugar cercano al prestigioso instituto, al final se decidieron por un apartamento, también sobre Br. Artigas.

¡Naturalmente el apartamento de los Molinari, en el primer piso, y el de los Brito, en la planta baja, estaban en el mismo edificio! Podría decirse que la Providencia había preparado el encuentro: Mariano Romeo y Susana tenían dispuesto su balcón.

Posiblemente una noche, Romeo y Susana se tropezaron en las escaleras. Alguna versión dice que Mariano, por un momento, confundió a Susana con el sol. Y que algo en aquel joven tan grave (y que parecía tan confundido, mientras le cedía el paso) conmovió el corazón de la joven maestra. Cuando se separaron y ella siguió su camino escaleras arriba, y él siguió su camino escaleras abajo, siendo ambos profesores bien formados en la literatura inglesa, no es absurdo pensar que se repetirían a sí mismos, como en un suspiro:

*«Good night, good night!
Parting is such sweet sorrow»⁴⁴.*

⁴⁴ Shakespeare, *Romeo and Juliet*, Act 2, scene 2.

Veinticinco a treinta años más tarde, los Brito Molinari -nuestros Romeo y Susana- iban a comer con cierta frecuencia a casa de la familia Schneeberger Mallo. Había entre ambas familias una relación de profunda amistad. En este marco familiar y amistoso, recuerdan los Schneeberger que a Mariano le gustaba a veces fingir un meloso romanticismo y *amenazaba* a su mujer con contar públicamente las circunstancias en que se habían conocido. La cosa no pasaba de ahí, y Mariano nunca concretaba sus amenazas, pero se divertía observando el nerviosismo (también sobreactuado) de Susana. Había entonces entre ellos un instante de simpática complicidad.

Claro que nos gustaría mucho conocer esos detalles que, sin embargo, ignoramos: las palabras, los sentimientos, la incertidumbre del romanticismo. Nuestro interés se dirige siempre, en primer lugar, a lo que permanece oculto o debe ser callado porque pertenece, por naturaleza, a la intimidad. Cuando en el *Infierno* de su *Comedia*, Dante se imagina conversando con Homero y Virgilio, juega muy sabiamente con el recurso narrativo del silencio, molestando con gracia a sus lectores:

«Così andammo infino a la lumera,
parlando cose che 'l tacere è bello,
sì com'era 'l parlar colà dov'era»⁴⁵.

(Así anduvimos hasta la luz / hablando cosas que es tan lindo callar ahora, como fue lindo hablarlas allí y entonces).

Lo que sí podemos pensar es que, a juzgar por el modo (la veneración, casi podríamos decir) con que Mariano siempre trató a Susana, se murió sin haber encontrado respuesta a aquella pregunta

⁴⁵ Dante, *Divina Comedia*, Infierno, Canto IV, 103-105

que el 18 de enero de 1960 se hacía, junto al altar de San Antonino, mientras esperaba la entrada de la novia: ¿Por qué yo?

Cualquiera que se tome el trabajo de leer los testimonios que he podido consultar con motivo de la redacción de esta biografía, se sorprenderá ante la unanimidad con que confirman la exquisita atención, la devoción podría decirse, con que trató siempre Mariano a su mujer. Sabemos, además, que esto no sólo sucedía públicamente, cuando estaban con otras personas. El círculo más íntimo recuerda también lo mismo, cuando se quedaban a solas.

Y no se limitaba al modo de dirigirse a ella, o de cederle el paso, ni a los muchos detalles que un hombre educado en aquella época solía tener con una mujer -incluso si se había casado con ella-. Iba mucho más allá: Mariano requería frecuentemente el parecer de Susana sobre muchas cuestiones profesionales que le preocupaban o tenía que resolver. La tenía en mucho.

«Capítulo aparte fue la larga y cariñosa relación que mantuvo con Susana su señora. La cuidó con respeto y profundo cariño durante toda su vida, y en especial, con máxima dedicación cuando algunos rasgos de la enfermedad de su compañera se fueron agudizando a medida que pasaron los años».⁴⁶

Es importante subrayarlo porque una mirada superficial podría fácilmente equivocarse aquí. No lo hemos dicho hasta ahora, pero Susana sufría de depresión. Como tantos y tantos, tuvo que llevar o sobrellevar lo mejor que pudo, esa dura enfermedad. Durante largas temporadas permanecía sin salir, a oscuras, o en una penumbra que le hacía bien. Quienes los conocían recuerdan, sobre todo en los

⁴⁶ Etcheverry, Nicolás.

veranos de La Floresta, la casa con las persianas bajas. Y a Susana, en la cama, fumando cigarrillos por todo consuelo.

Entonces, ante este panorama difícil, se puede tender a concluir que Mariano, de algún modo, de un modo ciertamente heroico, *soportó* a Susana. Y que lo hizo ejemplarmente, con entereza y poniendo al mal tiempo buena cara.

No voy a negar que en todo matrimonio -aunque yo personalmente no lo haya experimentado- puedan darse épocas en que los cónyuges (o uno u otro, por temporadas) deban soportarse mutuamente. Las relaciones entre las personas pueden pasar por altibajos, qué duda cabe. Pero lo que se desprende de los testimonios es que Mariano Brito no volvía de tarde a su casa después del trabajo, como un filósofo estoico dispuesto a superar lo que sea, por duro que fuera. No: volvía con ganas de ver a Susana y de hablar con ella.

Como bien recuerda Fabrice Hadjadj, amar es tener una *debilidad* hacia alguien, estar desarmado ante él. Y de Mariano no se puede decir que se mostrara débil o vulnerable, en general, ante nadie. Era más bien una persona que imponía. Su inteligencia, la exactitud con la que se expresaba, la prudencia con que pensaba las cosas antes de decirlas, le otorgaban una presencia segura, que imponía. Hablar con él era entrar en un mundo de exigencia intelectual. Al mismo tiempo, tenía un gran sentido del deber y de la misión que le tocaba llevar a cabo. En conjunto, reducido a una sola palabra, podemos decir que tenía *autoridad*. De hecho, muchas veces lo encontramos en posición de mando. No tanto porque la buscara, sino porque las cualidades que hemos descrito, al ser percibidas por su entorno, creaban a su alrededor una natural y pacífica subordinación.

Viene a cuento traer aquí algo que me sucedió mientras escribía este libro. Hace unos meses, coincidí en un acto académico con el decano de la facultad de una universidad argentina que había cono-

cido a Mariano hace ya muchos años. Y al preguntarle yo por sus recuerdos, lo primero que dijo fue: «¡Qué autoridad la de Brito!».

Pues bien, todo eso desaparecía cuando estaba con Susana. Como la rosa para el *Principito* de Saint-Exupéry, Susana era para Mariano, única en el mundo. Pero no sólo porque la amara, sino porque eso hacía que ella tuviera ascendencia sobre él.

El trato de Mariano con Susana era la otra cara de la moneda de lo que sucedía de puertas afuera. Ella era su referencia, su criterio, la persona a la que él se subordinaba pacífica y naturalmente.

María Inés Pintos, cuyo testimonio es precioso en este sentido, porque se quedaba con ellos cuando no había nadie más, me ha contado cómo escuchaba Mariano a Susana, cómo comentaba con ella los sucesos personales o las noticias. Con qué llamativa atención. En la mesa familiar (que en alguno de los domicilios llegó a ser mínima, lo suficiente como para sólo dos personas) las sobremesas se alargaban en entretenidas conversaciones y la casa se llenaba con la alegre amistad de los esposos.

Podríamos decir con humor que, para no perderse en su propio mundo, Brito necesitaba esa dependencia: una mujer que lo mandara y que lo bajara a tierra. Y ¿qué mejor que una maestra para ejercer autoridad sobre un hombre así?

Si de maestras se trata, Mariano tuvo, en su vida, no una sino dos: su madre y su mujer. Se ve que las necesitaba. Y siempre les estuvo agradecido.

Por otra parte, dadas las circunstancias, las dos maestras muy pronto empezaron a vivir bajo el mismo techo.

Pocos años antes del casamiento y de los hechos que estamos ahora contando, Beba, la mayor de las hermanas Brito, se había casado. El núcleo familiar restante -una mujer viuda, Sabina Elena, y una joven con capacidades limitadas, Coca-, dependía completamente de Mariano. Cuando Romeo y Susana se encontraron en aquella escalera y

empezaron a pensar en casarse, por más vueltas que le daban no dieron con la solución que les permitiera llevar una vida independiente.

Y esto no fue todo. Por el lado de Susana, en 1959, falleció su padre, Carlos Molinari, apenas unos meses antes del casorio. En las participaciones se puede observar un curioso detalle: por ambos lados invitan las madres viudas, en solitario; y en el registro parroquial consta que el padrino no será el padre, sino Jorge Ariel Colacce, el marido de Goly -la hermana mayor de Susana que se había casado también un tiempo antes-.

En las fotos que se conservan del casamiento, Hilda Gueçaimburu, la madre de la novia, está de luto. La muerte del marido era todavía muy reciente.

La situación de las dos familias distaba, pues, de ser sencilla.

Como se ve -y pasa a menudo con los recién casados- Susana y Mariano decidieron casarse, no porque tuvieran todo resuelto, sino a pesar de no tenerlo todo resuelto. Confiados en la Providencia y dispuestos a poner de su parte, lo que fuera necesario. También es verdad que eso que les tocaba apostar no era nada tangible o material -llamarlo *patrimonial* sería una osadía-, sino espiritual:

*«...una esperanza humilde
es toda la fortuna
de mi corazón»⁴⁷.*

Durante los primeros años del matrimonio Brito Molinari, los recién casados hicieron rancho común con la familia del novio. Y esta situación que quizás al principio se pensó como pasajera, se fue instalando y se convirtió en definitiva. De hecho, Sabina Elena Cec-

⁴⁷ Gardel y Lepera, *Volver*.

chi compartió hasta su muerte (en los años 80) el hogar, con Susana y Mariano. Primero en la planta baja de Br. Artigas y, más tarde, en los sucesivos domicilios.

La historia no ha registrado incidentes de gravedad. Ni entre las dos buenas maestras, ahora suegra y nuera, ni con la alegre Coca, la hermana menor de Mariano, que permaneció con ellos hasta que resultó evidente que sus especiales necesidades serían mejor atendidas en un establecimiento especializado. Cuando esto sucedió, y hasta el momento de su muerte, Mariano la iba a buscar en auto todos los sábados para que pasara el día en casa, haciendo familia. Coca disfrutaba mucho de esos momentos.

Lo que empezó -románticamente- en una escalera nocturna y se concretó -providencialmente- una tarde de verano en San Antonino, tuvo, como hemos visto, derivaciones no siempre cómodas a lo largo de muchos años. Cuando, en 2010, Susana y Mariano celebraron sus bodas de oro matrimoniales, pensarían con alegría en todo eso, aunque al momento de vivirlo les haya parecido duro a veces.

Es característico de Mariano que nunca se quejó de ninguna de las circunstancias que la misma Providencia dispuso para él. Muchas de las cosas que hemos contado no se las contó nunca a nadie y han llegado a conocerse de un modo casi fortuito. Es probable que no les haya dado demasiada importancia.

El Dr. Brito

Aunque el encuentro con Susana Molinari marcó el final de un ciclo especialmente duro en la vida de Mariano, ya hemos visto que no significó la desaparición de todos sus problemas. Ni mucho menos.

Algunos subsistieron sin cambios y otros se intensificaron: la insuficiencia de los medios económicos, o la incomodidad de la vivienda.

Ante la obligación de proveer a las distintas necesidades de su cambiante grupo familiar, Mariano se encontró con una situación de base que limitaba el alcance de cualquier esfuerzo personal: mientras no terminara la carrera y se recibiera de abogado, sus pretensiones profesionales y salariales tendrían siempre un techo bastante bajo.

Por eso creemos que esa debió de ser la primera meta práctica que el joven matrimonio se propuso al comenzar su vida común. No podían saber cuándo la alcanzarían, pero sí podían crear, en la medida de sus posibilidades, las circunstancias mejores para favorecer los tiempos de estudio.

Mariano tenía una ya larga experiencia en eso de estudiar y trabajar al mismo tiempo. Conocía, pues, en detalle el campo de batalla: la frustración de no poder dedicarle al estudio más que los saldos más cansados de las jornadas, la lentitud de los avances, los altibajos del ánimo, la perspectiva de un camino interminable...

Como algunos personajes del *Señor de los Anillos* se aterrorizan al mirar en los *palantíri*⁴⁸ lo que ellos creen ser el futuro (aunque en realidad sólo ven lo que el enemigo les quiere enseñar para inducir en ellos la desesperanza), así es probable que Mariano haya tenido también que superar la gran tentación del desaliento que muchas veces le habrá salido al paso durante la interminable cuesta arriba. Momentos en los que la excesiva consideración de las dificultades, de los atrasos y hasta de los frecuentes fracasos hacía que pareciera que todo está perdido.

Pero entonces, después de tantos años, por primera vez esa perspectiva parecía acotarse, y la meta, al alcance de la mano. Las materias pendientes eran ya menos que las aprobadas; seguramente menos también que las que un estudiante promedio, con dedicación plena, podía acometer en un solo año lectivo.

Y había algo más. Mariano empezaba a percibir en su interior una notable familiaridad con el Derecho, tanto en su teoría como en su práctica. Ahora sabía, no como fruto de un razonamiento, sino de la experiencia, lo que en 1949 ignoraba: que no se había equivocado al elegir la carrera. Y que, contra todo pronóstico y a pesar de las muchas dificultades, aquello era lo que quería hacer en la vida.

Experimentó en sí mismo lo que el gran Saint-Exupéry había famosamente expresado antes:

«La verdad no es una cosa que se demuestra. Si en este territorio, y no en otro, los naranjos echan sólidas raíces y se cargan de frutos, este preciso territorio es la verdad de los naranjos».⁴⁹

⁴⁸ *Palantir* ('lo que mira a lo lejos'): piedra esférica, que sirve para ver acontecimientos o lugares distantes. Aparecen en *Las dos torres*, segundo tomo de *El Señor de los Anillos*.

⁴⁹ Saint-Exupéry, Antoine., *Tierra de hombres*.

La verdad del *preciso territorio* de Mariano Brito parecía ser el Derecho.

Es probable que esta intuición se viera confirmada por indicios objetivos y externos: alguna actuación profesional o académica destacada. O la indicación de un profesor que veía en aquel alumno paradójicamente atrasado especiales condiciones para la docencia o la práctica del Derecho.

En todo caso, hay entonces un corte claro en su vida. Si los años cincuenta son lo que los franceses llaman la *travesía del desierto*, los sesenta comienzan con un cambio de ánimo y de circunstancias. Hay una suerte de *état de grâce*. Los objetivos, antes lejanos, se hacen cercanos y un nuevo horizonte parece posible.

Finalmente, entre 1960 y 1962, Mariano da los exámenes de las materias pendientes y se recibe de abogado, poniendo fin a 13 años como estudiante de grado en la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor⁵⁰.

¡Qué alegría profunda habrá sentido! ¡Y qué orgullo ante su mujer.! Ahora era ya *el Dr. Brito*.

Al principio, el cambio sólo se notó en que tuvo que mandar hacer nuevas tarjetas de visita, donde sustituyó el título de *Procurador* por el de *Abogado*. Lo demás se ganaría con el tiempo.

Sin embargo, inmediatamente empezó a poner los medios para mejorar. Y alquiló una oficina en la Ciudad Vieja. Sus perspectivas de trabajo eran modestas. Y fueran cuales fueran sus capacidades reales, al venir en el vagón de los rezagados académicos, su desem-

⁵⁰ No hay que pensar, sin embargo, que las dificultades desaparecieron como por arte de magia, sino que subsistieron hasta el final. Consta que, durante el curso académico de 1961, Brito no dio ni un solo examen.

barco en la vida profesional no fue percibida en el medio como un acontecimiento digno de mención.

Pero en ese momento estelar de su vida, recién casado y con el título de abogado colgando de la pared de su escritorio, tenía todo lo que necesitaba para arrancar.

En su interior, el conocimiento del Derecho asentado en un largo proceso académico y en una madurez personal inusual en alguien de su edad, fruto de su exposición a muchas dificultades.

En lo exterior, con una tarjeta de visita y una oficina en la Ciudad Vieja, sentía que había entrado a la cancha y estaba empezando a jugar el partido⁵¹.

⁵¹ Espero que el Dr. Brito me perdone, una vez más, la jerga y el símil futbolísticos.

El Prof. Brito

Terminar la carrera de Derecho supuso también para Brito la posibilidad de convertirse -o de empezar a convertirse- en profesor universitario.

De profesor, a secas, tenía ya muchos años de dura experiencia en el colegio Maturana. Aunque lo de *dura* corre por nuestra cuenta, no es difícil imaginar que, sobre todo al principio, cuando la diferencia de edad entre el profesor y sus alumnos era muy poca, debió de esforzarse no poco para llevar adelante su tarea. Esto sucedía a comienzos de los años 50.

Muchos años después, ya abogado, seguía dando aquellas clases. Se ve que con el título solo no alcanzaba. En todo caso, la experiencia es la experiencia y, cuando empezó su actividad docente en la Facultad de Derecho, tenía una ventaja competitiva. Sabía muy bien en qué consistía el campo de batalla de un docente: ese entrar en un aula, aunarla en un mismo propósito y transmitir un saber. Los momentos difíciles del Maturana habían contribuido a gestar -a acelerar la gestación- de quien sería considerado unánimemente un gran profesor.

Las afirmaciones generales son siempre difíciles de sostener y se prestan a esperables refutaciones (que acepto de antemano) pero, luego de meditar un tiempo sobre la biografía de Brito, pienso que la actividad que, entre todas, mejor lo representa es la docencia. Él

fue sobre todo un profesor. En ese carrete se hilvanaron, consistentemente y sin oposición, los otros hilos de su vida profesional.

El ejercicio libre de la abogacía tuvo en él un tiempo y cesó. La actividad política, ligada a su trabajo como empleado público, tuvo también un tiempo limitado. La actividad docente, en cambio, se desarrolló antes, durante y después: desde los tiempos del Maturana, con apenas 20 años, hasta las últimas clases en la sede de Carrasco de la UM cuando, ya octogenario, con mucho esfuerzo se agarraba de los pasamanos de las escaleras y de las paredes para poder llegar hasta el aula.

Apenas graduado, empezó a dar clases en la Facultad de Derecho, primero en Práctica Forense (entre 1964 y 1974) y paralelamente, en Derecho Administrativo (desde 1965). Aquí -a diferencia de lo que ocurrió en el ejercicio de la profesión, donde nadie notó que había un nuevo abogado en la Ciudad Vieja- todos parecían estar esperándolo. Y, cuando eso ocurre, es como una señal del Cielo.

Pienso que dos aspectos destacables concurrieron en su identidad como profesor universitario. En primer lugar, no poseyó el conocimiento jurídico pasivamente, sino que hizo de él objeto de reflexión personal, en función de la realidad concreta en la que vivió y de la maduración del sentido de su propia existencia. En segundo lugar, cultivó el arte de la enseñanza, de la transmisión del conocimiento, ya enriquecido por la reflexión y por la vida.

El primer aspecto -el desarrollo personal que Brito dio a la ciencia-, se encuentra en su obra escrita, que puede leerse y consultarse sin dificultad aunque, todo hay que decirlo, podrá ser entendida y juzgada, sobre todo, por los especialistas. Aquí nos interesa más

conocer el ámbito personal en que esta obra vio la luz. Y apuntar, si acaso, algunos rasgos esenciales, muy a brocha gorda⁵².

En aquellos años, el Dr. Enrique Sayagués Laso era la figura indiscutible del Derecho Administrativo en Uruguay. Todavía hoy se lo considera como el padre de esta disciplina. Su *Tratado de Derecho Administrativo* era el texto fundamental de la asignatura. Fue en su escuela que Brito fue discípulo y en su cátedra que se inició como profesor⁵³.

Sus primeros pasos en la especialidad son ya muy firmes, como si supiera con claridad, a dónde se dirige. Muy pronto el mero conocimiento se fue tornando en *comprensión*, es decir en un saber abarcativo y completo.

La calidad de su trabajo impresiona a todos. Cuando en 1967 -apenas cinco años después de haberse recibido y dos desde empezar a enseñar la materia-, presenta una tesis sobre “*Concesión de Servicios Públicos*”, «pese a tratarse de un tema extensa y profundamente expuesto por el maestro (Sayagués) en su célebre *Tratado*, Brito pudo mostrar allí, tempranamente, la originalidad de su pensamiento»⁵⁴.

Luego, a tenor de los trabajos sucesivos, su interés se centra en la legitimidad de los actos administrativos, su racionalidad y orien-

⁵² Para el que quiera profundizar en la obra y en el pensamiento de Brito, en su breve y densa semblanza *Sobre Mariano Brito, un santo de nuestro tiempo*, el Prof. Carlos Delpiazzo recomienda la lectura del libro *Derecho Administrativo. Su permanencia, contemporaneidad, prospectiva* (2004), y el volumen de *Estudios Jurídicos* en su homenaje (2008).

⁵³ Una tragedia inesperada ocurrió entonces. El Dr. Sayagués Laso, trabajando para un hospital, realizó un sumario administrativo a un médico extranjero que había sido denunciado por algunas de sus pacientes. El médico lo esperó a la salida de su estudio y le disparó varias veces con un arma, causándole la muerte. Esto fue en abril de 1965, en el momento mismo en que Brito empezaba a enseñar Derecho Administrativo.

⁵⁴ Cajaville, Juan Pablo. *Homenaje al Dr. Mariano Brito*, Presentación.

tación al fin debido. Más aún, busca «*alcanzar la nota sustantiva de su juridicidad... , su justificación racional*». Porque «*las expresiones normativas pueden ser deficientes*» y entonces hay que buscar la verdad más profundamente «*a partir de la realidad... , la verdadera y constante naturaleza de sus objetos de estudio*». «*Sólo a partir del ser de las cosas podremos alcanzar el deber ser*».

Dice Cajarville:

«En estos conceptos, que Brito expone a propósito de los derechos fundamentales, he creído encontrar la sustancia de su pensamiento, que aplica a todas la realidades que le han ocupado: la persona humana y su dignidad, la familia, la sociedad, el Estado - su organización, su actividad, sus relaciones con los individuos...».⁵⁵

Y el Dr. Carlos Delpiazzo concluye:

«En sus múltiples trabajos escritos, publicados tanto en Uruguay como en el exterior, se trasunta su preocupación permanente por la defensa del Derecho y de los más altos valores que el mismo debe encarnar para que el hombre sea cada vez más hombre, no se cosifique, y pueda alcanzar la perfección a la que está llamado por naturaleza y por vocación».⁵⁶

De la mano de esta profundización en la ciencia del Derecho, y con la acumulación de años de docencia, Brito empezó a subir los escalones de la carrera de profesor universitario en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República. La tesis de 1967, de acuerdo a las normas que regulan el acceso de los candidatos a los grados académicos, lo llevó a ser nombrado *Profesor Adscripto*. Un

⁵⁵ Ibidem.

⁵⁶ Delpiazzo Carlos, *Sobre Mariano Brito, un santo de nuestro tiempo*.

grado académico -aunque no un cargo del escalafón docente- que le otorgaba, en un eventual concurso, la preferencia, para acceder al Grado 3, de Profesor Adjunto. La estructura de grados docentes ha cambiado muy poco en la UdelaR desde entonces: Grado 1 (Ayudante), Grado 2 (Asistente), Grado 3 (Profesor Adjunto), Grado 4 (Profesor Agregado) y Grado 5 (Profesor Titular), que significa la culminación de la carrera docente.

Así las cosas, en 1971, Mariano Brito fue designado por concurso Profesor Adjunto de Derecho Administrativo. Después del golpe de Estado de 1973 y de la Intervención de la enseñanza universitaria, ocupó interinamente al cargo de Profesor Titular desde 1975 hasta 1985.

Cuando el país volvió a la democracia, se planteó a todos los niveles del Estado la cuestión de la validación de las carreras de los empleados públicos. La Universidad, en aquel entonces, dispuso con carácter general la anulación de todos los actos jurídicos dictados por la Intervención. El efecto de dicha disposición fue la vacancia de todos los cargos afectados; y el consiguiente llamado a concurso para proveer a dichos cargos, en su mayoría, de carácter docente. Habiendo durado la Intervención tantos años, fueron muchos los concursos. Obviamente esto afectó a un gran número de docentes, tanto a los que habían comenzado su carrera, como Mariano, antes del golpe del 73, como a los que se habían recibido durante el gobierno *de facto* y no habían conocido más Universidad que la de la Intervención.

En esta circunstancia tan especial, cada uno pudo presentarse al concurso para el grado docente que pensó le correspondía, en consideración de sus méritos. Y esto, aunque el último grado obtenido no fuera inmediatamente anterior a aquél al que ahora se aspiraba.

Fueron concursos realizados en toda ley. En el caso de los grados superiores, a veces con la participación de docentes extranjeros de otras universidades. En alguna oportunidad, el tribunal lo integró el

mismo Decano -que en aquel primer período de la democracia era el Prof. Adolfo Gelsi Bidart.

Los profesores que habían ejercido la docencia durante la dictadura no fueron discriminados por esa razón. En algún caso hubo impugnaciones, pero no por motivos políticos sino académicos.

Fue en esos concursos que Brito obtuvo el grado 5 de Profesor Titular de Derecho Administrativo, en atención a su trayectoria y a sus méritos.

En el aula

Habíamos propuesto como segundo aspecto a considerar en la actividad docente de Mariano Brito, su *arte* en el acto mismo de enseñar.

Que es, a la vez, transmisión de conocimientos a un público concreto y ejercicio de mayor profundización en lo mismo que se enseña.

Cuentan los que lo vieron que, en este preciso aspecto, Mariano Brito era, hablando con propiedad, un *maestro*. Los que asistían a sus clases percibían la ejecución de una obra de arte. Pues «el saber y el entender pertenecen al arte... y lo que distingue al sabio del ignorante es poder enseñar».⁵⁷

En los testimonios que he podido leer, los alumnos recuerdan a un maestro extraordinario. Y en sus recuerdos hay, sin duda, una mezcla de objetividad y de leyenda. Describen a «ese hombre encorvado, de lentes oscuros, que tomaba entre sus manos el libro, se levantaba de su escritorio y venía a ponerse, de pie, entre las filas de las mesas de los alumnos, y empezaba a hablar en un susurro, casi inaudible, con una claridad y una precisión extraordinarias...».

Aunque pueda señalarse aquí un punto de admiración tal vez exagerado, cuando esto sucede debemos sospechar que había algo

⁵⁷ Aristóteles, *Metafísica*, 981a a 981b

extraordinario en el sujeto real, en el original. Algo que invita a la mitificación, ya que el narrador entiende que si no lo hace, no podrá transmitir al personaje tal y como era realmente, con ese *plus* que, en cierta forma, lo situaba en una categoría superior y distinta.

El punto -el modo particular de dar clase- no está, pues, sujeto a discusión.

Por otra parte, buscaba llegar a las personas a las que enseñaba. Es decir, no sólo transmitir un contenido, sino educar y elevar a las personas, a través de esa transmisión. Había en él una intencionalidad educativa y un modo profundo de entender la educación.

El Dr. Luis Lacalle Pou, Presidente de la República al momento de escribirse estas líneas, recuerda el último día y la última hora de clase que tuvo como estudiante de Derecho en la Universidad Católica. Fue precisamente con Mariano Brito, en la asignatura de Deontología Jurídica.

«Cayó a la clase con un grabador y con un *cassette* -después los más grandes les van a explicar lo que es un *cassette*-, lo prendió y empezó a sonar *Cambalache: Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé. / En el quinientos seis y en el dos mil también...* Yo la había escuchado, pero cuando nos preguntó quién la había compuesto, nadie sabía... Era de Discépolo... ¿Y cuándo había sido compuesta?... Porque *Cambalache* es un himno al relativismo, al *da todo igual*... ¡Era de la década del treinta!... Esa clase era la última, la que todos estábamos esperando que pasara para irnos rápido... Pero no fue tiempo perdido y al terminar me quedó grabado que, desde el principio de la Historia existieron el relativismo, y los relativistas, a los que les da lo mismo hacer las cosas bien que hacer las cosas mal...».⁵⁸

⁵⁸ https://youtu.be/-D_dGWt5P0Y

Me parece que el cuento es muy aprovechable desde varios puntos de vista. Revela la habilidad del profesor para aprovechar el tiempo hasta en esa última clase que tan fácilmente se convierte en un espacio desperdiciado. Pero, más importante aún, es notable cómo, de un modo gracioso, agradable y ligero, sin cargar las tintas, Mariano introduce en sus alumnos un concepto, el del *relativismo*, que cruza la historia del pensamiento y de las civilizaciones, desde Sócrates y los sofistas, hasta Nietzsche, Ratzinger o *Discepolín*. Luego, será responsabilidad de cada uno el profundizarlo.

Transmitir y educar no eran para él actividades superpuestas. Comprendía que la capacidad de conocer, la inteligencia, no es en nosotros una cosa más, junto a otras, sino aquella que, junto con la capacidad de amar, nos identifica como personas. De este modo, cuando conocemos, cuando entendemos algo, estamos haciendo mucho más que llenar con información un disco duro -según la espantosa metáfora invertida, tan al uso hoy-: en el acto de aprender y de entender nos hacemos más humanos. Pues al tiempo que ejercemos la inteligencia, nos disponemos a amar aquello que conocemos. Desde esa óptica, enseñar se convierte en una actividad de enorme trascendencia. Un acto tal que (por usar términos de un famoso argumento en la historia de la Filosofía), *es difícil imaginar otro mayor*.

Santo Tomás de Aquino afirma⁵⁹ que Dios ha querido asociar, especialmente a los seres humanos al gobierno divino, dándoles la posibilidad de ayudarse mutuamente a alcanzar su perfección propia. Así, de diversas maneras, nuestros destinos están entrelazados. Pero hay una actividad humana en la que esta ayuda mutua se hace más evidente, y es precisamente en la educación y la enseñanza. Educar

⁵⁹ Cfr. S.Th., I, q. 103 y ss.

es una de las acciones espirituales más profundas que existen. Si la Providencia es el plan mediante el cual Dios conduce todas las cosas hacia su perfección, enseñar es una participación muy íntima en el plan de Dios.

Mariano era un maestro en esas profundidades. Y eso se notaba también en los esfuerzos que hacía por no dejar de hacer nada de lo que estuviera a su alcance para que *la experiencia* educativa de sus alumnos fuera completa, es decir, no omitiera sus aspectos más trascendentes.

«Su labor docente estuvo singularizada siempre por el acento en la centralidad de la persona del alumno, procurando cada año -de diversas maneras- neutralizar la masificación y teniendo en cuenta no sólo su dimensión individual sino también social, con actitud positiva, respeto de la libertad, y procura de la mejora personal de cada uno».⁶⁰

Y un alumno recuerda:

«Se preocupaba por nuestra formación integral, como personas, y no solamente como razonadores jurídicos. Recuerdo cómo reunía a sus estudiantes, fuera de horario de clase, sea en la Facultad de Derecho o en su estudio profesional. En ambiente más distendido, aprovechaba para dictarnos alguna clase extraordinaria sobre temas de fondo con más contenido antropológico como familia, educación, vida humana, ley natural. Nos hacía pensar y hablar. Sin embargo, sabía presentar los temas de manera que nadie se sentía discriminado. Siempre escuchaba con mucha atención nuestras opiniones y daba razones de lo que él exponía, sin imponer nociones. Daba formación cristiana sin decirlo expresamente, de manera muy natural, a partir de conceptos fundamentales como ley,

⁶⁰ Delpiazzo, Carlos., *Op. Cit.*

justicia, libertad, moral, bien común, autoridad, persona. En los últimos años, había tomado la costumbre de quedarse luego de clase en el aula, para que cualquiera de los alumnos pudiera plantearle sus inquietudes. Muchas veces -por la confianza y respeto que generaba- no sólo le planteaban dudas académicas, sino también cuestiones personales. Llamaba la atención cómo en su trato personal habitual, elevaba el tono de la conversación hacia lo trascendente de manera muy natural»⁶¹.

Muchos recuerdan que aquel rincón del aula se llegó a conocer graciosamente entre los estudiantes como *el confesionario*.

Tenemos ahí, de nuevo, una muestra de algo que ya hemos señalado muchas veces porque aparece, una y otra vez, en la vida de Brito: su voluntad de servir. Pero especialmente a aquellos hacia quienes tiene una obligación profesional. De este modo, rompía los límites de la mera prestación y los de la justa relación que esta prestación establecía -en este caso su obligación de transmitir ciertos contenidos al grupo de alumnos que el azar le ponía enfrente-, y la ampliaba. La justicia se desbordaba en servicio, que es una de las formas del amor.

Esa humanidad y cercanía en el trato, era una característica permanente en su trato con todos.

«Tuve el privilegio de conocerlo desde joven, cuando fue mi profesor de Derecho Administrativo en la Universidad de la República. Fue a fines de los años 70 o comienzos de los 80. Pausado, siempre afable, cordial y paciente, muy paciente con todos, Mariano estaba tan pendiente de sus alumnos como de sus colaboradores en la docencia. Nunca lo vi alterado, de mal humor u ofuscado. Molesto y enojado muy pocas veces, y cuando se dieron esas situaciones fue por muy justas razones. Pero lo normal en Mariano fue la tranquilidad, la serenidad, la calma. Sin dudas

⁶¹ Montano, Pedro.

esto era reflejo de una gran paz interior, una paz que contagiaba a cualquiera que estuviera cerca de él.

En esos primeros años en los que nuestra relación fue de docente con alumno, fui captando el enorme respeto que tenía a todos y cada uno de los que le rodeaban. Tenía un don de gentes que siempre combinaba el respeto con una gran afabilidad. Trataba a todas las personas con mucha delicadeza sin importar el rango o función que desempeñaran». ⁶²

⁶² Etcheverry, Nicolás.

Enseñar en libertad

No es casi necesario decir que Brito siempre profesó un gran afecto, -hasta con un componente sentimental-, hacia la Universidad de la República, y hacia la cátedra de Derecho Administrativo en la que trabajó durante cerca de 40 años.

Desde chico, había sido educado por un padre batllista de la 14, y una madre maestra *vareliana*, en la devoción y la admiración hacia la enseñanza pública. En casa de los Brito era natural pensar que el Estado tenía una especie de sagrada exclusiva en ese terreno, y que las instituciones educativas privadas eran sólo amables concesiones estatales, *pro bono pacis*, sin que las asistiera, en realidad, derecho fundamental alguno.

Algo de eso debió de pervivir un tiempo en el desván del intelecto de Mariano, al menos durante sus primeros años de docencia. Pues no es fácil desprenderse de lo que uno asimila en su hogar y en su casa.

A fines de los años 60, mientras ahondaba sus reflexiones en torno a rol concesionario del Estado, con ocasión de su tesis, empezó a preguntarse por la posición de la persona frente al Estado. Luego el interés por la persona fue, poco a poco, independizándose de su origen y constituyéndose en objeto autónomo de estudio. De hecho, de un modo creciente y central, la persona y su dignidad estarán transversalmente presentes en toda su obra. Y serán también el eje de

sus intervenciones y su trabajo en favor de la familia o de la vida humana, desde el momento de su concepción hasta su muerte natural.

Otro tema (necesariamente emparentado con aquél) que ocupó sus reflexiones, fue el de la libertad. La libertad de las conciencias, pero también la libertad en la educación y en la enseñanza.

Y cuando digo que estos temas ocuparon su reflexión, no estoy haciendo una suposición sin fundamento. En aquellos años, Brito había escrito algunas de sus reflexiones sobre la educación y el papel del Estado, y las había reunido en un fascículo. Se ve que empezaba a no estar cómodo en su posición original, al tiempo que empezaba a conocer, con mayor profundidad, la doctrina cristiana sobre éstas y otras cuestiones -lo que tradicionalmente se conoce como *Doctrina Social de la Iglesia*.

En algún momento, colisionaron en su cabeza las ideas que siempre había dado por sentadas con la novedad del Evangelio. Eran los primeros tiempos de su vocación en el Opus Dei, tiempos de intensa formación en la fe y en las enseñanzas de la Iglesia. De este modo, a través de conversaciones con personas doctas y, como será siempre una constante en él, a través de lecturas profundas y sistemáticas, incluso de extensas obras teológicas, fue haciéndose un criterio personal, distinto y más amplio, que el que había sostenido hasta entonces. Más de uno recuerda a Brito en esos años llevando consigo, bajo el brazo, un enorme libro de difícil lectura: *La cuestión social*, del jurista y teólogo austríaco Johannes Messner. Y sabemos que, en 1973, dictó a jóvenes estudiantes de todas las carreras, un curso dedicado a este tema.

Me parece que hace a la comprensión del personaje -y de su evolución- detenernos un poco en estas cuestiones. No sólo en el hecho de que fueron objeto de su consideración, sino en aquello que fue objeto de su consideración: la perspectiva en la que la persona y su libertad están en el centro, y todo lo demás en la periferia. Es el

momento en el que, en el pensamiento de Brito, la persona empieza a ocupar su lugar definitivo.

Claro que estas cuestiones, aunque relativamente nuevas para él, habían sido extensamente debatidas desde antiguo. El tema de fondo es, en realidad, qué es la persona humana, y cuáles son sus capacidades y su dignidad.

Los filósofos clásicos habían afirmado, por un lado, la existencia de Dios (la necesidad de su existencia) y su trascendencia respecto de todas las cosas que no son Él. Pero afirmaron igualmente la realidad plena de las cosas creadas y -según la naturaleza propia de cada uno- lo que podemos llamar su *capacidad operativa*. Quiere decir que, una vez creadas, las cosas actúan por sí mismas, sin necesidad de que Dios intervenga todo el tiempo.⁶³ Esto se aplica eminentemente en el caso del hombre y la mujer, hechos a imagen y semejanza de su Creador.

Empezamos a ver aquí algo de la dignidad de la persona humana que, establecida en la existencia, no es un títere en manos de nadie -ni siquiera de Dios, que no tiene vocación de titiritero-. Se espera de ella que actúe, según lo que es.

Por eso, cualquier intento de expropiación de las capacidades y competencias propias de la persona -ya sea a manos del Estado, de ideologías, de grupos de poder o incluso de empresas privadas-, es profundamente injusto y debe resistirse. Aunque no siempre resulta fácil de identificar, salvo por un síntoma inocultable: la disminución o la cancelación de la libertad.

⁶³ Sostener, por el contrario, la *incapacidad operativa* de las cosas creadas, requiere de un que Dios que actúe todo el tiempo en su lugar, tras bambalinas, anulando así a su criatura. Esta doctrina se llama *ocasionalismo*. Fue sostenida inicialmente por algunos filósofos musulmanes medievales.

En varios momentos y circunstancias de la historia, se ha producido, o se ha intentado llevar a cabo este tipo de expropiación. En los años 20 del siglo pasado, Giovanni Gentile, uno de los principales pensadores del fascismo italiano, había afirmado hegelianamente: «*Todo por el Estado y todo para el Estado*». No fue el primero en decirlo, ni el más recordado por la historia, pero fue ocasión para que el obispo de Roma, el entonces Papa Pío XI, enunciara el llamado *Principio de Subsidiariedad*, en una encíclica de 1931:

«Así como no se puede quitar a los individuos y darlo a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria, así tampoco es justo, constituyendo un grave perjuicio y perturbación del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mayor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos y absorberlos».⁶⁴

Hay actividades, y la educación es una de ellas, que corresponden primariamente a «los miembros del cuerpo social», a las personas, a los padres, a las familias. La intervención del Estado aquí se requiere sólo si los responsables primarios no son capaces de cumplir con su cometido. Pero, incluso entonces, los padres y las familias siguen teniendo derecho a determinar qué tipo de educación quieren para sus hijos. El Estado, entonces, lejos de ser dueño de la educación, es (o debe ser) servidor e instrumento de las familias.

Más allá de los tecnicismos filosóficos, lo que el *Principio de Subsidiariedad* enfatiza es la primacía del ser humano (también *frente* al

⁶⁴ Pío XI, *Quadragesimo anno*, 79.

Estado⁶⁵) y su libertad esencial. Esta luz de la centralidad del hombre y de la libertad, que Brito descubre y profundiza a finales de los años 60, iluminó desde entonces su pensamiento. Quizá recordando esos años de reflexión y de formación solía decir: «*Yo aprendí lo que es la libertad en el Opus Dei*».

Cuando, con el correr del tiempo, se enfrentó a situaciones en las que la libertad o el mismo principio de subsidiariedad se ponían en duda o se veían amenazados, no dudó en sostenerlos públicamente o en defenderlos, con energía. La historia de algunos conflictos entre la Universidad de Montevideo y las autoridades de la UdelaR o el Ministerio de Educación, tienen este trasfondo.

Para poder valorar estos conflictos y la actuación de Brito, es importante entender que los principios enunciados, no son *propiedad* de la Iglesia Católica y de su Doctrina Social -si bien ésta los enuncia de un modo particularmente claro-. Se encuentran expresados en importantes textos que nada tienen que ver con la Iglesia Por ejemplo, en la *Constitución de la República*. Ateniéndonos, en concreto, a la educación y la enseñanza, podemos leer allí:

«Artículo 41.- El cuidado y educación de los hijos para que éstos alcancen su plena capacidad corporal, intelectual y social, es un deber y un derecho de los padres.

Artículo 68.- Queda garantida la libertad de enseñanza.

⁶⁵ Aunque esta preposición, *frente*, no debe ser entendida en clave de oposición sino para marcar que ambas instituciones no se identifican, sino que se complementan, subordinándose el Estado a la familia. En esta subordinación precisamente consiste el orden natural.

La ley reglamentará la intervención del Estado al solo objeto de mantener la higiene, la moralidad, la seguridad y el orden públicos». ⁶⁶

Es de notar que el texto no dice que «el cuidado y la educación de los hijos es, *en primer lugar*, un deber y un derecho de los padres». Sino que describe ese deber y ese derecho en un único sujeto: los padres. Pero, además -ya que *el diablo sabe más por viejo que por diablo*, como decía mi abuela- algo llevó a los constituyentes a señalarle al Estado, en el Art. 68 ciertos límites.

Una vez más, no es el Papa, ni son los curas: es la Constitución de la muy laica República Oriental del Uruguay.

La suprema ley es muy clara: los padres están a cargo y el Estado intervendrá muy limitadamente. Lo que sucede es que muchas veces leyes de menor rango, costumbres abusivas pero toleradas o reglamentaciones menores pueden obrar en sentido opuesto a unos principios que, sin embargo, son claros en su formulación. Hasta que un conflicto obliga a repensar las cosas y reconducir lo que se venía torciendo.

La Dra. Graciela Bianchi -actualmente Senadora de la República- recuerda varias ocasiones en las que Brito tuvo que reaccionar enérgicamente ante el desconocimiento de estos fundamentos esenciales de nuestra República por parte de diversas autoridades educativas. En todos los casos actuó en conciencia y valerosamente, aunque no siempre logró que triunfara la razón o la verdad.

En 2008, el CODICEN, la máxima autoridad en Educación no universitaria -del que Bianchi era entonces Secretaria Administrativa-, se había negado a otorgar la habilitación del Instituto de For-

⁶⁶ *Constitución de la República*, en <https://parlamento.gub.uy/documentosyleyes/constitucion>

mación Docente de la UM. Brito preparó entonces una acción de nulidad ante el Tribunal de lo Contencioso Administrativo, convencido de que la negativa carecía de asidero alguno. Pero antes, «siendo coherente con su calidad de hombre de bien, habló personalmente con los integrantes del Consejo y conmigo, tratando de que se entendiera que teníamos la obligación legal de otorgar la habilitación». La situación refleja su *modus operandi* habitual juntando en el mismo acto una gran firmeza para sostener sus convicciones y una extrema amabilidad para agotar las vías amistosas antes de desenterrar el hacha de la guerra. Y es de notar que, en su argumento, subraya «la obligación legal»: se ve que había leído la Constitución.

En este caso, el diálogo dio sus frutos y bastó la buena disposición de todos para encontrar un acuerdo y que el punto quedara solucionado.

En otra oportunidad, fue el Consejo Consultivo de Educación Terciaria Privada -que asesora al Ministerio de Educación y Cultura en todo lo relativo a universidades privadas- el que, presionado por la Universidad de la República, por el Ministerio de Educación y Cultura de la época y la Dirección de Educación, le negó a la UM la habilitación de la carrera de Traductorado de inglés, a pesar de que cumplía con todos los requisitos y contaba con una generación de estudiantes que habían ya culminado la carrera. Las conversaciones fueron intensas y los representantes gubernamentales volvieron a sostener posturas opuestas a los derechos constitucionales. Pero esta vez no cedieron y el Consejo mantuvo su negativa. (La sangre llegó, como se dice, al río y, a consecuencia del conflicto, renunciaron al Consejo, conjuntamente, la Dra. Bianchi y el actual Ministro de Educación y Cultura, Dr Pablo Da Silveira).

Como vemos, Brito no ganó todas sus batallas. En esta oportunidad hubo que esperar un tiempo para obtener la aprobación oficial a la carrera de Traductorado de la UM.

Para terminar de tener un panorama de la mentalidad *estatista* en gran parte de los responsables de la educación y de la educación pública en Uruguay -aún después de que el legislador abriera el camino a las instituciones privadas de ámbito universitario-, es interesante detenernos en la siguiente historia, que sucedió en los primeros años de funcionamiento de la Universidad de Montevideo.

«En 1998, se produjo un cortocircuito institucional. Concretamente la Universidad de la República entendía que el nombre *Universidad de Montevideo* le pertenecía por derecho propio, y no a la institución de la que Mariano era Rector.

El Consejo de la UdelaR nombró una comisión que estudió el tema y notificó a la UM que debía cambiar el nombre.⁶⁷

Cuando la notificación llegó a la UM, la reacción fue de sorpresa y preocupación. Aunque no tenían dudas sobre el núcleo de la cuestión y pensaban tener razón, estar en conflicto con la UdelaR es lo último que querían. Piénsese que la actividad universitaria privada era todavía relativamente reciente en Uruguay. Y que no pocos profesores de la UM eran Profesores Titulares de sus materias en la UdelaR.

Desde el punto de vista legal, en aquel entonces, la educación terciaria privada se regía por la ley 15.661 de 1984, que simplemente establecía un registro de títulos para las universidades privadas, y señalaba que éstos tendrían igual efecto legal que los de la Universidad de la República, una vez registrados.

Luego de un intenso diálogo entre el Ministerio de Educación y Cultura, la Universidad de la República, la Universidad Católica y ORT, la ley se había reglamentado mediante el decreto 308/995. Pero subsistía

⁶⁷ Ya en 1989, cuando el Dr. Juan Manuel Gutiérrez Carrau, entonces responsable de la coordinación docente del IEEM registró la marca *Universidad de Montevideo* en la Oficina de Marcas y Patentes del Ministerio de Industria, el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República se había opuesto.

una inercia histórica que daba una especie de *precedencia* a la Universidad de la República sobre las demás. De hecho, el decreto 308/995 fue recusado por la UdelAR, que reclamó para sí la potestad de control sobre las instituciones privadas.⁶⁸

Esto explica también el tono o el modo de comportamiento de la UdelAR notificando directamente a la UM de lo que debía hacer, como lo hace un organismo regulador de última instancia, cuando era en realidad sólo una de las partes en aquel conflicto.

El caso es que, con motivo de este asunto, en varias oportunidades, Brito se reunió, acompañado por otras personas de la UM, con el Rector de la Universidad de la República, Ing. Rafael Guarga.

Puso todo de sí para que las reuniones se desarrollaran en un clima de distensión y entendimiento. Cedió hasta donde pudo, poniéndose en el lugar del Rector de la UdelAR para buscar una solución de consenso que satisficiera a ambas partes. Incluso se llegó a un preacuerdo, donde la UM seguiría utilizando el nombre *Universidad de Montevideo*, pero debajo, en letra chica, se añadiría: *Universidad Privada*. Sin embargo, cuando el Rector de la UdelAR trasladó la propuesta a su Consejo, ésta no fue aceptada y, en cambio, se iniciaron inmediatamente acciones legales contra la UM.

Mariano lamentó que no se hubiera conseguido el acuerdo porque siempre consideró que en este caso, la solución de consenso hubiera sido lo mejor para ambas partes. Habría preferido que no hubiera juicios, pero los sobrellevó con paz y con la convicción de haber hecho todo lo posible de su parte para que no hubiera vencidos ni vencedores. Pero al mismo tiempo sostuvo en todo momento con claridad y firmeza los argumentos que consideraba justos y que respaldaban la posición de la Universidad de Montevideo en el conflicto.

⁶⁸ Fernández, Julio, *Comentarios sobre el decreto 104/2014*, en Debate Universitario CAEE-UAI, Año 2014, Vol. 3, Número 5, artículo “La regulación de la Educación Superior Privada en Uruguay: análisis y discusión del Decreto 104/14” ,

Posteriormente, tanto en el Tribunal de lo Contencioso Administrativo como en dos instancias ante el Poder Judicial, se le reconoció razón a la UM y se rechazaron definitivamente las demandas de la UdelaR. El asunto quedó así definitivamente zanjado». ^{69 70}

Es importante volver a subrayar que cuando defendía aquí los intereses, por otro lado legítimos, de la Universidad de Montevideo, no estaba actuando de un modo limitado y, por así decirlo, partidista. Sino que estaba defendiendo principios generales y fundamentales que estaban más allá de su posición en este caso particular, tanto en la Constitución de la República como en la Doctrina Social de la Iglesia. Esta defensa no se produjo simplemente a un nivel teórico, sino que exigió de él que diera la cara y actuara con coherencia.

Los principios fundamentales no son una cosa que está ahí, flotando en el éter, como algo que requiere únicamente un asentimiento intelectual o formal. Deben ser vividos y aplicados.

Brito enseñó durante muchos años, en las aulas, cuáles eran estos principios. El Dr. Agustín Prat, que fue su alumno en la Facultad de Derecho, ha dicho que de él aprendió «que el verdadero Derecho y la Justicia son mucho más que la norma escrita; especialmente en todo lo relacionado con el rol subsidiario del Estado, su finalidad para el bien común y la trascendencia de la personalidad humana». ⁷¹

Pero, como hemos visto, en ciertos momentos históricos, toca a cada uno defenderlos de los abusos y de los abusadores. Sean quienes sean.

⁶⁹ Por otra parte, también la pretensión de la UdelaR de ser el regulador de las instituciones privadas, fue rechazada por sentencia del Tribunal de lo Contencioso Administrativo en 1998.

⁷⁰ Peirano Basso, Jorge.

⁷¹ Prat, Agustín.

Cuando ese momento llegó para él, Mariano se manifestó como un hombre valiente y enérgico.

Méritos y deméritos

Volvamos ahora a su labor en el mundo de la educación y la investigación, que se extendió mucho más allá de los muros de su tan querida Universidad de la República. A lo largo de su extensa carrera, Brito fue también Profesor de Deontología Jurídica en la Universidad Católica del Uruguay, Director del Instituto de Derecho Administrativo en varios períodos, Primer Rector de la Universidad de Montevideo, Fundador del Anuario de Derecho Administrativo... Tuvo además una actuación internacional destacadísima, siendo miembro fundador de distintas asociaciones internacionales. Por lo cual mereció honores en universidades de distintos países.

Sin embargo, su carrera docente en la Universidad de la República, a la que siempre se refirió en términos agradecidos y afectuosos, concluyó con una nota de tristeza y humillación.

El 15 de abril de 2004, Mariano cesó voluntariamente en el cargo de Profesor Titular de la Facultad de Derecho en la Universidad Mayor, tras 40 años ininterrumpidos de servicio, recibiendo muestras generales de gratitud. Algún tiempo después, el Instituto de Derecho Administrativo elevó a la entonces Decana de la Facultad, Prof^a Dora Bagdassarián (2006-2014) la petición de otorgarle el título de *Profesor Emérito* -conjuntamente con el Prof. Dr. Daniel H. Martins que también había cesado como Catedrático-. Dicho título es un grado honorífico que se concede a un profesor que ha tenido una larga trayectoria «con detalles de destaque sobresaliente» (es la

expresión que utiliza la ordenanza universitaria). Es el Consejo de la Facultad quien, por una mayoría especial, concede el título. Se trata de un honor distinto, e inferior, al doctorado *Honoris Causa* que otorga la Universidad.⁷²

En la petición que el Instituto de Derecho Administrativo, por carta del Prof. Juan Pablo Cajarville, hace a la Decana, puede leerse:

«Ambos han sobresalido en el desempeño de la docencia y la investigación en el ámbito del Derecho Administrativo. Sus largas y valiosas actuaciones, que han merecido el reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional, constan en las relaciones de antecedentes que se acompañan. Todos los actuales integrantes del Instituto de Derecho Administrativo hemos sido en mayor o menor medida formados por sus enseñanzas (...)

Por su ser y por su hacer, el reconocimiento y el afecto a la personalidad de Mariano Brito ha trascendido en mucho el ámbito de nuestro Instituto e incluso las fronteras de nuestro país.

En señal de reconocimiento y gratitud, pero valorando con objetividad sus merecimientos, la Sala de este Instituto, *por unanimidad de sus integrantes*, ha entendido que ambos reúnen sobradamente los requisitos exigidos para el otorgamiento del título de Profesor Emérito de nuestra Facultad de Derecho».⁷³

Sin embargo, una vez recibida en el Decanato, la petición no se tramitó inmediatamente, ni se sometió a consideración del Consejo de la Facultad. Aunque no se daban razones claras para esta demora.

⁷² Cabe señalar que la UdelaR y sus Facultades han sido sumamente sobrios a la hora de conceder tales honores.

⁷³ Cajarville, Juan Pablo. *Carta de solicitud de nombramiento como Profesor Emérito del Prof. Dr. Daniel H. Martins y del Prof. Dr. Mariano Brito.*

Con motivo de incorporarse al Consejo como miembro titular por el cuerpo docente, el Prof. Carlos Delpiazzo actualizó la propuesta. Y entonces se hizo explícita la oposición de la Decana. En la superficie adujo trabas burocráticas, pero se veía claramente que se oponía a la designación.

No obstante, los impulsores del proyecto no se desanimaron y fueron resolviendo las objeciones de manera que el expediente se conformara en todo con las exigencias, razonables o menos razonables, del Decanato. Finalmente -casi diríamos que forzosamente-, se incluyó la cuestión en el orden del día del Consejo, pero por una u otra razón siempre se la dejaba sin tratar. Hasta que el Prof. Delpiazzo protestó enérgicamente por el trato (o destrato) que se le estaba dando a la cuestión y planteó que se retiraría del Consejo hasta tanto el tema fuera objeto de consideración. Ante el planteo, y habiendo agotado todos los límites de tiempo razonables, el Consejo se vio obligado a tratar el tema en la reunión inmediatamente posterior.

Aunque las sesiones fueron secretas, trascendió en los medios de prensa cuál había sido el desarrollo y el tratamiento de la cuestión.

Ante la designación propuesta, se produjo una inmediata oposición por parte de algunos Consejeros del orden estudiantil y docente, que acusaron al Dr. Brito y al Dr. Martins de haber desempeñado cargos de gestión -más allá de su actividad docente- durante la dictadura y la Intervención. Y no debían, por tanto, recibir el título honorífico solicitado.

Sin embargo, tal acusación era falsa y no respondía a la verdad.

Los Consejeros que defendían la designación explicaron entonces los hechos -que por otra parte, eran de público conocimiento-. Ciertamente ambos candidatos, en distintos momentos, habían sido coordinadores docentes en la Facultad. Pero no durante la Intervención, como denunciaban los acusadores, sino en la transición a la democracia. En aquel momento, se ofrecieron a ayudar al Decano

Transitorio, Prof. Blas Eugenio Rossi Masella -Titular de Derecho Romano, de firmes convicciones democráticas- que trabajó intensamente para la reinstitucionalización de la Universidad. ¿De qué se acusaba entonces a los candidatos?

Algunos Consejeros del orden de egresados y de los docentes conformaron su opinión, y su voto, a la evidencia presentada. Pero los grupos radicales que habían sostenido la falsa acusación, se atuvieron a sus conclusiones aunque las premisas se hubieran demostrado falsas. Se ve que su objetivo, en este caso, no era establecer la verdad. Cuando el punto se sometió a votación, se produjo, de hecho, un empate. La Decana debió desempatar con su voto y lo hizo en contra de la propuesta.

La Dra. Graciela Bianchi, que siguió el episodio muy de cerca, piensa que la negativa se debió a que los candidatos no formaban parte del partido en cuyas filas militaba la entonces Decana. Recuerda que, posteriormente, se les hizo un acto de desagravio en la sede departamental de un partido de la oposición. Esto habla de la notoriedad que tomó el caso.

Es lógico que el episodio le haya dolido a Brito en el corazón. No porque con ello se le negara un honor que pretendía, pues no era así. Camino de tener 80 años y con la trayectoria de realizaciones que podía exhibir, el título de *Profesor Emérito* de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República, no añadía casi nada a su ya completo *cursus honorum*. Pero era un golpe de desafecto y de rechazo, por parte de los suyos.

Nada de esto fue motivo, sin embargo, de quejas, ni resentimientos. Ni de comentarios hirientes o de juicios sobre nadie.

Y asumió el daño con la silenciosa entereza que lo caracterizaba.

El trabajo en la vida de Mariano

Mariano Brito gozó de algunas cualidades y capacidades naturales de las que otros carecían. Y careció visiblemente de muchas perfecciones de las que otros gozaban. Esta combinación es el contenido mismo de su vida, y el de esta breve biografía. Pero interesa no perderse en los detalles y focalizarse ante todo en los grandes ejes que atravesaron toda su existencia.

En este ida y vuelta que estamos practicando por las líneas del tiempo, hemos podido observarlo *en acción*. Con un quehacer de trabajo, y con una intención de servicio. Evidentemente aquél y ésta tienen mucho que ver entre sí, porque las personas que quieren servir pero poseen capacidades limitadas, no van por los aires con una capa roja salvando al mundo: su único medio es trabajar. El trabajo es el quicio sobre el que gira toda la vida de una persona normal. Y el caso de Mariano no fue una excepción.

Desde muy joven la vida lo tironeó con sus exigencias. Vive en un hogar de modestos recursos y, en cuanto tiene la edad suficiente, ayuda como puede en su casa, es decir, trabajando. En cuanto se recibe de abogado, abre un estudio en la Ciudad Vieja para ganarse el sustento, y se dedica con alma y vida a su profesión. Al mismo tiempo, enseña en la Facultad de Derecho. Y, para hacer realidad la versión uruguaya del *American Dream*, busca la manera de entrar en la administración pública.

Con el tiempo, trabajando, perfecciona estas tres líneas de actuación profesional. Hasta que las responsabilidades en la administración pública no le dejan espacio para el libre ejercicio de la profesión. En cambio, no renunciará nunca a la enseñanza.

Pero, en cualquier momento de la línea de tiempo en que nos paremos, lo vamos a encontrar trabajando. Estudiando para formarse como trabajador, y estudiando las cuestiones que como trabajador debía resolver. Con un enorme sentido del deber.

El trabajo estuvo, pues, en el centro de la vida de Mariano Brito. Y creo que podemos decir, sin exagerar ni dar lugar a malentendidos, que fue un trabajador ejemplar.

Ejemplar, ya lo hemos dicho, no porque hiciera cosas extraordinarias, sino por la seriedad con que las hacía. Y cuando alguien simplemente hace lo que hay que hacer, de un modo regular y constante, a lo largo de toda una vida, sin concesiones a las tertulias espontáneas, a las largas pausas del mate y los bizcochos -en definitiva, a la pereza-, estudiando las cuestiones que le tocan y evitando la improvisación, su comportamiento puede ser advertido como extraordinario, aunque realmente en sí no lo sea tanto.

Recuerdo a este propósito la película *Big*, una de las primeras de Tom Hanks. Es la historia de Josh Baskin, un adolescente de 13 años, frustrado e infeliz, perseguido por el acné e ignorado por las chicas, al que Zoltar, un adivino mecánico de feria, que se activa con monedas, le concede su deseo de *ser grande*. ¡Pum! De un momento a otro, adiós acné, adiós pubertad, adiós ¿qué será de mí?, adiós frustraciones. Vemos a Josh aterrizar en el mundo de la gente grande, muy concretamente como *data entry* en algún lugar del departamento administrativo de una gran juguetería de Nueva York. Hay, en la comedia, un divertido período de ajuste ya que, en su realidad interior, Josh sólo tiene 13 años, y no posee ni ciencia ni experiencia de casi nada. Su primer día de trabajo no es muy bri-

llante. Se sienta frente a una computadora y empieza a escribir, con enorme lentitud: tecla... pausa... deliberación... tecla... pausa... deliberación... Pero aparentemente, tal exasperante lentitud -que, de continuar, daría por tierra con el entero sistema capitalista-, no es suficiente. Alertado por el ruido cansino de las teclas, se asoma sobre la mampara el ocupante del *box* contiguo, presa de pánico:

-¿Qué hacés escribiendo tan rápido? ¡Nos vas a delatar a todos!

Brito era todo lo opuesto al compañero de oficina de Josh Baskin. Se esforzaba, en cambio, por trabajar bien. Desde la escuela, a juzgar por los boletines de calificaciones que se conservan y por los recuerdos de sus compañeros de grado, fue un alumno aplicado que sacaba muy buenas notas. Y sabemos que, durante toda su vida, gozó de lo que podemos llamar *prestigio profesional*.

Es difícil saber cuánto, en él, puede atribuirse a la naturaleza y cuánto al esfuerzo personal. Pero poseemos los suficientes testimonios como para aventurar que -fueran cuales fuesen sus cualidades naturales- nunca se consideró un iluminado, ni exento de la obligación de *empujar el lápiz*. En distintos momentos de su vida, en distintas posiciones y responsabilidades, quienes trabajaron a su lado recuerdan en él un instinto de desconfianza hacia los juicios espontáneos, hacia el estudio insuficiente, hacia la tendencia a ahorrarse la consideración detallada de los asuntos.

Ya hemos visto cómo analizaba los temas en el Ministerio de Defensa. Y cuando era Rector de la Universidad de Montevideo, solía decir a sus colaboradores que, antes de poner algo por escrito -algo destinado a un tercero o a ser publicado-, había que mirarlo *más* veces. Animando así a una última pausa reflexiva y atenta antes de apretar la tecla de *Enviar*.

Este modo de proceder seguramente no lo convertía en un superejecutivo para ejemplo de los libros de *management*, ni tampoco

garantizaba que no se equivocara nunca. Pero refleja que se tomaba sus tareas en serio y daba en ellas lo mejor de sí mismo.

Pienso que, en parte al menos, aquel prestigio del que gozó se debió al empeño que ponía en hacer con normalidad, sin abandonarlas, hasta el final, de acuerdo a las reglas del juego, las tareas normales que le tocaron en suerte. Podemos decir, para sintetizar, que trabajó en serio. Y en él destacó más este aspecto, como en otras personas sobresalen la brillante ejecución u otras cualidades.

Pero esto, siendo el mundo lo que es, implicó ir a contracorriente del extendido facilismo y de la extendida tolerancia con la pereza y la imperfección. En resumen, que hiciera lo ordinario resultó a veces extraordinario, aunque de suyo no lo fuera.

Vivir bien la vida de todos los días es hacer obras que, aunque no están por encima de lo natural, escapan sin embargo a la famosa curva en forma de sombrero de la distribución normal. Por eso los héroes son lo que nosotros -que no somos héroes- deberíamos ser si quisiéramos simplemente ser hombres comunes.

Como fácilmente se comprenderá, una figura así, llama la atención y puede resultar muy inspiradora; porque enseña que la mediocridad y la chapuza no son un destino inevitable. Y que la perfección debe buscarse, aunque -parafraseando a José Bergamín- siempre la persigamos y nunca la alcancemos.

Trabajo de Dios

El ejemplo de Mariano abre los ojos sobre un lugar de la vida que generalmente está en un ángulo ciego. Cuando abrimos los ojos a esa realidad menuda, hecha de muchos pocos casi invisibles, pero reales y valiosos, podemos descubrir que todo lo que antes nos parecía pequeño e insignificante, sólo está esperando a que un *hombre común* se lo tome en serio y lo convierta en algo grande y significativo.

Este descubrimiento que tal vez podemos nosotros realizar mirando la vida de Brito, el mismo Brito lo realizó al entrar en contacto con la persona y las enseñanzas de San Josemaría Escrivá.

Efectivamente, en torno a la época de su casamiento, es decir, cuando todavía no se había manifestado el potencial que luego florecería de manera impresionante, Mariano conoció el Opus Dei, a través de un amigo suyo, Alejandro Clavier. Y empezó entonces a asistir a algunos medios de formación espiritual en una residencia que había en Br. Artigas y Canelones.

De aquellos tiempos se sabe muy poco. Con certeza absoluta ha llegado a nosotros sólo una afirmación suya sobre el carácter e identidad de los uruguayos, que tal vez sea también una descripción de sí mismo: «Racionalistas, sí; pero de corazón católico».

En la residencia de Br. Artigas vivía un ingeniero español del Opus Dei, Jesús Paniagua Arellano, con quien Mariano había hecho amistad y con quien hablaba frecuentemente de su vida espiritual. Un día habían quedado en que Paniagua lo pasaría a buscar por

su casa, para conversar. Pero ambos habían olvidado que era 1º de mayo y no había servicio de ómnibus. Mariano estaba viviendo en el Prado en ese momento. Sin embargo, a pesar de la ausencia de transporte, Paniagua no dio de baja el plan y se presentó tal y como habían quedado, en lo de Mariano, luego de una larga caminata. Esta muestra de compromiso, por algún motivo, impresionó a Brito. Y se sintió llamado a pedir la admisión en el Opus Dei.

Mariano abordó alguna vez, en ese lenguaje elaborado que es propio de los académicos de su generación, lo que había significado para él su vocación al Opus Dei:

«Tal vez, a la hora de este testimonio, sea conveniente replantearme un interrogante fundamental: ¿cómo situarme yo -un cristiano corriente- cuya vida transcurre ordinariamente en el entretejido de su quehacer profesional, para ir al encuentro personal con Dios del que tanto nos hablara Josemaría Escrivá?

Así, sin circunloquios, enfrente la cuestión que animara y anima toda mi vida, con reclamos del tiempo que se gasta sin retorno posible. Desde ella veo una experiencia vivencial que procuraré narrar.

El encuentro con el Fundador del Opus Dei -persona y pensamiento- introdujo en mi vida (concreta existencia) aquella dimensión nueva, con reclamos de respuesta en términos de operación y responsabilidad personal. Aquel encuentro me planteó un panorama insospechado: la grandeza de la vida corriente, ordinaria y cotidiana.

La existencia cristiana no habría de ser ya, también para mí, “... *algo solamente espiritual -espiritualista, quiero decir-, propio de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu mientras vivimos aquí*”, según lo expresado por San Josemaría Escrivá.

Me alcanzó entonces un reto personal, porque -uno más entre miles y millones- me llegó esa palabra llamando a la audacia de huir de toda forma de evasión de las honestas realidades diarias, porque de éstas dijo:

“Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de nosotros descubrir”.

Y transcurrieron décadas, mostrando San Josemaría que podía realizar la apuesta a la búsqueda de Dios e ir a su encuentro en mi propio ambiente, a través de mi profesión, afirmando vigorosamente, con su fe y su gallardía también humana, que *“... es posible una fidelidad sin paliativos, sin eufemismos, que llegue hasta sus últimas consecuencias, sin medianías ni componendas”* para con Dios y con los hombres.

Y el quehacer profesional me brindó y brinda hasta el presente un ámbito singularmente oportuno y cierto para aquella búsqueda y encuentro: la docencia universitaria.⁷⁴

Este texto, sentimentalmente neutro, es, sin embargo, precioso. Y lo más parecido a una *confesión* -en la tradición agustiniana- que haya salido de la pluma de Brito. El argumento es simple: un tipo común, un uruguayo de a pie, un oriental más, por sus antecedentes y por su devenir, por su mentalidad y su geografía, descubre a Dios, a través de la persona y el pensamiento de San Josemaría.

En cuanto a la persona, Brito la conoció sobre todo a través de la lectura de *Camino*, su clásico libro para la oración. Detrás de las palabras, descubrió al autor. Y, por lo que dice, le atrajo especialmente su valentía «también humana» a la hora de testimoniar la fe cristiana. Creo que, a estas alturas de su biografía, no resulta difícil advertir en Mariano este mismo modo de actuar, no sólo haciendo el bien, sino poniendo energía y vigor al hacerlo -especialmente cuando tuvo que enfrentar dificultades objetivas.

En cuanto a la doctrina y al pensamiento -esto es, que se puede ser santo en la vida ordinaria, y convertir el trabajo en oración- era

⁷⁴ Brito, Mariano. *Josemaría Escrivá y mi quehacer profesional*, en *El Opus Dei y los uruguayos*. Págs. 74 y 75.

prácticamente imposible que Brito no quedara inmediatamente deslumbrado. Si hay un momento casi poético en su testimonio es cuando habla de buscar a «Dios e ir a su encuentro en mi propio ambiente, a través de mi profesión...».

Muchos de los testimonios de las personas que lo conocieron lo describen, como un gran trabajador. Otros, como un cristiano ejemplar. En realidad, era ambas cosas, pero en una sola.

Su espiritualidad consistía en esa unidad, en ese deseo en cierta forma insensato: encontrar a Dios y santificarse *precisamente* en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano, convirtiendo todos los momentos y circunstancias de su vida en ocasión de amar a Dios y de servir a los demás, iluminando los caminos de la tierra con la luminaria de la fe y del amor.⁷⁵ De forma tal que su relación con Dios y su vida de trabajo y familia tendían a formar una suerte de unidad.

Si tenemos eso en cuenta, entenderemos mejor la intensidad y la seriedad con que trabajaba. No como consecuencia de un tic o una manía de *workaholic*, sino por amor a Dios. Es decir que lo que estaba en el centro de su vida no era su trabajo, sino su Dios y sus hermanos los hombres. ¡Qué descubrimiento: el trabajo como el lugar donde Dios y los hombres se encuentran!

Hay una teología nueva de la Creación, a partir de la luz que Dios quiso dar al mundo al fundar el Opus Dei. Y en esa narrativa, los hombres son los *encargados*, los que pueden descubrir y realizar la perfección que Dios quiso para su Creación. Dios no es como los adorables animalitos del bosque que se encargan del trabajo duro, mientras *Blancanieves* tararea por el *living* las preciosas canciones

⁷⁵ Cfr. Oración a San Josemaría, en <https://opusdei.org/es-uy/article/oracion-2/>

de Frank Churchill. Quiere que nosotros lavemos los platos, y hagamos las cosas con nuestra mente y con nuestras manos y que, haciéndolas, seamos felices: cocinando, estudiando, sembrando y cosechando, curando, alimentando y esquilando, haciendo versos y canciones, cebando los mates de la madrugada, aconsejando y legislando, componiendo sinfonías y coros para festejar el regreso de los hijos, fotografiando las caras de los niños o las estaciones de tren abandonadas, mirando caer la lluvia detrás de los cristales...

No: Dios no necesita anular a su criatura para ser Dios. Pero ha querido necesitar que *el hombre, su criatura* (como bellamente nos llama Péguy), haga su trabajo para llevar el mundo creado a su perfección.

Uno de los primeros escritores del cristianismo, Ireneo de Lyon, creó una fórmula que atravesó la historia hasta nuestros días: *la gloria de Dios es que el hombre viva*. Generalizando, podríamos decir que la gloria de Dios es su Creación. Ireneo menciona al hombre porque, en los seres humanos, la Creación encuentra su última y más alta expresión.

Ése es el sentido y el contexto en el que trabajó Mariano. Cuando ponía manos a la obra, muchas veces pensaría que estaba participando en la obra prodigiosa de la creación, llevándola a término por mandato del mismo Creador. Y así como el Creador, para ser fiel a sí mismo, se convirtió en Redentor, así Mariano se sentiría también colaborador en la obra de la Redención y aplicaría a ella todas sus fuerzas.

Junto a las familias

Cuando en agosto de 1993 presentó su renuncia como Ministro de Defensa Nacional, Brito tenía ya la edad (y los aportes necesarios) como para jubilarse. En el servicio público había ocupado altos cargos (Letrado y Secretario de Presidencia, Procurador del Estado y Ministro) y su desempeño en el ejercicio de la profesión le había procurado los recursos para encarar un apacible retiro.

Su cese como Ministro habrá supuesto para él un llamado de atención. Por primera vez, en los últimos ocho años, podía de algún modo elegir qué es lo que quería hacer y, seguramente como en otras oportunidades, habrá transformado esa incógnita en una pregunta aún más personal: ¿Qué debo hacer? ¿Qué quiere Dios de mí ahora?

Aunque sentía que su vida como funcionario había concluido y eso podía constituir para él un motivo de nostalgia, esa circunstancia creaba, al mismo tiempo, las condiciones necesarias para una mayor dedicación a la docencia. Actividad que había sufrido por su mayor dedicación a la cosa pública. Vuelve entonces *con todo* a su trabajo como Profesor Titular en la Facultad de Derecho, al tiempo que retoma la Dirección del Instituto de Derecho Administrativo.

Es entonces también el tiempo de su mayor dedicación a impulsar actividades para formar a los padres y fortalecer la familia. Aprovechó aquel *hueco* en su agenda para volver activamente sobre ese tema que tanto le apasionaba y que había estado tanto tiempo en el centro de sus preocupaciones cuando, a fines de los años 60,

profundizó en la Doctrina Social de la Iglesia. Que aquello no fue algo pasajero en su pensamiento, lo atestiguan todos los que lo han estudiado. El Dr. Felipe Rotondo señala la presencia de estos mismos temas en su obra más tardía:

- «En la *Prospectiva del Derecho Administrativo*, destacó
- que la familia “*participa de la dignidad incondicional e inalienable de la persona humana*”;
- que el Estado debe subordinarse a ella “*en cuanto hace a los fines propios de la familia como organismo natural fundamental*”;
- que “*no se agota en la dimensión privada o de interioridad*”, “*antes bien es, además, parte del bien común más general, a él concurre como sujeto social y de él es partícipe, debiendo consecuentemente ser reconocida en su protagonismo político, cultural, económico y educativo*”». ⁷⁶

El Papa San Juan Pablo II había revolucionado personalmente el esfuerzo para ayudar a las familias, al punto de ser considerado como *el Papa de las familias*. Ya en 1981 había escrito:

«La familia, en los tiempos modernos, ha sufrido quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura. Muchas familias viven esta situación permaneciendo fieles a los valores que constituyen el fundamento de la institución familiar. Otras se sienten inciertas y desanimadas de cara a su cometido, e incluso en estado de duda o de ignorancia respecto al significado último y a la verdad de la vida conyugal y familiar. Otras, en fin, a causa de diferentes situaciones de injusticia se ven impedidas para realizar sus derechos fundamentales.

⁷⁶ Brito, Mariano, *Derecho Administrativo. Su permanencia, contemporaneidad, prospectiva* (2004).

La Iglesia, consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, quiere hacer sentir su voz y ofrecer su ayuda a todo aquel que, conociendo ya el valor del matrimonio y de la familia, trata de vivirlo fielmente; a todo aquel que, en medio de la incertidumbre o de la ansiedad, busca la verdad y a todo aquel que se ve injustamente impedido para vivir con libertad el propio proyecto familiar. Sosteniendo a los primeros, iluminando a los segundos y ayudando a los demás, la Iglesia ofrece su servicio a todo hombre preocupado por los destinos del matrimonio y de la familia (Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et Spes*, n° 52).

De manera especial se dirige a los jóvenes que están para emprender su camino hacia el matrimonio y la familia, con el fin de abrirles nuevos horizontes, ayudándoles a descubrir la belleza y la grandeza de la vocación al amor y al servicio de la vida».⁷⁷

En la misma línea, San Josemaría, el fundador del Opus Dei, había dicho:

«El amor, que conduce al matrimonio y a la familia, puede ser también un camino divino, vocacional, maravilloso, cauce para una completa dedicación a nuestro Dios. Realizad las cosas con perfección, os he recordado; poned amor en las pequeñas actividades de la jornada; descubrid —insisto— ese algo divino que en los detalles se encierra: toda esta doctrina encuentra especial lugar en el espacio vital en el que se encuadra el amor humano».⁷⁸

Mariano no necesitaba más para lanzarse con todo lo que tenía a batallar por las familias. Entre otras cosas, en colaboración con

⁷⁷ Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, 1.

⁷⁸ https://multimedia.opusdei.org/pdf/es/amar_al_mundo_apasionadamente.pdf

algunas otras personas, creó, puso en marcha y dirigió el capítulo uruguayo de una Asociación Mundial para la Familia y la Educación (AMFE) que fue una iniciativa multinacional en favor de las familias y el matrimonio natural entre un hombre y una mujer. De su esfuerzo en esa época, hay muchísimos testimonios. Es muy conmovedor considerar que Mariano y su mujer, Susana, eran ambos, cuando empezaron estas actividades, ya mayores.

La creación y dirección de AMFE supuso para ellos tener que asistir a congresos sobre la familia en diversas partes del mundo y viajar y trabajar juntos. Hasta entonces, la razón de sus viajes, especialmente en Latinoamérica, había sido el Derecho Administrativo. Y representar al país en distintos actos, como Ministro de Defensa.⁷⁹

El Dr. Fernando Motta conoció a Brito en aquellos años. Sus recuerdos ilustran bien la intensidad con que se dedicó a esta tarea de formar y fortalecer a las familias y a los padres, y transmiten con espontaneidad la impresión que Mariano dejaba en muchas de las personas con las que se cruzaba:

«Conocí a Mariano en una reunión en la casa de unos amigos. Nos habíamos juntado para organizar un viaje a Monterrey, en México. La razón era asistir a un Congreso de Familia que daría a luz, a nuestro regreso, a la versión local de la Asociación Mundial para las Familias y la Educación (AMFE), de la que Mariano sería Presidente, durante muchos años.

Había entre nosotros una diferencia de edad importante: era 30 años mayor que yo. Él era abogado y yo médico. Profesionalmente no teníamos puntos en común. Pero sí coincidíamos y mucho, en la importancia

⁷⁹ Mariano llevaba siempre consigo a Susana a todos los viajes exigidos por su trabajo profesional. Pero cuando vio que Susana, debido a sus enfermedades, no estaba ya en condiciones de subirse a un avión, decidió que él tampoco viajaría ya más. Eso es cariño.

del amor de la familia en la vida de los hombres. Así que entablamos una amistad y aprendí a disfrutar de su compañía. También a discrepar con él más de una vez en los distintos planteos sobre la conducción de AMFE. Mariano manejaba siempre las situaciones con gran habilidad y amor.

Vi a Mariano tratar con mucho cariño a personas que yo sabía que pensaban completamente diferente a él. Aún después de discutir, esas mismas personas continuaban siendo sus amigos. Se acercaban a Mariano como si él irradiara luz. Hoy comprendo que lo que irradiaba era santidad. Todas sus acciones tenían un fin sobrenatural, y acompañaban su cristiana forma de vivir.

En una oportunidad concurrimos a un congreso de familia en Toronto y luego decidimos visitar Quebec. Recorrimos en auto la larga distancia que hay de una ciudad a otra. Llegamos a Quebec poco después del mediodía. Nos alojamos en el hotel y quedamos en que una hora más tarde nos veríamos en el *lobby*, para salir a recorrer la ciudad. Le comenté a mi señora que era bravo viajar con dos personas mayores como Mariano y Susana porque seguramente estarían cansados. A la hora acordada, bajamos y nos encontramos con Mariano y Susana de pie, esperándonos. Caminamos y conocimos Quebec a la par. Sinceramente me avergoncé y todavía lo hago hoy cuando recuerdo este episodio.

Otra vez, hubo un congreso de familias en Roma. Además de participar activamente en las deliberaciones, realizamos un viaje en auto por el norte de Italia. Visitamos distintos pueblos y ciudades. Cuando encontrábamos una iglesia, entrábamos a visitar al Santísimo. Terminada la visita, nos encontrábamos en el pórtico de la iglesia para continuar nuestro viaje. No hubo una sola iglesia en que Susana no entrara a sacar literalmente a Mariano, que estaba siempre perdido en su oración.

Fue un ejemplo de vida, un verdadero Cristiano. Enseñó a los que lo trataban a vivir por el prójimo, quererlo y obrar por él. Su secreto: alegría, alegría, rezar, rezar y trabajar, trabajar.

Fue un buen profesor de la vida. Santificó su trabajo diario, vivió ofreciendo sus éxitos y fracasos a Dios, según el espíritu del Opus Dei. Los que lo conocimos tratamos de emularlo y llegar a parecernos a él.

Mariano no tuvo hijos. Desconozco la causa, pero luchó siempre por lo hijos de todos nosotros y por la familia. No puedo terminar este relato sin evocarlo con enorme cariño y decir con el más profundo sentimiento: *Mariano, nosotros somos tus hijos*.⁸⁰

El Esc. Eduardo Pérez del Castillo había conocido a Brito en 1965, cuando rindió la asignatura de Derecho Administrativo, en la Facultad de Derecho. Muchos años más tarde, tuvo la oportunidad de viajar al exterior en su compañía, con ocasión de actividades de la Asociación Mundial para la Familia y la Educación. Pero recuerda también algunos viajes al interior del país. Un detalle simpático es que llevó alguna vez en esos periplos a su ahijada Marianne, en aquel entonces una niña pequeña. En las jornadas de trabajo, al hacer uso de la palabra, «Mariano la presentaba siempre dándole condición de hija espiritual. De una manera muy tierna y amable que provocaba fuertes aplausos».⁸¹

Un testimonio especialmente revelador de su amor y su preocupación por las familias, me lo dio el Ing. Enrique Frontini, en una entrevista con motivo de este libro.

Enrique había coincidido con Mariano en alguno de los medios de formación del Opus Dei. Pero no habían tenido un trato cercano. Fue solamente hacia 1979 ó 1980 que empezaron a frecuentarse más. En aquellos años, Enrique y Cora, su mujer, junto con otros matrimonios, habían puesto en marcha dos colegios -Los Pilares y Monte VI-. Y consultaron con él algunos temas legales. Recuerdan su insistencia en el cumplimiento estricto de todo lo referente a con-

⁸⁰ Motta, Fernando.

⁸¹ Pérez del Castillo, Eduardo.

tratos laborales, aportes a la seguridad social, etc. A partir de entonces se conocieron mejor y se trataron durante muchos años.

Y dice Enrique que, siendo ya Brito bastante anciano, quizá en su última época de Rector en la Universidad de Montevideo, un día le pidió que lo visitara. Enrique acudió efectivamente y, cuando se sentaron, Mariano le expresó su preocupación por los matrimonios jóvenes. Como sabía que Enrique tenía relación con aquellos colegios de los que hemos hablado más arriba, le planteó la conveniencia de organizar reuniones con padres jóvenes, «para escucharlos y saber qué necesitan, qué pensaban y en qué había que ayudarlos».⁸²

Estas cosas rondaban la mente de Mariano Brito pocos años antes de fallecer. Ya se ve que, aunque había envejecido para muchas cosas, no había envejecido su preocupación por los demás.

⁸² Frontini, Enrique.

Buscando a un Rector

Hemos recordado ya que, al presentar su renuncia como Ministro de Defensa, además de su actividad en AMFE, Mariano había retomado con gran intensidad la actividad docente, en la Universidad de la República y en la Universidad Católica. Fueron años de madurez, más aún, de maestría, como docente.

Llamativamente, no hay en él el menor atisbo de querer aferrarse a una gloria ya pasada, de mantenerse cercano a los círculos del poder. Se fue a su casa sin patelear, con voluntad actual de servir, en el presente.

Me permito, en este sentido, lo que podríamos llamar una *Nota de Autor*. Porque es precisamente en esos años que el autor de estas líneas -como suele decirse- recuerda haber visto a Mariano por última vez.

No es que lo conociera ni lo hubiera tratado mucho, pero lo ubicaba perfectamente. Mi padre había asistido con él durante años a un círculo de formación cristiana organizado por el Opus Dei y se tenían en mutua estima. En una época en que no había teléfonos celulares, un día que mi padre no había podido asistir al círculo, Mariano lo visitó en casa, preocupado por aquella ausencia inusual. (Por cierto, recuerdo que me impresionó su pequeño y algo destartado automóvil). Luego, siendo él Ministro y mi padre embajador de Uruguay en Israel, tuvieron la oportunidad de volver a verse en aquel querido país.

Diez o doce años después de aquella visita, en enero de 1995, estaba yo de vacaciones en el balneario Solís, con mi familia, y supe

que cierto día habría un sacerdote del Opus Dei confesando en la iglesia de La Floresta. Cuando ese día aparecí por allí, Mariano estaba -pantalón oscuro y camisa blanca- esperando a los que llegábamos, dándonos la bienvenida y organizando el orden de la actividad, como si aquello fuera su misión en la vida. La humildad de la tarea no se condecía con alguien que, hasta poco tiempo antes, había sido Ministro.

Cierro el paréntesis personal. El recuerdo quería ilustrar el retorno de Mariano a una normalidad anónima y modesta. Cerca ya de cumplir 70 años, lo que tenía por delante empezaba a presentarse a sus ojos con rasgos predecibles, como la consecuencia de todo lo que ya había dejado atrás.

Pero una vez más -luego de toda una vida de trabajo, de toda una vida de servicio mediante ese trabajo, y habiendo entrado oficialmente en la tercera edad-, la Providencia le reservaba a Mariano Brito algunas sorpresas.

Efectivamente, durante el tiempo primero de la renacida democracia, mientras él se dedicaba más intensamente a su trabajo en la función pública, un grupo de gente, al mismo tiempo muy preparada y muy audaz, había creado el Instituto de Estudios Empresariales de Montevideo (IEEM). Mariano conocía la iniciativa porque, entre sus fundadores⁸³, se contaban algunos fieles del Opus Dei, y alguno de sus alumnos -ahora ya prestigiosos profesores- en la Facultad de Derecho de la UdelaR-.

A fines de los 80, su oferta incluía algunos Postgrados en Derecho que, durante los primeros años 90, se fueron transformando en Programas Máster. A lo que se sumaron el Máster en Dirección

⁸³ Carlos Delpiazzo, Alberto Fayet, Pedro Montano, Ricardo Olivera, Jorge Peirano Basso, Santiago Pérez del Castillo y Juan Antonio Pérez Pérez.

y Administración de Empresas (MBA) y algunas carreras de grado: licenciatura de Dirección y Administración de Empresas, Economía y Humanidades. Mariano Brito fue docente en alguno de aquellos programas.

Pero entonces, los hechos se precipitaron.

«El 29 de abril de 1997, la Asociación Civil IEEM fue autorizada a funcionar como Universidad privada por decreto 358/997 y pasó a denominarse «Universidad de Montevideo», de acuerdo al decreto n° 308/995 del 11 de agosto de 1995 dictado por el Poder Ejecutivo, que creó el marco legal para el funcionamiento de universidades privadas en el Uruguay».⁸⁴

Aquel proyecto educativo que había nacido y crecido como un sueño que se iba haciendo realidad ante la mirada misma de los que lo estaban soñando y de algunas mujeres que se habían sumado pocos años antes⁸⁵, tuvo que dar un paso institucional sin precedentes y nombrar a su primer Rector.

Puede que retrospectivamente la opción de Mariano Brito para ese cargo nos parezca obvia, pues todo lo que ha sucedido tiende a proponerse a nuestros ojos como necesario. Pero en aquel momento no era así. De hecho, se barajaron otras opciones.

Para empezar, Mariano no se contaba entre los Miembros Académicos más asiduos que durante aquellos primeros años acompañaron y prestigiaron al IEEM -antecedente inmediato de la UM-. Esto tiene una explicación muy sencilla y es que mientras el IEEM nacía y se desarrollaba, Brito estaba prestando a la Patria los servicios que

⁸⁴ https://www.wikiwand.com/es/Universidad_de_Montevideo

⁸⁵ Renée Gómez, Daniela Paseyro, Luisa Peirano, Mercedes Rovira, Patricia Schroeder, Marta Faral y Laura Gallinal, entre otras.

sabemos. En cambio, mucho más cercanos, estaban los catedráticos más prestigiosos de todas las disciplinas más importantes de la Facultad de Derecho de la UdelaR: Eduardo Jiménez de Aréchaga, Jorge Peirano Facio, Ramón Valdés Costa, Américo Plá Rodríguez, Adolfo Gelsi Bidart, Enrique Vescovi, etc. Más aún, en Derecho Administrativo estaba Daniel Hugo Martins, y no Brito.

Si bien él también había colaborado en algunos Programas de Máster, cualquiera de los profesores que hemos nombrado antes tenían una mayor familiaridad con el proyecto educativo en marcha. Y cualquiera de ellos habría podido ser un excelente Rector.

Por supuesto, Mariano era un reconocido profesor, estimado por colegas y estudiantes, y se distinguía por la relación cercana y afectuosa que mantenía con todos ellos. Si desde el punto de vista de la ciencia del Derecho era o no el profesor más destacado, es una cuestión de matices que conviene dejar para los debates académicos. Pero no existían dudas respecto de su seriedad, competencia, lealtad y humildad: era una persona de bien.

Además, su pasaje por el Ministerio de Defensa le había dado reconocimiento y notoriedad pública. Era respetado por todos los partidos políticos. Para una naciente universidad, la aceptabilidad de su Rector en todo el espectro político era un aspecto importante a considerar.

Puede parecernos hoy que, en una institución recién nacida, nada es menos adecuado que contratar, como imagen visible, a un «viejo» de 67 años. La gente grande suele tener un carácter más rígido y modos que son más bien moldes. Aunque aportan una cuota de *respetabilidad*, su adaptación a una organización joven es, por definición, una apuesta incierta. Pero en el Uruguay de hace 25 años, la edad jugaba a favor y no en contra. Es más, se consideraba adecuado que ese tipo de cargos lo ejercieran personas con años y experiencia.

Por último, era importante asegurar que el espíritu del Opus Dei, que animaba a la naciente institución académica perdurara en el tiempo. Pero, para eso, era importante empezar con buen pie, con un Rector que conociera y viviera aquel espíritu de la llamada a la santidad en la vida ordinaria, en la familia, mediante la realización amorosa y cara a Dios del trabajo profesional y las actividades más comunes. Tal era el caso de Mariano.

No podemos cerrar estas consideraciones sobre la adecuación del perfil de Brito al del buscado Rector de la UM, sin mencionar sus capacidades de liderazgo. Hemos dicho ya -pero este es un buen momento para recordarlo-, que en él convivían dos cualidades que pueden parecer contrapuestas. Por un lado, su audacia para hacer el bien, jugando sin reservas todo lo que era y lo que tenía, y enfrentando sin estados de ánimo las dificultades que pudieran presentarse. Y, por el otro, la tendencia a reflexionar sobre las cosas siempre un poquito más, un poquito más...

Como sea, luego de éstas y otras deliberaciones, los fundadores y promotores de la UM decidieron que Mariano tenía, en aquellas circunstancias, el mejor perfil para ser su primer Rector. Sabían que no estaban poniendo al frente de su proyecto sólo una cara visible, una figura meramente representativa. Sino alguien que iba a trabajar y se iba a arremangar las pocas camisas que tenía para que aquella joven Universidad fuera una realidad.

El pormenor de los acontecimientos que se sucedieron en la Universidad de Montevideo durante los doce años en que Mariano Brito fue Rector, pertenecen, pienso, más a una historia de la Universidad que a la biografía que nos ocupa.

Hemos contado ya algunos episodios en los que tuvo una especial intervención, tanto en relación con su valiente defensa de la libertad de enseñanza y de los principios constitucionales que la sustentan, como en la de la vida de los niños no nacidos, cuando la amenaza de

leyes abortistas asomó en el horizonte de nuestro país. Brito convirtió entonces la UM en una plataforma visible incondicionalmente alineada con la defensa de la vida humana desde el momento mismo de su concepción. Se sucedieron invitaciones, conferencias y publicaciones, en la UM y desde la UM. Por supuesto, no lo hizo solo, ni fue el único que luchó esa guerra. Pero desde su lugar, hizo mucho. Puso en juego en favor de la vida, sin dudarle, todo su prestigio personal.

En los años de su rectorado, lo que había nacido como un sueño, en modestos programas para empresarios, en locales prestados y con profesores traídos del exterior, se fue materializando, *golpe a golpe, verso a verso*, como en el poema de Machado, hasta que pareció que la UM había existido desde siempre y resultaba inimaginable un Uruguay sin ella.

Repasando simplemente, en una línea de tiempo, los acontecimientos más destacados, vemos que se sucedieron las inauguraciones y las ampliaciones de los edificios de Prudencio de Peña y de Luis P. Ponce. Que se concedieron doctorados *Honoris Causa*. Que algunos premios Nobel, presidentes en ejercicio y otras celebridades visitaron sus aulas y sus instalaciones. Pero sobre todo, durante minutos que se hicieron horas, durante horas que se hicieron días, durante días que se hicieron meses, durante meses que se hicieron años, se enseñó y se aprendió, con todo el amor a las personas y el amor a la sabiduría que, dentro de las limitaciones humanas, son el sello distintivo de una buena Universidad.

Al cumplirse 25 años de vida de la UM, uno de los más antiguos impulsores de la institución desarrolló esta misma idea en una entrevista, citando a un prestigioso médico y profesor español.

«Don Eduardo Ortiz de Landázuri dijo en una ocasión: “*Esto es lo que hace grandes a las Universidades: el estudio, el trabajo. Pero, sobre todo, por*

encima de todo, ¡una Universidad tiene que irradiar amor! Tiene que querer a toda la gente que esté a su alrededor. Tiene que querer a los estudiantes..., tiene que quererlos. Si una Universidad no tiene este sello, le falta lo más importante».

Eso es lo que se pretende en la Universidad de Montevideo. Que sea un lugar donde se irradie ese Amor (con mayúscula), ese espíritu de convivencia, de comprensión, de encuentro; donde profesores, estudiantes, personal y todos los que de alguna manera u otra se acerquen a la Universidad o estén a su alrededor, se sientan genuinamente queridos». ⁸⁶

Que este espíritu estaba presente en la UM y en la cabeza de Mariano Brito queda atestiguado en un precioso recuerdo de quien fuera, a su lado, Secretaria General de la institución.

«La primera vez que tuve un encuentro personal y particular fue cuando me citó en su casa para manifestarme el interés de que yo me sumara al quehacer de la UM. La sensación que tuve era la de estar hablando con una persona que estaba más allá del bien y del mal. Su amabilidad y caballerosidad eran sutiles pero imposibles de pasar desapercibidas. Sin preámbulos abordamos la tarea que tendría que realizar de ahora en adelante. Y recuerdo que me dijo: Quiero que seas la mamá de la universidad, que siempre estés a disposición *para todos y para todo*». ⁸⁷

Pensamos que esto es precisamente lo que se buscaba cuando se nombró a Brito como primer Rector de la UM. Pero me impresionó escucharlo, por así decirlo, de sus propios labios. Porque indica un alto grado de identificación con el espíritu y los fines de la Universidad.

Mariano trató de mantenerse siempre en contacto con la gente: los docentes, los estudiantes, los directivos, los administrativos y el

⁸⁶ Peirano Basso, Jorge.

⁸⁷ Amato, María Celia.

personal de limpieza y mantenimiento. Y, por eso mismo, trató también de seguir dando clase, en la medida en que sus fuerzas físicas y su apretada agenda se lo permitieran.

«Su voz tenía una peculiar característica: era tan suave y delicada que me parecía casi un susurro. Así en sus clases de Derecho Administrativo, como en las charlas personales. Nunca levantaba la voz. Cuando escuché todas las grabaciones de sus clases para ordenarlas para su digitalización, no solamente aprendí, sino que descubrí su forma de enseñar algo tan árido como el Derecho Administrativo, destacando siempre a los estudiantes que intervenían, haciéndoles comprender los conceptos, resaltando sus opiniones, sin jamás desmerecerlas, aunque fueran desiertas». ⁸⁸

Y siguiendo con el tema de la proximidad con las personas, «se le planteó al Dr. Brito si no estaba dispuesto a asumir personalmente la tutoría de algunos estudiantes de Derecho. Si bien me consta que su agenda era muy apretada y el tiempo le era escaso, no dudó en aceptar el desafío, que encaró con gran entusiasmo. Los chicos salían felices de los encuentros con él y en cierto modo se sentían privilegiados de que fuera el propio Rector su tutor de carrera». ⁸⁹

Insisto en estos detalles porque manifiestan una actitud estable y visible de caridad en el protagonista de esta historia.

Cuando el Fundador del Opus Dei se preguntaba cuál era, en una Universidad, el trabajo más importante, si el del Rector o el de un empleado de la limpieza, solía responder: «El que esté hecho con más amor de Dios».

⁸⁸ Gargano, Susana

⁸⁹ Amato, María Celia

Porque una Universidad no se hace sólo con rectores. Están las horas y horas, no siempre gloriosas, de los docentes, en la preparación de las clases y en las aulas. Las horas y horas, no siempre gloriosas, de estudio de los alumnos, tantas veces robadas al sueño. La coordinación imposible de los horarios y de las actividades docentes. Y la formación espiritual. Y la administración y la búsqueda de medios económicos para los becarios... ¡Y la limpieza!

Pero con el amor por delante.

San Josemaría solía rezar:

«Jesús, que sea yo el último en todo... y el primero en el amor».⁹⁰

Sin embargo, en este suelo sublunar, ni siquiera el amor basta para hacer de la tierra un Paraíso. Pienso que, como en todo lugar donde conviven muchas personas, con puntos de vista distintos -y, por qué no, contrapuestos-, seguramente hubo en aquellos años que tendemos a idealizar, roces e incomodidades, incomprendiones y equivocaciones, también por parte del Rector.

Hay que considerar que gran parte del *staff* de la naciente Universidad poseía un marcado perfil docente y *entrepreneur*, pero carecía de experiencia alguna en la gestión de una institución de esa complejidad. Aunque Brito compartía el lado más académico, pues contaba con más de 30 años de docencia en la UdelaR, como persona *de edad* tenía un sesgo más realista, pero también algunas perspectivas difíciles de cambiar. No en vano venía de dirigir un enorme Ministerio de fuertes estructuras jerárquicas.

El plato estaba servido para que se produjeran algunas diferencias.

Por lo que he investigado -aunque no es mi objetivo entrar en el detalle y todo esto es más que opinable-, aunque la gestión de

⁹⁰ San Josemaría, *Camino* 430.

Mariano fue muy buena, seguramente se equivocó muchas veces. ¿Quién no? Es lógico pensar que sus decisiones o su modo de tomarlas, o el modo de ejercer la autoridad de Rector, no siempre resultarían acertadas, ni siempre gustarían a todos.

Pienso por mi parte -si de algo sirve mi propia opinión, que sólo se ha ido cualificando al leer y escuchar una y otra vez los recuerdos y testimonios que están en la base de este libro-, que el carisma de amar a Dios y a sus semejantes, en la vida ordinaria y especialmente a través del ejercicio del trabajo bien hecho, se hizo al mismo tiempo más *intenso* y más *visible* en Mariano Brito durante los años de su rectorado en la Universidad de Montevideo. Pero lo que ahora destacaba no era ya tanto su admirable exigencia por trabajar bien, sino su actitud de servicio, su subordinación a los demás.

«Se interesaba muchísimo por todos en la Universidad, hasta el punto de que quería que se le informase si sabíamos de alguien que estuviese pasando por un momento especial, tanto bueno como malo, lo cual siempre se veía reflejado de algún modo en su tarjeta de Navidad, que se convirtió en un «clásico» que todo el personal esperaba a fin de año. Nunca firmaba una tarjeta sin antes saber un poco de la persona a la que iba dirigida. Se notaba el cariño y el respeto que inspiraba en todos los que lo visitaban. Cuando tenía que corregir, lo hacía con gran educación y amabilidad. Destaco su aplomo en toda circunstancia, por más compleja que fuese. Y esa serenidad, la irradiaba a los demás en su entorno».⁹¹

«Vivió para servir y servir bien a todos los que lo rodearon. Ese espíritu de servicio se reflejaba en su disponibilidad para atender a cualquiera que llegara a su despacho, dejando inmediatamente lo que estaba haciendo para atender al visitante con absoluta concentración».⁹²

⁹¹ Gómez, Elena.

⁹² Etcheverry, Nicolás.

Es refiriéndose precisamente a su modo de trabajar -a este *combo* de trabajo y cariño- que escuché al Dr. Carlos Delpiazzo decir: «Las virtudes heroicas de Mariano Brito están fuera de toda duda».

Y Delpiazzo no es la única persona que, con más o menos sutileza, sugiere la santidad de Mariano. Puedo decir que la mayoría de los testimonios que he leído o escuchado lo que atestiguan es precisamente la alegre experiencia de haber conocido a alguien que reflejaba, en su humilde medida, la santidad y el amor de Dios.

Si, entre todos ellos, tuviera que quedarme con uno, elegiría el de mayor contenido teológico. Cuando el Dr. Tabaré Vázquez cerraba su evocación póstuma de la figura de Mariano, lo hacía con estas palabras que incurren en todas las exageraciones que son propias del cariño:

«Tengo el mejor de los recuerdos de ese hombre. Si tuviera que resumirlo en una sola frase diría: era un hombre esencialmente bueno».⁹³

El Dr. Vázquez no lo sabía entonces, pero Jesús había aclarado en una oportunidad que sólo Dios es bueno y que lo que nos toca a nosotros es parecernos a Él⁹⁴. Así que Brito no es que fuera *esencialmente* bueno, sino que luchaba por serlo.

Claro que, como hemos enfatizado quizá en exceso, no siempre lo conseguiría. Después de todo él tampoco era más que *un hombre destinado a morir*, según la preciosa expresión de Tolkien -y no un semidiós al gusto de los escritores de biografías baratas-.

⁹³ Vázquez, Tabaré.

⁹⁴ Cfr. Marcos 10, 18 y Mateo 5, 48.

Las últimos tiempos

En 2009, Mariano Brito dejó el cargo de Rector de la UM a manos del Dr. Santiago Pérez del Castillo, uno de los fundadores de la Universidad. Tenía entonces casi ochenta años y, ahora sí, había llegado el momento de dar un paso al costado.

Mientras sus fuerzas y su capacidad se lo permitieron, siguió asesorando en distintas tareas. Aunque en 2004 se había retirado de la docencia en la UdelaR, siguió dando clases en la UM, con una agenda decreciente y adaptada a sus posibilidades.

«Me acuerdo del Dr Brito cuando iba a las clases, en la casa de la sede de Carrasco, ya en sus últimos años, con mucho esfuerzo. Siempre llegando puntual, con ánimo, siempre educado y cariñoso, y muy atento con todo el mundo, con los alumnos. Fue un placer tenerlo en la facultad como profesor, una maravilla. Un ejemplo de vida. Nunca levantó el volumen de voz en sus conversaciones. Tenía dificultad para subir las escaleras y, le ofrecíamos ayuda y él decía: «No, yo puedo solo, muchas gracias». Y se agarraba de los pasamanos de las escaleras y de las paredes para poder subir y seguir su trayecto».⁹⁵

Por el lado doméstico, el panorama también se había puesto más complejo ya que Susana, su mujer, podríamos decir que sincrónica-

⁹⁵ Andregnette, Victoria.

mente, unía sus propios problemas a los de Mariano. Habían vivido muy unidos y ahora encaraban juntos la despedida. Si bien, la unión del matrimonio Brito siempre fue extraordinaria, en aquel tramo final se hizo más extraordinaria aún. Vivían ahora en un apartamento en la calle Ponce, no lejos de la UM, y Mariano solía ir a almorzar todos los días con ella. A veces le compraba, en la cafetería de la Universidad, alguna cosa que sabía que le gustaba. Y esperaba siempre sus llamadas, a determinadas horas. Vivía pendiente de ella.

En la casa, como en la Universidad, la vida diaria se iba haciendo más difícil. Y Brito, que odiaba singularizarse, llamar la atención o pedir favores, tuvo que aceptar una creciente dependencia de los demás. Detalles como tener que solicitar ayuda para levantar las persianas o mover algo de lugar. O dejarse llevar a su casa cuando alguien «que justo tenía que salir» lo llevaba a su casa en auto porque era visiblemente incapaz de caminar sin riesgo las pocas cuadras que lo separaban de su domicilio.

«Ya en el tramo final de sus días de trabajo en la universidad, su salud estaba en franco retroceso. Ni bien llegaba lo ayudábamos a subir la escalera. No le gustaba demasiado, pero igual lo hacíamos, casi como para que pareciera un cumplido. A continuación la secretaria del rectorado le llevaba su té muy poco cargado y alguna cosa dulce, liviana, para comenzar la jornada que a esa altura era corta. Si ella estaba ocupada, lo hacía yo, y aprovechaba a charlar un ratito con él. Le entretenía que en esos momentos lo acompañara, para no tomar su *tecito* solo.

Seguía con la ilusión de organizar alguna actividad académica antes de finalizar el año. Claramente no quería entregar las armas. Me inspiraba enorme respeto, pero al mismo tiempo veía la tristeza que no disimulaba. En esos días le habían confirmado el diagnóstico de una aneurisma de aorta que le habían detectado a su mujer, Susana.

Estoy segura que ahí comenzó el final de esa persona buena, que me había enseñado mucho». ⁹⁶

Una de las últimas actividades académicas en las que participó fue, en 2013, la presentación del libro *Veto al aborto*, en el Hotel Radisson, de la que ya hemos hablado.

A las limitaciones físicas debidas a la edad, paulatinamente se sumó el deterioro intelectual. En realidad, se mantuvo bastante tiempo en una meseta aceptable, y luego al final, el declive fue muy pronunciado, pero muy concentrado en unos pocos meses.

Durante el último tiempo en la UM, muchos advirtieron que su unión con Dios se hacía más evidente

«Lo alegraba la vida en Dios, como hombre de fe. Recuerdo su figura alta y delgada, en el Oratorio, con su conversación con el Señor: era la fuente que lo abastecía para enfrentar su trabajo como docente, profesional y rector». ⁹⁷

«Era un hombre que amaba muchísimo a Dios». ⁹⁸

«En cuanto a la fe, lo vi en muchas ocasiones mirando absorto la imagen de la Virgen en su despacho. También, admiraba el recogimiento interior con el que participaba en la Misa». ⁹⁹

Una persona que había tenido algunas muy serias discrepancias con Brito años atrás, coincidió un día con él en misa y comentó que había quedado muy impresionada por su piedad.

Lo mismo ocurría por parte de quienes eran particularmente cercanos. Esta vez, su ahijada Marianne:

⁹⁶ Amato, María Celia.

⁹⁷ Gargano, Susana.

⁹⁸ Báldriz, Mónica.

⁹⁹ Gómez, Elena

«Día tras día, año tras año, en la Iglesia de los Padres Dominicos o en la capilla de la UM, siempre acudía con la concentración de quien se sabe presente de algo sobrenatural y con un recogimiento que impactaba (a veces le veía tan encorvado que pensaba que ese recogimiento hasta ya se había hecho carne en él). Muchas veces me daba casi vergüenza interrumpir ese diálogo de amor con Jesús que tenía al finalizar la Santa Misa, simplemente para saludarle. Y él con mucha serenidad me daba un beso y me dedicaba una sonrisa.

Y así fue hasta el último día, hasta el desgaste físico total. Los años dejaban en evidencia su encorvadura y a poco su caminar -por caídas y la edad- era dificultoso. Su última caída había sido brutal y le dejó bastantes secuelas, no obstante iba caminando a Misa en la Universidad a las 12.35 puntual. Tanto miedo me dio un día verle por esas pocas -y eternas- cuerdas que le separaban de su casa que lo reté y le dije que me avisara que yo lo buscaba. Y así lo hice un par de días de ese último diciembre. Y él me reprochaba que no era necesario, que él iba despacito, que yo tenía muchas cosas para hacer...».¹⁰⁰

Algún tiempo después de fallecer Mariano, parte de su biblioteca privada llegó a la UM. Un buen amigo, entretenido en examinar aquellos volúmenes, encontró en uno de los libros una oración al Espíritu Santo que él solía repetir, porque le gustaba mucho. Alguien que trabajaba en el rectorado se la hizo llegar impresa y a él le gustó tanto que la hizo propia. Alguna vez, hablando de esa oración y él hacía hincapié en la primera frase, que repetía como jaculatoria.

¹⁰⁰ Schneeberger, Marianne.

ORACIÓN

(para los que trabajamos en tareas de dirección en la U.M.)

¡Ven Espíritu Santo, que te quiero tanto, tanto!

Te pido los dones de Sabiduría, de Fortaleza y de Consejo

Te pido las virtudes de la Humildad, la Prudencia,

la Mansedumbre y la Paciencia

Te pido la Comprensión y la Ubicación

Y que crezca en el Cariño

Para querer, querer

Para servir, servir

¡Ayúdame a amar hasta que duela!

Siendo una persona tan reservada, es casi un privilegio saber que esa oración le gustaba. Y nos da una pequeña pero preciosa pista sobre su interioridad, y sobre el modo en el que se estaba preparando para el final.

Pasó el último diciembre y empezó el último enero. Con Mariano ya recluso en su casa, el hogar de los Brito se convirtió en lugar de despedidas.

Carlos Delpiazzo, uno de los fundadores de la UM, y su mujer, Nancy, tienen grabada en la memoria la conmovedora amabilidad de Mariano en aquellos días. A pesar de las circunstancias y de las limitaciones, era evidente la preocupación por atender a los visitantes y porque la conversación girara en torno a sus temas e intereses.

También Jorge Peirano Basso acompañó muy de cerca a Mariano en sus últimos meses.

«Las circunstancias de la vida hicieron que estuviera muy cerca de él en los meses previos a su partida.

Era un ser humano normal y corriente. No se entregaba, ni se resignaba a abandonar su trabajo, hasta el momento en que no se lo permitió su organismo. En un momento tuvo que dejar de ir a la UM y poco después, ya tampoco pudo seguir trabajando en su casa.

Cuando dejó de ir a la Universidad, yo iba por su casa varias veces por semana y el último mes, prácticamente a diario. Fui testigo del cariño y cuidado por él, de Susana, su esposa, y también del cariño y amor de él por ella.

Como es lógico, le costó llevar el progresivo deterioro físico y mental de los últimos meses, y de los últimos días, porque fue consciente de ese deterioro, prácticamente hasta el final.

Al mismo tiempo, su profunda Fe, le ayudó a abandonarse y aceptar lo que le tocaba vivir hasta el último momento». ¹⁰¹

«Ya en sus últimos días, cuando la cabeza no le funcionaba del todo bien, lo visité en varias oportunidades. En alguna de ellas, rezamos juntos el Rosario o las Preces del Opus Dei. Las rezaba con una intensidad tremenda, se posesionaba e incluso a veces “me robaba” la parte que me correspondía. Aunque esos momentos no eran los normales para él, igualmente reflejaban como quería vivir una piedad profunda de niños». ¹⁰²

«Tuve la fortuna de tratar a Mariano en su último lecho, antes de que nos abandonara físicamente. Sufrí mucho cuando padeció la enfermedad que lo llevó a la muerte, pero cuando finalmente murió, me invadió una gran felicidad. Sabía que estaba frente a frente con Dios, ese Dios en el que creyó y para el que santificó cada acto de su vida, irradiando su cristiana forma de vivir». ¹⁰³

¹⁰¹ Peirano Basso, Jorge.

¹⁰² Ferrés, Jaime.

¹⁰³ Motta, Fernando.

Mariano murió el 31 de enero de 2014. Enrique Frontini está seguro de haber sido el último que lo vio con vida, aunque ya no conocía a nadie. Las enfermeras decían: «Este hombre es estupendo».

Su velorio y su entierro fueron muy impresionantes. La situación se hizo más dolorosa por la condición de Susana. Pero, al mismo tiempo, había un clima sereno y lleno de esperanza.

En aquellos días, unos a otros se dijeron mutuamente, por primera vez, muchas de las cosas que se han escrito en este libro. Y se tomó mayor conciencia del efecto y la influencia que la vida de Mariano había tenido sobre las vidas de muchos.

Ya que no se puede decir todo -y decirlo sería en parte repetir lo que ya se ha escrito- elijo solamente, entre los cuentos, uno.

«En el velorio entró un hombre que no parecía conocer a nadie y se sentó solo. Me acerqué a recibirlo, a saludarlo y a estar con él. Espontáneamente se presentó: se trataba de un exguerrillero tupamaro que había pasado mucho tiempo en la cárcel. Y me dijo, muy conmovido: *Este hombre sí era bueno. Con él se podía hablar*».¹⁰⁴

¹⁰⁴ Frontini, Enrique.

Epílogo

Creo que Mariano Brito no fue, ni mucho menos, perfecto. Pero sí que se hizo responsable, con vigor y entereza, de su vida, y del significado que descubrió en su vida.

A medida que, mediante documentos o testimonios, avanzaba en el conocimiento de su vida y de su persona, mi perspectiva iba cambiando. Al principio, confieso que buscaba en él al *superhéroe*: una perfección sobrehumana, asentada en algunos hechos notables o extraordinarios que, por otra parte, no aparecían por ninguna parte. Pero, en la misma consideración y reconsideración de estas cosas y, sobre todo, en la continuada reflexión sobre la persona de Mariano, dejé de buscar el *efecto sorpresa*, y todo apareció bajo una luz más amable y natural. Hasta que un día entendí que, antes de ser una persona admirable, Mariano Brito había sido, sobre todo, una persona normal. Un hombre que hizo lo que pudo, con lo que tenía -aunque no lo tenía todo-. Pues nadie posee todas las perfecciones naturales. Ni siquiera las perfecciones que se requerirían para realizar las tareas más normales que se supone tiene encomendadas. Supongo que Mariano también sentiría en su interior el deseo de poseer las perfecciones que le faltaban. Pero estos deseos, aunque no son vanos, no nos son otorgados mágicamente. Así que su vida, como la de todos, consistió en ir adelante y hacer lo que pudo. Con lo que tenía, y con lo que no tenía.

He sabido que Billie Holiday, la célebre cantante, tenía un registro vocal muy limitado. Con eso se las tenía que arreglar. El hecho de que *con eso* haya llegado a ser Billie Holiday añade una nota de optimismo a esta consideración.

Creo que me quedo más tranquilo ahora, comprendiendo a Mariano Brito como quien fue: no un superhéroe, sino alguien con un registro limitado, que se esforzó en cantar, en la octava que le cupo en suerte, la melodía que Dios había compuesto para él.

Apéndice: Testimonios

Escribir una biografía es un proceso necesariamente selectivo que deja de lado casi todo y se construye con casi nada. Cuando la redacción concluye, el redactor, que ha vivido examinando cada pequeño detalle y sopesando su inclusión a los efectos de su misión, puede repetir con desconsuelo -parafraseando un famoso final de la narrativa del siglo XX-: «*Ahora lo conozco, pero eso es todo...*»¹⁰⁵.

Tal frustración sólo podría ser mitigada, sigue pensando entonces el redactor, si pudiera poner al lector, frente a frente, sin su penosa y torpe intervención, con el héroe de la historia, tal y como lo presentan los que lo conocieron en persona, en carne y hueso.

Con este propósito, he elegido algunos testimonios que podrán leerse a continuación, entre todos los que yo mismo tuve a disposición. No es que sean los mejores. Pero fueron escritos por personas que trataron y quisieron al biografiado a lo largo de muchos años. En conjunto, permiten echar un vistazo al verdadero protagonista de estas líneas si, como sospecho, el Mariano Brito que yo he descrito, ha sufrido mi autoría más allá de los límites de lo razonable.

¹⁰⁵ Cfr. Scott Fitzgerald, *F. A este lado del Paraíso*.

FERNANDO AGUERRE

Mis primeros recuerdos de Mariano Brito se remontan a los años en que yo asistía a los medios de formación en la Residencia Universitaria Montefaro, promediando los años setenta del siglo XX, si bien el contacto en esos años fue reducido y esporádico. Recuerdo que estando yo encargado de las actividades culturales de esa residencia universitaria invité en varias oportunidades a Mariano Brito, en su calidad de profesor universitario, a ofrecer una charla a los estudiantes de Derecho, a lo que siempre accedió con la amabilidad que lo caracterizaba. Algunos años después, continuó colaborando con los eventos culturales de esa casa, en particular en la etapa en la que sirvió al país como ministro de Estado; en ese tiempo, a pesar de sus graves ocupaciones, estuvo siempre dispuesto a colaborar con la residencia, invitando a personalidades del gobierno de esos años a conocer ese centro, y él mismo asistiendo en esas oportunidades. En particular, recuerdo que se encargó de invitar al Dr. Gonzalo Aguirre Ramírez, entonces vicepresidente de la República, para que conociera la residencia y ofreciera una charla que resultó muy concurrida.

Sin duda, la mayor parte de los recuerdos que puedo dejar por escrito se refieren a los años en los que trabajé junto a él, en el Rectorado de la Universidad de Montevideo. De ese tiempo puedo destacar algunos aspectos de su personalidad. En primer lugar, confiaba plenamente en las personas que colaboraban con él, y así se lo hacía saber. Valga este ejemplo: a las pocas semanas de que yo fuera designado secretario académico de la Universidad, en el año 2003, me pidió que lo representara en una actividad programada en la UM, en la que estaba previsto que el Rector dirigiera unas palabras y saludara a los profesores y a las personas que trabajaban en otras áreas de la

institución, ya cercanas las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Recuerdo que él tenía a una hora aproximada una audiencia con una autoridad de gobierno. Preparé unas pocas palabras para decir en aquel que sería el primer acto protocolar en el que representaba al Rector. En el momento en que estaba a punto de comenzar a hablar, ingresó Mariano Brito en el recinto universitario, por lo que le insinué que, estando él allí, le cedía la representación. Pero me respondió que el programa debía continuar como estaba previsto y que saldría todo muy bien. Incluso, antes de que yo comenzara a hablar, él se retiró a una ubicación discreta y secundaria dejando todo en mis manos.

Otro aspecto de su personalidad era su carácter tenaz y la seguridad con la que asumía los compromisos y responsabilidades, sin hacer nunca dejación de derechos, aunque siempre lo hacía con una sonrisa y sin despertar recelos. En oportunidad de que desde el MEC se organizase un viaje a Buenos Aires para participar en una reunión de ministros de educación del MERCOSUR, Mariano Brito fue designado para acompañar la misión oficial por un especial pedido de la entonces directora del Educación, la Dra. Helena Costábile. Recuerdo que en la jornada principal de trabajo que se desarrolló en la sede del Ministerio de Educación de la República Argentina, estuvieron presentes los directores de Educación de los respectivos países, algunas autoridades argentinas y los asesores, entre ellos Mariano Brito. La sala era amplia, con una enorme mesa ovalada a la que se sentaban los participantes. A mí me pidió que lo acompañara y recuerdo que estuve sentado detrás de Brito al igual que otros secretarios. En un momento determinado, luego de hablar los directores de Educación, Brito pidió la palabra y se dirigió a los responsables de la educación regional en los términos que entendió era conveniente hacerlo de acuerdo a sus convicciones y lo que creía era el interés de aquellas jornadas. Lamento no tener presente el asunto en particular. En un momento determinado, el anfitrión

argentino lo interrumpió y preguntó con alguna sorpresa en su expresión quién era la persona que estaba hablando. De inmediato Mariano Brito respondió que había sido invitado a participar en la delegación oficial de Uruguay y a esta respuesta se unió la confirmación de la Dra. Costáble. Acto seguido, Mariano Brito continuó con su exposición como si nada hubiese ocurrido. Luego la reunión continuó hasta hacerse un cuarto intermedio. En ese momento, el anfitrión argentino, vino personalmente a disculparse al lugar que ocupaba Mariano Brito y a modo de reconocimiento nos llevó a visitar su despacho y la importante pinacoteca que ese palacio ministerial albergaba. Al término de la amable charla que mantuvieron regaló a Mariano Brito un libro, creo recordar que estaba relacionado con la historia del arte argentino, de buen formato y láminas a color. Mariano Brito, quien en el momento del desencuentro había demostrado una firmeza absoluta, sin dejar de ser cortés, terminó aquel encuentro en un clima de amable camaradería con quien una hora antes había protagonizado un momento de tensión.

Otro aspecto a señalar en Mariano Brito es cómo siempre trataba de ir por el camino de la serenidad con todas las personas, tratando de disculpar o de comprender las situaciones que se habían producido o las opiniones diversas...tanto cuando se trataba de enfrentar asuntos propios de la universidad con personas que estaban muy lejanas de sus opiniones y forma de vida o cuando tenía que enfrentar los desvíos de personas cercanas que comprobadamente habían actuado fuera de sus competencias. De los numerosos encuentros con autoridades nacionales, del gobierno de la educación, diplomáticos, de la banca, en los que acompañé a Mariano Brito, tengo muy presente la cortesía, la consideración y el respeto con que era siempre recibido, más allá de posiciones políticas, creencias o gustos diversos; era el reflejo de los gestos de amabilidad con que Mariano Brito recibía a todas las personas que se acercaban a él,

desde el presidente de la República hasta los porteros y guardias en el edificio de la Universidad. Tengo muy presente el respeto con que era recibido, p.ej., por los otros rectores de universidades privadas, también por los sucesivos ministros de Educación y Cultura, varios directores de Educación, etc. para mencionar a personas que por su forma de pensar estaban seguramente muy lejos de las creencias y opiniones de Mariano Brito. Recuerdo alguna reunión que se llevó a cabo en el rectorado con senadores de diversos partidos políticos, especialmente seleccionados para enseñar la pluralidad con la que la universidad trabajaba y el esfuerzo que ponía en que reinase la cordialidad. También fui testigo de encuentros con personas que trabajaban en la Universidad y que con su conducta habían causado perjuicio o promovido, conscientemente o no, situaciones que podrían ser catalogadas como desleales. Siempre eran recibidos con serenidad y si bien les hacía notar con claridad el disgusto que le había producido la situación ocurrida, lo hacía sin perder la paz y olvidando pronto las diferencias.

Le costaba tolerar la impuntualidad.

Es indiscutible que Mariano Brito sabía estar en los lugares más diversos y con personas muy distintas, pero cuando era necesario no dejaba de ejercer la autoridad que representaba pero lo sabía hacer con elegancia y por esa razón no caía nunca mal. En los aspectos protocolares de la vida universitaria y de la vida académica era siempre muy dócil a lo que se establecía, rara vez revisaba lo dispuesto, sino que en general acataba lo que había sido pensado por otras personas y confiaba en el buen juicio de sus colaboradores. Como excepción recuerdo que alguna vez al comienzo de una ceremonia indicó que las banderas (el pabellón nacional y el de Artigas) estaban ubicadas en lugares equivocados, lo que para los organizadores del acto era totalmente desconocido.

Una enseñanza de Mariano Brito que no eché en saco roto es el consejo que me dio de pensar mucho antes de poner algo por escrito en un mensaje o correo electrónico, advertía que no podíamos dejarnos llevar por la primera impresión ante un suceso o un mensaje, ya fuese por disgusto como por alegría, que convenía detenerse, pensar bien y luego escribir.

Tres máximas de vida que se podían deducir de la conducta de Mariano Brito:

- Nunca hablaba mal de nadie.
- Siempre buscaba algo bueno en las personas.
- Siempre lo primero eran las obligaciones con Dios.

CARLOS DELPIAZZO¹⁰⁶

*SOBRE MARIANO BRITO,
UN SANTO DE NUESTRO TIEMPO*

Datos biográficos

Mariano Romeo Brito Checchi nació en Montevideo el 24 de enero de 1930 y falleció en la misma ciudad el 31 de enero de 2014.

Cursó la enseñanza primaria en el Colegio del Sagrado Corazón (de los Hermanos Corazonistas), continuando luego su formación en instituciones públicas: el Liceo José Enrique Rodó, el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo y la Universidad Mayor de la República.

Egresó de la misma con el título del Doctor en Derecho y Ciencias Sociales en el año 1962.

Se casó con Susana Molinari (fallecida el 7 de octubre de 2015), con quien constituyó un matrimonio ejemplar.

Si bien desde la juventud ejerció la docencia del idioma Inglés en la enseñanza secundaria, apenas graduado, el Dr. Mariano Brito inició la actividad docente a nivel superior en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, primero en Práctica Forense (entre 1964 y 1974) y, poco después, paralelamente, en Derecho Administrativo (desde 1965).

¹⁰⁶ Aunque como el lector advertirá enseguida, gran parte de este testimonio se ha citado ya con anterioridad, la cercanía y la empatía del autor con Mariano Brito aconsejan su íntegra reproducción.

En el año 1967 un tribunal integrado por los Profesores Alberto Ramón Real, Héctor Barbé Pérez y Julio A. Prat aprobó su tesis sobre “Concesión de Servicios Públicos” (1968), como consecuencia de lo cual el Consejo de la Facultad lo designó Profesor Adscripto de Derecho Administrativo y dispuso la publicación de su trabajo.

El 17 de junio de 1971 fue designado por concurso Profesor Adjunto de la asignatura, accediendo interinamente al cargo de Profesor Titular según resolución de 7 de abril de 1975 y obteniendo la efectividad por concurso en diciembre de 1991.

El 15 de abril de 2004 cesó voluntariamente en el cargo tras 40 años ininterrumpidos de servicio fecundo, recibiendo la gratitud del Decano, del Consejo de la Facultad en pleno, del Instituto de Derecho Administrativo, de sus colegas Profesores y de múltiples generaciones de alumnos.

Paralelamente se desempeñó como Profesor de Deontología Jurídica en la Universidad Católica del Uruguay.

Su labor docente estuvo singularizada siempre por el acento en la centralidad de la persona del alumno, procurando cada año -de diversas maneras- neutralizar la masificación y teniendo en cuenta no sólo su dimensión individual sino también social, con actitud positiva, respeto de la libertad, y procura de la mejora personal de cada uno.

Su enfoque humanista y abierto de la enseñanza universitaria del Derecho se tradujo en su labor de conducción como Director del Instituto de Derecho Administrativo cuando le tocó dirigirlo (entre 1984 y 1989 y entre 1993 y 1997), así como en los múltiples tribunales, grupos de trabajo y comisiones asesoras que le tocó integrar.

Asimismo, su talante de Profesor ha dejado huella en su labor como Rector de la Universidad de Montevideo, cargo que ejerció entre 1996 y 2009, haciéndolo con sabiduría y ecuanimidad.

En la medida que el Dr. Mariano Brito fue un docente nato, lógico resulta advertir que su categoría de tal se haya proyectado más allá del aula de clase.

En primer lugar, son múltiples sus trabajos escritos, publicados tanto en Uruguay como en el exterior, en todos los cuales se trasunta su preocupación permanente por la defensa del Derecho y de los más altos valores que el mismo debe encarnar para que el hombre sea cada vez más hombre, no se cosifique, y pueda alcanzar la perfección a la que está llamado por naturaleza y por vocación.

En segundo lugar, su apertura a los demás se concretó en iniciativas tales como el Anuario de Derecho Administrativo, fundado por él y que hasta hoy sigue siendo herramienta de insuperable valor para magistrados, profesionales y estudiantes.

En tercer lugar, su relacionamiento internacional -fruto de la amistad franca y altruista con otros Profesores- le ha valido una presencia destacada en múltiples ámbitos.

Tuvo activa participación en múltiples congresos y seminarios, recibiendo múltiples reconocimientos: Profesor Honorario del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario de Bogotá (Colombia), Profesor Extraordinario de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino de Tucumán (Argentina), Profesor Extraordinario de la Universidad Santo Tomás (Chile), Miembro Titular del Instituto de Derecho Administrativo de la Universidad Notarial Argentina, y Profesor Invitado del Instituto Nacional de Administración Pública (España),

Además, fue miembro fundador de la Asociación de Derecho Público del Mercosur, de la Asociación Internacional de Derecho Administrativo, y del Instituto Iberoamericano de Derecho Administrativo. Asimismo, fue el primer Presidente del Foro Iberoamericano de Derecho Administrativo.

En el ejercicio de la función pública, le correspondió ocupar importantes cargos.

Así, durante varios años se desempeñó como Asesor Letrado de la Presidencia de la República.

En 1989 fue designado Procurador del Estado en lo Contencioso Administrativo, traduciendo en sus dictámenes las enseñanzas de toda la vida.

En 1990 fue nombrado Ministro de Defensa Nacional, desempeñando dicho cargo público con la sencillez y distinción que sólo cabe a los grandes. En el ámbito de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos, su gestión es recordada por la ejemplaridad de sus decisiones y rectitud de obrar. El expresidente Luis Alberto Lacalle destacó esos rasgos de su personalidad en el acto del sepelio.

Durante los años en que mantuvo abierto su despacho profesional, tanto quienes trabajaron con él como sus clientes y colegas pudieron aquilatar la coherencia entre su enseñanza, sus convicciones y su vida.

El atractivo de su entrañable personalidad radicaba en que -siempre con una sonrisa- procuraba hacer bien lo que tenía que hacer, sin alardes ni estridencias, con constancia y rectitud de intención, cultivando todas las virtudes.

Como verdadero Maestro que fue, el Dr. Mariano Brito creó escuela, imprimiendo su impronta en todos aquellos docentes y abogados que se formaron a su lado.

Por eso, no debe extrañar que su obra -especialmente la recogida en el libro “Derecho Administrativo. Su permanencia, contemporaneidad, prospectiva” (2004) -haya trascendido el tiempo y las fronteras.

Fue beneficiario de múltiples homenajes en vida. Más de 50 Profesores de diversos países participaron en el volumen de Estudios Jurídicos en su homenaje (2008), el Instituto de Derecho Administrativo le dedicó un acto académico de sentido homenaje (2008), y

el Tribunal de lo Contencioso Administrativo hizo lo propio en sus IV Jornadas Académicas (2010).

Su fallecimiento mereció el homenaje de publicaciones jurídicas tales como *El Derecho* (Buenos Aires, febrero de 2014), *Ius Publicum* (Santiago de Chile, 2014) y toda la prensa nacional y regional.

El Foro Iberoamericano de Derecho Administrativo celebró una sesión solemne en su honor el 13 de octubre de 2014 en ciudad de México.

El Instituto de Derecho Administrativo le dedicó su Semana Académica del año 2014.

Asimismo, varias obras se han publicado en su homenaje: “Estudios Jurídicos en Homenaje al Prof. Mariano Brito” (Universidad Católica del Uruguay, 2014); “Jornadas en homenaje al Prof. Dr. Mariano R. Brito (Anuario de Derecho Administrativo, 2014); N° 25 de la Revista de Derecho (Universidad de Montevideo, 2014); y “El Derecho Administrativo en Iberoamérica” (Universidad Panamericana, 2015) conteniendo aportes de más de 50 Profesores en 2 volúmenes.

Un santo de verdad

En un Congreso Internacional de Derecho Administrativo realizado en Foz de Iguazú, el Prof. Romeu Felipe Bacellar Filho -entonces Presidente del Instituto Brasileiro de Direito Administrativo- al presentar a Mariano Brito, tras reseñar los principales atributos de su curriculum académico, lo definió como un santo.

Quizá sea la mejor definición que pueda hacerse de Mariano porque, verdaderamente, procuró cada día de su vida hacer bien lo que tenía que hacer, sin alardes y sin estridencias pero con constancia y rectitud de intención, esforzándose en el cultivo de las virtudes humanas, que son el fundamento de las sobrenaturales.

Su permanente sonrisa y sus gestos amables traducían el amor a lo que hacía y a los que le rodeaban. Así, se realizó en el trabajo y no a pesar de él, procurando también la realización de los demás a partir de la consideración del trabajo como una cualidad o atributo inherente a la persona humana, que es rasgo de su ser peculiar y que revela al hombre en su aptitud creadora.

Sin que se lo propusiera, se notaba que vivía cara a Dios.

El confesonario

El rasgo más distintivo de Mariano Brito fue su ser docente. Su labor de enseñanza estuvo singularizada siempre por el acento en la centralidad de la persona del alumno, procurando cada año -de diversas maneras- neutralizar la masificación y teniendo en cuenta no sólo su dimensión individual sino también social, con actitud positiva, respeto de la libertad, y procura de la mejora personal de cada uno. Para decirlo con sus palabras, “la aspiración primera del quehacer docente se halla en la formación personalizada del estudiante” (así: Mariano R. BRITO - “Educación y personal humana”, en Cuaderno de la Facultad de Derecho, Segunda serie, N° 7, Montevideo, 1988, pág. 41 y sigtes.).

A fin de concretar ese propósito de personalización, se preocupaba no sólo de conocer a cada alumno por su nombre sino también dedicarle a cada uno el tiempo que necesitara para conversar mano a mano con el Profesor. Para ello, se quedaba un rato después de la clase (o algunos años llegaba antes de la hora) a fin de tener un espacio de tiempo para charlar con los que querían plantearle inquietudes, dificultades o consultas que, por la confianza que inspiraba, muchas veces excedían los temas del curso y trascendían a otros aspectos de la vida.

Con los años, los estudiantes fueron llamando a ese espacio que ofrecía Mariano Brito, con el nombre del “confesonario” ya que se

sentaba en algún banco o con dos sillas en algún rincón del patio para generar la intimidad necesaria en el medio del bullicio de los recreos.

El espíritu universitario

La concepción de Mariano Brito acerca de la docencia se inscribía en una más amplia visión de la misión formadora de la Universidad, alentando el desarrollo de la aptitud pensante, radicada singularmente en la persona humana, y apuntando a la búsqueda de la verdad. Según escribió: “De la búsqueda de la verdad en términos de misión y apertura en libertad, dimana necesariamente el pluralismo y la diversidad de los actores universitarios, excluyentes de la unicidad política, partidaria, económica, social o ideológica. Su piedra de toque se halla en la libertad intelectual y en el respeto acendrado del pluralismo de los integrantes de la Universidad. Pero aquella búsqueda de la verdad, en términos de misión formadora de pensamiento, es ajena a un sincretismo conciliador aparente de doctrinas diferentes; se trata, en cambio, de reflexionar sobre ellas para alcanzar el conocimiento de la verdad. De aquí una exigencia fundamental para la Universidad: la información sin retaceos...” (así: Mariano R. BRITO - “Universidades formadoras de pensamiento”, en “Derecho Administrativo. Su permanencia, contemporaneidad, prospectiva”, U.M., Montevideo, 2004, pág. 159 y sigtes.).

En la Universidad Católica del Uruguay se incluye en la Guía del Estudiante que se distribuye a quienes ingresan a la Facultad de Derecho hasta hoy una página espectacular de Mariano de 1999, que se titula precisamente “El espíritu universitario”, donde enfatiza que “El espíritu universitario, respetuoso de la libertad del alumno y los reclamos de su ser, convoca una auténtica educación para la libertad. Esta se ejerce, ante todo, en el fuero de la conciencia personal, que podrá elegir cuando ha sido correcta y plenamente informada. Lleva

consigo, tras ello, un continuo proceso de mejora personal, intencional, referido a los dones esenciales del ser humano. De la íntima relación de esos dones y el acendrado espíritu universitario que los conoce, acepta y respeta, nace la unidad del proceso educativo”.

Así era Mariano: muy libre y predicador respetuoso de la libertad de los demás.

A dar vuelta la manzana

Tuve el privilegio de acompañar a Mariano Brito como Subsecretario durante el primer año de su desempeño como Ministro de Defensa Nacional a partir del 1º de marzo de 1990.

Fue un período muy difícil. Terminaba el primer período de Gobierno posterior a la dictadura y la estructura del Ministerio era íntegramente militar ya que el Ministro anterior, el Teniente General Hugo Medina, lo había configurado como una suerte de estado mayor. Siendo así, la llegada de dos civiles, provenientes del mundo jurídico, despertaba grandes recelos y justificadas dudas.

Eran muchos los temas pendientes de resolución en el propio Ministerio y en la Justicia, donde habían avanzado muchos procesos vinculados a diversas violaciones de los derechos humanos.

Frente a mi ansiedad, la prudencia del Ministro me parecía muchas veces pasividad... y se lo hacía saber. Entonces, antes de resolver, me decía: “Carlos: te invito a dar vuelta a la manzana”. No le podía decir que no. Salíamos y, a los pocos pasos, me proponía rezar el Rosario para que la Santísima Virgen nos iluminara para discernir la mejor decisión. Terminadas las letanías, me miraba con una sonrisa y me decía: “Ahora sí que estamos prontos para resolver”.

Con similar talante, a veces me sugería: “¿Por qué no dejamos esto para resolverlo mañana y así lo llevamos a la oración?”.

Llorando sobre un expediente

Recuerdo vivamente un día en que entro a su despacho ministerial y lo encuentro llorando frente a un voluminoso expediente. Se trataba de un asunto relativo a graves violaciones de los derechos humanos, que se estaban ventilando en Sede judicial. Estaba conmovido.

Su reacción fue inmediata. Llamó por teléfono al Juez que estaba entendiendo en la causa y le pidió que lo recibiera. Me pidió que lo acompañara a la entrevista pero no me transmitió lo que estaba pensando.

En el Juzgado respectivo estaban avanzadas varias causas en las que se reclamaban indemnizaciones por los daños derivados de tratamientos denigrantes (para decirlo de un modo delicado). Su idea, a la luz de las pruebas existentes, era no dilatar más las causas sino ponerles fin, haciendo justicia en cada caso concreto.

Consecuentemente, con el aval del Presidente de la República, sin trascendencia periodística ni barullo alguno, compareció personalmente a cada audiencia para pedir perdón en nombre del Estado y alcanzar la mejor transacción posible. Lo logró en todos los casos.

Promotor familiar

Aunque no tuvo hijos de su matrimonio con Susana, Mariano fue un hombre de familia y un gran promotor y defensor de la vida y la institución familiar.

Predicó con el ejemplo y a través de múltiples instituciones tales como AMFE (Asociación Mundial para la Familia y la Educación), insistiendo siempre en que “La familia debe ser vista a la luz de sus raíces naturales; en ellas y desde ellas se conocerá la presencia ineludible del matrimonio, cuya raíz, a su vez, se halla en la naturaleza personal del hombre (varón y mujer)” (así: Mariano R. BRITO - “El cuidado de la familia por el Estado y la procuración del bien común

en nuestros países”, en Rev. de Derecho Público, Santiago de Chile, 1995, N° 57-58, pág. 169, y en A.A.V.V. - “Valores, Familia y Educación”, México, 1995, pág. 157).

Es imposible pensar en él sin referencia a su familia; primero a la de origen, con la que convivió entre la vida de barrio en Montevideo y las vacaciones en La Floresta durante la niñez y la juventud; luego a la que formó con su esposa, Susana, proyectada generosamente en amplios círculos a hermanos, sobrinos, cuñados, y muchos hijos y nietos “adoptivos”, queridos como tales.

Yo siento a Mariano como un padre y, en muchos aspectos, debo confesar que ocupó el lugar de papá cuando éste ya no estuvo. Su alegría por el nacimiento de mis hijos, su satisfacción cuando Gabriel se recibió de abogado y muchas vivencias similares hablan -sin palabras- de su sentido generoso de familiaridad.

Es que la familia -como enseñaba en sus clases, levantando la voz para enfatizar la importancia de lo que decía- es “la” base de la sociedad y no “una” base más de la misma (ver: Mariano R. BRITTO - “Funciones del Estado en relación a la familia”, en A.A.V.V. - “El Derecho y la familia”, F.C.U., Montevideo, 1998, págs. 204 y 205).

MARIANNE SCHNEEBERGER MALLO

Al pensar en Mariano lo primero que me viene a la cabeza es cuánto le debo. Para empezar, mi nombre. Somos una familia de descendientes de alemanes y españoles y, pese a que las últimas generaciones somos bien orientales, mi madre decidió que nuestros nombres debían acompasar el ritmo germano, por lo que todos tenemos nombres alemanes.

Por el año 1983 mi padre fue a ver a Mariano, a decirle que quería fuese mi padrino, y como un gesto de cariño le dio la derecha a elegir mi nombre. Y esta soy: Marianne Schneeberger Mallo.

Pienso en Mariano y el alma se me va al balneario La Floresta, donde pasábamos los veranos en mi infancia. Allí, a pocas cuadras, siempre estaba él, con Susana, su esposa. Era un binomio inseparable, por lo que, si bien no era mi madrina, le tenía tanto cariño como a él: eran una cosa sola. Ella era muy reservada, sencilla, pero entre pitada y pitada de cigarrillo, largaba una guiñada y una sonrisa. Tenía siempre una salud muy endeble: problemas de columna que le suponían muchos dolores de los cuales no se quejaba mucho y menos aún se le escuchaba a él comentar. Si acaso un apenas “Susana no se encuentra bien”, con el cariño entrañable de quien justifica a la persona amada. La admiración que sentía hacia Susana era exquisita: siempre la trataba con mucha caballerosidad, cariño, le dedicaba pipos y una eterna sonrisa serena. Ella era una gran persona, siempre atenta a encargarse de un regalo, una atención, de proponer programas y llamadas, apenas susurrando, pues nunca jamás le escuché hablar en voz fuerte.

Él nunca quería preocuparla y sabía abandonar sus preocupaciones para acompañar las de ella, pues por momentos no pasaba buenas semanas o meses. Así fue que quizás su casa permanecía largos

días con las persianas bajas, pero él no se quejaba de que no entrara el sol. No había necesidad. Él irradiaba suficiente luz. Una vez no más le pregunté porque me llamaba la atención y por momentos, queriendo darles una visita sorpresa, al ver las persianas siempre bajas, pensaba que no estarían. No era el caso. Y sin embargo, sin explicaciones que pudieran sembrar sospecha de cuán bien o mal estuviera su esposa, cambiaba de tema. Y una no se daba cuenta y terminaba hablando de otras cosas y todo parecía simplemente bien.

Él lograba eso, transformar preocupaciones, problemas en serenidad, discreción y sonrisa.

Volviendo a La Floresta. Solía visitarlos en su casa, sobria, con poco muebles y adornos pero con lo que ellos sabían que a mí me hacía feliz: un vaso de cocoa y galletitas. Por ese entonces, en casa éramos una familia numerosa y atravesábamos -sin muchas veces saberlo los hijos- problemas económicos varios. Además, por ese entonces, en la mayoría de las casas, lo común para merendar era café, leche y pan con algo para untar. El vaso de cocoa era para mí un mimo al alma. Y lo sabían. Así como tantas veces que me pasaban a buscar para ir a tomar un helado, para comer unas pizzas en el Bar *El Timón* o el *Club Costa Azul* o simplemente pasear en su *Lada*.

Hoy volviendo atrás no recuerdo que habláramos de él, de sus gafas negras, del dolor que le supondría la luz estival; sino que me veo a mí misma en el centro, contándoles de mis hermanos y mis padres, de las rutinas entre la playa, las salidas en bicicleta o las idas a casa de amigas.

En el verano del 91, impresionada de ver a “mi padrino, el ministro” en el diario, recuerdo que le pedí a mis padres que me guardaran los recortes. Ahí fui juntando, uno a uno, artículos de su actividad diaria como Ministro de Defensa, fotos con personalidades, titulares, notas de prensa. Por esos días, pasábamos unos días en una casa con un gran quincho y me tocaba dormir en una suerte de buhardi-

lla con mi hermana. Escondida, había armado un álbum con todo ese material para regalárselo. Con qué ilusión lo armé, porque, sin saber bien qué hacía, estaba segura de que lo hacía muy bien. No se me borra su cara el día que se lo regalé. Lo abrió casi sonrojado, pudoroso. Él no era de sentirse o saberse importante. Pero lo recibí con muchísimo cariño, valorando la admiración que causaba todo aquello en una niña pequeña.

Recuerdo también las idas al Ministerio de Defensa: para una niña de esa edad ir a almorzar allí con su padrino simplemente era lo máximo. Sin embargo, el recuerdo más fuertemente grabado no es la pomposidad del asunto sino el cariño con que cada subalterno le saludaba. Había una gran amabilidad en el trato con ellos, se saludaba con nombre incluso a quienes hacían la guardia en la puerta. En una ocasión, me regaló un sombrero que le había a su vez regalado un guardia. ¡Cuánta emoción tenía al llegar a casa y mostrárselo a mi familia! Aunque rápidamente lo escondí para salvarlo de los juegos de lucha que hacían mis hermanos.

Con Mariano uno siempre la pasaba bien y él siempre, sin quererlo, predicaba con el ejemplo. En una ocasión me invitaron con Susana a acompañarles a la ciudad de Minas a una serie de charlas que habría en el anfiteatro, organizadas por AMFE (Asociación Mundial por la Familia y la Educación). Llovía como pocas veces y la ruta no era demasiado amigable, por lo que el tiempo de viaje fue mayor al esperado; y entre conversación y conversación me vino un pensamiento a la cabeza: qué les motivaba ir una y otra vez -pues trabajaban arduamente en pro de la familia- a este tipo de eventos siendo que no tenían hijos.

Y me daba vueltas y vueltas. Se fueron dando las ponencias, las fui masticando en mi interior, fui viendo cómo al terminar, trataban a uno u otro matrimonio, hacían suyas sus preocupaciones, aconsejaban, trataban con cariño... Y a poco me fui dando cuenta -con su

ejemplo y sin mediar razones- que si bien no tenían hijos biológicos, sí tenían hijos espirituales. Que no hace falta tener hijos para hablar de educación, que el matrimonio es familia y que la familia de Dios es la comunidad que te rodea.

Mariano era de esas personas que saben querer bien, que saben abrazar cosas grandes, ideales nobles, y de forma desinteresada.

Tenía varios amores y su vida fue testigo de ello. Como ya comenté, un amor entrañable por Susana. No era empalagoso sino más bien simpático escucharle hablar de cuánto la quería. Creo que hasta lo hacía un poquito por gusto para hacerla sonrojar y así contaba de cuando la conoció, de las cosas lindas que hacía ella, de lo mucho que le significaba.

Sin duda ese amor era reflejo de su gran Amor: a Dios y la Eucaristía. Día tras día, año tras año, en la Iglesia de los Padres Dominicos o en la capilla de la UM, siempre acudía con la concentración de quien se sabe presente de algo sobrenatural y con un recogimiento que impactaba (a veces le veía tan encorvado que pensaba que ese recogimiento hasta ya se había hecho carne en él). Muchas veces me daba casi vergüenza interrumpir ese diálogo de amor con Jesús que tenía al finalizar la Santa Misa, simplemente para saludarle. Y el con mucha serenidad me daba un beso y me dedicaba una sonrisa.

Y así fue hasta el último día, hasta el desgaste físico total. Los años dejaban en evidencia su encorvadura y a poco su caminar -por caídas y la edad- era dificultoso. Su última caída había sido brutal y le dejó bastantes secuelas, no obstante iba caminando a Misa en la Universidad a las 12.35 puntual. Tanto miedo me dio un día verle por esas pocas -y eternas- cuadras que le separaban de su casa que lo reté y le dije que me avisara, que yo lo buscaba. Y así lo hice un par de días de ese último diciembre. Y él me reprochaba que no era necesario, que él iba despacito, que yo tenía muchas cosas para hacer...

Su otro gran amor fue la Universidad de Montevideo. Con cuánta ilusión siempre contaba los proyectos de la UM y, sin duda, el que mayor interés me causó fue el de la creación de la Facultad de Comunicación. No lo niego, era evidente. Desde muy chica supe que quería dedicarme a ello: me gustaba el cine, escribir, los medios. Así que cuando me comentó que justo saldría para cuando me tocaba elegir carrera supuso en mí una alegría enorme.

Ponía interés, conciencia y empeño por sacarla toda ella adelante; a pesar de las dificultades propias que suponía crear una universidad privada en un país donde no existía tal cosa; una universidad abrazada por el Opus Dei, en un país obsesivamente secular; una obra apostólica con los medios humanos y económicos que siempre eran invariablemente menos que los deseados. Uno repasa su vida y entiende que el éxito fue sin duda una profunda visión sobrenatural, un ardiente afán apostólico y un cariño, discreción y serenidad tal que no le hacían temblar el pulso ni el temple.

Recuerdo haberle visitado, ya recibida y trabajando fuera de la universidad, para comentarle un mal episodio laboral. Me atendió con oído y corazón. Pero no le escuché ni una palabra de quien toma partido -quizá en el momento me hubiera gustado pero seguro no hubiera aprendido de discreción como me demostró su silencio-. Me saludó con cariño y yo me despedí con muchos kilos menos de amargura, habiendo soltado en alguien más prudente, toda mi frustración.

MARÍA INÉS PINTOS

Yo trabajé en casa de don Brito y de Susana, su mujer, en la casa de Franzini y Dighiero.

Susana era muy linda persona. Siempre amable, siempre sonriente. Le gustaba arreglarse cuando salían para un evento o a cosas oficiales.

Cuando era ministro, lo invitaban siempre a los casamientos de los hijos de los coroneles y las autoridades del ejército, pero él me mandaba a veces a mí con Susana, a la iglesia, porque nunca iban a la fiesta. Me mandaba en representación, porque no le gustaba para nada hacer vida social. A Susana un poquito más, pero a él no.

Hacían todos los días una vida muy parecida. Comían casi siempre lo mismo. Por ejemplo, de postre, una gelatina de frutillas, siempre. Todavía hoy cuando la tengo que preparar, me acuerdo de ellos. Él comía muy poco, poquísimo: pan tostado y comida muy sana. Cocinaba siempre Susana, para mí y para ellos. Una cosa que me acuerdo que hacía era una especie de budín, con un quesito blando. Eso con maíz y jamón cocido. Susana comía un poco más, pero no mucho. Lo que sí tomaba muchísimo café, todo el día. Y fumaba mucho, y él la rezongaba. Él, en cambio, tomaba té con un poquito de leche -me parece-.

Era muy afectuoso con ella. Era muy dulce con Susana.

Cuando era ministro viajaron mucho, a China, a Israel, a Italia... A ella le gustaba mucho viajar. Me acuerdo de ayudarla a preparar la valija. Después cuando volvía me contaba todos los detalles. Siempre me trataron como a un pariente.

Con don Brito -porque yo siempre lo llamaba así- se podía hablar de todo. De cualquier cosa, personal o de otro tipo. Me explicaba con calma todo. Me escuchaba con santa paciencia. Era un profesor.

Y me acuerdo que charlábamos mucho de las noticias porque cuando era ministro leía todas las noticias y de noche las comentábamos.

Los días que estaba en casa eran todos iguales. Se levantaba muy temprano. Desayunaba. Iba a misa. A veces con Susana. Cuando iba solo, después Susana iba por su cuenta. Después estaba siempre en el escritorio. Estudiaba siempre. No era una persona que perdiera el tiempo mirando televisión. A veces me preguntaba a mí por alguna noticia que salía en la televisión. Escuchaba música clásica, canto gregoriano. Le habían regalado el aparato para escuchar CD's y tenía los discos de Mozart. Escuchaba a un volumen muy bajo y siempre música clásica.

Siempre rezaban el Rosario con Susana. Era muy piadoso.

Nunca lo vi enojado, ni siquiera con los periodistas. Me acuerdo que un periodista del diario *La República* lo perseguía mucho. Siempre fue amable con él. Nunca lo escuché decir una cosa fuera de lugar. Siempre fue muy correcto.

No tenían mucha vida social. Susana tenía su grupo de amigas del Crandon. Una que recuerdo que iba mucho por la casa se llamaba Susana Lorenzo. Era de las pocas personas que frecuentaba la casa. Muy simpática y muy linda persona.

Don Brito tenía dos hermanas. Coca y Beba. Coca no era casada y de cabeza era como una niña. Vivía en una residencia de ancianos en el Prado. Murió bastante joven: tendría 60 años. Él la traía siempre los sábados y la cuidaba. Siempre que tenían tiempo la iban a buscar. También se iba con ellos a La Floresta. La otra hermana, Beba, tenía dos hijos: Hugo y José Ignacio. Don Brito los quería mucho. Con Hugo hablaba de muchas cosas. José Ignacio murió muy joven. Era el preferido de Susana, tenía predilección por él. Era un chico muy dulce, muy especial, y muy frágil. Iba siempre, con la esposa y la niña chiquita -que ahora será grande-, a almorzar con ellos. Les dedicaba tiempo y hablaba con ellos. Falleció cuando yo ya me había

ido. Susana me llamó para pagarme la liquidación, porque yo no la había pedido y ella no sabía que tenía que hacerlo, pero don Brito le dijo. Y entonces me contó que José Ignacio había muerto.

Susana tenía una hermana, Goly, casada con Colacce, que vivían en la calle Sarmiento, al lado del puente que cruza sobre Bulevar Artigas y tenía por ese lado dos sobrinos, que también los quería mucho.

La casa de Franzini y Dighiero era muy linda pero, fuera de la familia, don Brito no recibía mucho. Tampoco amigos. Era una casa muy chiquita. La mesa para comer era para dos personas. Y en la cocina había un solo lugar en el que a veces comíamos por turnos. La casa era linda pero no era para recibir gente. No eran muy sociables, para nada. No les interesaba.

Me acuerdo que se compró un auto, una Lada ruso. ¡Parecía el auto de los Picapiedra! Se habrían podido permitir un auto mejor, pero no les interesaba. No eran de gastar. No le daban mucha importancia a la apariencia. Igual que en la ropa. Él era muy simple. Estaba siempre impecable. Pero siempre igual. Tenía dos o tres camisas y dos o tres trajes. Y con eso iba. De esas personas que se dice que son franciscanas. En todo era así.

Como era abogado, me enseñó algunas cosas. Por ejemplo, a no firmar nunca los documentos dejando espacios, porque alguien podría añadir texto después. La firma había que ponerla bien arriba, pegada al texto.

Tengo un regalo que me hicieron: una Virgen de Guadalupe, de cuando fueron a México, siendo ministro. Ahora se la presté a mi hijo que estaba con unos exámenes.

Don Brito era muy respetuoso, muy educado. Yo vivía en la casa con ellos y tenía mi cuarto arriba. Era una de esas casas con claraboya. En verano la cubríamos con una lona, porque si no se hacía muy caluroso. Y él a veces tenía que subir. Como tenía que pasar por mi

cuarto, siempre me pedía permiso. Si yo tenía que salir, me hablaba antes de que me fuera.

-¿Después puedo pasar por tu cuarto para ir arriba?

-Pero, don Brito -le decía yo-, la casa es suya. No me tiene que pedir permiso...

-Hay que respetar la privacidad de cada uno.

Yo no tenía mucho trabajo. La casa era chica. Y Susana cocinaba. Me dejaban ir a estudiar. Cuando dejé de trabajar con ellos igual los seguí viendo, porque cuando se iban de viaje, o a La Floresta, yo iba a quedarme en la casa. A veces también iba con ellos a La Floresta. Yo iba a la playa, pero ellos no. Él salía a caminar. Le gustaba la tranquilidad de la casa. Estudiaba y rezaba. Alguna vez íbamos a comer afuera o a tomar el té, a Piriápolis, o a un restaurante de un griego que había en La Floresta.

FERNANDO DÍAZ GALLINAL es escritor, docente y especialista en fusiones y adquisiciones.

Nació en Montevideo en 1956

Durante muchos años y en distintas épocas firmó, bajo su nombre o con seudónimo, columnas de opinión en el diario El Observador de Montevideo. Es también autor de obras de ficción entre las que se destaca Historia de un paraguas.

Está casado y tiene 11 hijos y varios nietos.

En enero de 2024 se cumplirán 10 años desde la muerte del Dr. Mariano Brito, primer Rector de la Universidad de Montevideo.

A lo largo de este tiempo, su figura y su ejemplo han crecido en la conciencia de los que lo conocieron. Los que llegaron después han podido beneficiarse de los frutos de su trabajo en beneficio de las familias y de la Universidad. Además, su obra académica ha sido motivo de estudio y homenajes por parte de especialistas en Derecho Administrativo y en otras disciplinas jurídicas.

Nos pareció entonces que era, al mismo tiempo, un acto de justicia y de agradecimiento publicar un pequeño libro, con el objetivo de dar a conocer su vida. Arrojando luz, en la medida de lo posible, sobre aspectos más íntimos y personales que, hasta ahora, sólo pocos conocían.

“Al leer los testimonios o conversar con las personas que lo conocieron más cercanamente, se puede descubrir en su vida un Leitmotiv, constante a lo largo de los años. Podemos enunciarlo así: en los ámbitos más diversos, fuera cual fuera el asunto del que se tratara, Mariano no fue casi nunca beneficiario, sino benefactor. No siempre del modo más elegante o natural, ni exento de errores, pero sí muy intencionalmente. En cada anécdota o episodio al que nos asomemos, se le puede buscar e identificar en aquel que está queriendo servir y ayudar; no en el que está siendo servido o ayudado. Creo que de él se puede decir, con verdad, que quiso hacer el bien.”.